

Laura Calvo

# CRUCIGRAMA



la  
tejedora



# CRUCIGRAMA



*la  
tejedora*

Narrativa

# CRUCIGRAMA

Laura Calvo



EDITORIAL  
UNRN



*All the pieces fall into place*

David Gilmour, *This heaven*

*La memoria es algo vivo,*

*también la memoria es tránsito*

Eudora Welty, *La palabra heredada*





# Crucigrama

A eso de las tres empezó a nevar con sol. Dudó que fueran copos; todavía volaban semillas de abedul. Un rato antes las había barrido; las semillas la hacían estornudar, parecían aserrín pegado al borde de las lajas. Eran copos, sin duda, espesándose a medida que las nubes cubrían el cielo por completo. Dejó a un lado las palabras cruzadas y se quedó mirando el bailoteo, hasta tropezar con el ciprés. Debieron haberlo cortado cuando sacaron los demás, centenarios todos, secos de la raíz hasta la punta. Se salvó por la copa todavía frondosa sobrepasando la casa de dos pisos, el tronco ancho y largo con las ramas altas pegadas al cuerpo cada vez más pesado; las de abajo le habían sido podadas cuando en el bosque aún vivía una docena como él. Con cada ráfaga de viento se agita la copa, mientras la raíz, debilitada por los hongos, se afloja como diente agarrado a una encía que ya no puede sostenerlo.

Los copos se agrandan y empiezan a cubrir la baranda de la terraza. No ha pasado un cuarto de hora desde el inicio de todo esto, aún puede sentir el sol en la espalda mientras busca la palabra de seis letras. La nevada promete convertirse en temporal, en un rato tapaná el camino y no podrá mover el auto. Se despega del ventanal, va hacia la cocina: pan, huevos, queso, mandarinas... Regresa al ventanal. El espectáculo prosigue. Terapéutico, diría Sara mirando hasta que el manto adquiriera consistencia, entonces se calzaría las botas y saldría: motricidad como pura descarga, motricidad como intento de intervenir el paisaje. Sus huellas se hundirían en la nieve. Irían hacia el bosque, donde dejaría de verlas. La imagina en estado de gracia

esperando que algo aparezca y la rescate. La nieve se arremolina y crece en espesor. Retoma el crucigrama con un vago sentimiento de culpa por arrancarse de lo bello, lo gratuito; escribe PEATÓN.

Sara no iba a volver enseguida. Volvería, sí, junto al padre del hijo para que el hijo tenga un padre, ¿acaso no la conocían?: da y te será dado. Así le habían enseñado y así le fue, durmió con un músico y tuvo un hijo. El garabato de Ismael sigue pegado en la heladera. Los copos empiezan a menguar. Cuando dejan de agitarse modificando el contorno de las cosas y se limitan a posarse, es cuando mejor se está: abrir la puerta, salir al jardín blanco níveo. El frío le traspasa la tela del pantalón, se le cuelga por el cuello de la campera. Silencio total: con Sara se había ido Ismael; después se fue Ignacio.

Por medio de incalculables movimientos el crucigrama reorganiza las voces de sus fuentes. CALESITA, juego giratorio con caballos; el lugar preferido del nieto. Cuando un niño no puede parar de llorar es preciso indagar qué le sucede al niño: es que si para se angustia... Entra a la casa, se sienta en el sillón, cierra los ojos, imagina un copo en el momento de caer; no hay choque, no hay fragmentación. ÁGATA, escribe, piedra dura de tonalidad acaramelada, la piedra que Sara lleva colgada al cuello; el cuello del que se cuelga el hijo, la piedra favorita de Sara. Con Ismael en brazos, giró a saludarlos antes de entrar a la sala de embarque y enseguida la vieron irse, apurada, como si quisiera llegar pronto a un lugar donde no pudieran verse. La dejaron ir sin protestar ni intentar retenerla. Así lo habían acordado.

Lo que no se contradice a sí mismo: seis letras de nuevo. Deletrea: ele, o, ge, i, ce, o: LÓGICO. Coincide. Vuelve al ventanal. Cada día, a la hora de almorzar, el pájaro se instala detrás del vidrio para verla comer; el pico prominente y curvo no le permite distinguir con qué

ojo observa qué cosa; el pájaro, no un pájaro, pues parece ser siempre el mismo chimango en busca de su parte.

Gravitación del hambre. SATÉLITE, anota, palabra de ocho letras emplumadas más dos ojos huidizos que, alternados, le va clavando el pájaro. Todos los seres al nacer se parecen: son débiles, llorones, lo que mejor saben hacer es demandar alimento y que los laman, carguen, limpien sus excrementos. No tiene perro, no tiene gato. Tiene ratones que el pájaro vigila desde el aire.

Ocultación de un astro por otro, palabra de siete letras: ECLIPSE, escribe. La luz plana la ciega por momentos. El lago: una llanura perlada. Se sienta en el sillón y mira la pared. Tener a mano una regla no significa enderezar el cuadro. Hay que levantarse, avanzar en su dirección, moverlo hacia un lado, hacia el otro, volver a sentarse, mirarlo y preguntarse qué hace ese cuadro allí. Sí, ese, el del ahogado de pupilas dilatadas. Puede verlo debatirse en el fondo del lago. Ninguna ÍNSULA salvadora a la vista. Alguien lo dibujó, se habló del AVERNO, palabra de seis letras inflamadas, infierno apagado por las aguas.

El recuerdo impreciso la mantiene en suspenso: Memoria aleatoria: RAM. Nota musical: RE. Ni poco ni mucho: ALGO. Las demás son TARDANZA (árbol que aún no cae), NAO (nave que no llega a puerto), LIS (flor heráldica en blanco y negro), SONIDO (evaporación del aliento en contacto con el aire frío), casilleros a punto de ser completados, ningún comentario insignificante, de los que asombran cuando los hace el jardinero: siempre es otra rosa, distinta.

Se acerca a la chimenea y agrega unos leños. Dominada por el bienestar epidérmico no piensa en nada: silencio, nieve, sangre, terminarán por formar una escarcha común.

TRANQUILIDAD, anota, palabra de doce letras sustituta de toda felicidad posible.



# Valleamar

A las cinco de la tarde, Marta Olivera y su nieto Ismael suben al micro en Bariloche rumbo a la costa atlántica. Unos trescientos kilómetros antes de la ciudad de Necochea deberán bajarse en medio del campo, en una rotonda que deriva a los pueblos vecinos. En ese cruce de caminos los esperará un remise. No hay otra alternativa para llegar al pueblo, salvo manejar los mil quinientos kilómetros de las montañas hasta allí y eso es algo que, a los sesenta años, no se le pasa por la cabeza a Marta Olivera. Ha invitado a su nieto a acompañarla y él ha aceptado gustoso. Apechugar entonces y organizar el viaje para no quedar varados en medio de la pampa húmeda. Susana le dijo que se despreocupara, que la gente del pueblo está acostumbrada a subir y bajar en la ruta; los micros de esa línea no entran a la terminal del pueblo, así funciona.

Primera vez que Marta vuelve en diez años; para Ismael, la primera en separarse de su madre. Se hospedarán en la casa de la prima Susana, quien vive en el campo de los abuelos. En diferentes sucesiones, le fue a parar el casco: la casa, los galpones. Marito también conserva su parte. Entre los dos le compraron a ella y ella se fue a vivir al sur con Ignacio y Sarita. Volver a la casa de los abuelos era volver a la casa de los veranos en el campo, ahora rodeada por el parque estupendo que Arostegui le armó, haciendo una pileta donde estaba el tanque australiano. Se ve bien en las fotos. Susana ahora vive sola después de enviudar. Antes de que pudieran llevarlo al hospital, mientras podaba unos rosales, Arostegui murió picado por una avispa.

Pareció alegrarse Susana cuando Marta la llamó por teléfono para decirle que a mediados de enero planeaba hacerle una visita y que lo llevaría al nieto, porque era hora, le dijo, de hacerle conocer el terruño, todos esos árboles plantados por el abuelo cuando el sitio era puro rancho y barro. Un viaje factible por razones fáciles de entender, o entendidas de otra manera, como si avanzar sobre el tiempo fuese la prueba inequívoca de haber estado allí más que en ningún otro lugar; el viejo pasado nunca igual ni acabado para siempre. Verse de pronto tropezando con las gallinas o cualquier ave de corral, en medio de ese cacareo, de esa mierda usada como abono. Días fuera de la memoria uno tras otro, lugares donde ir, si pudiera uno irse; no hacía falta conocer los detalles. Se está lejos cuando empieza una historia o se termina.

De entrada hubo complicaciones para sacar los boletos: una rotonda en el camino no es un destino que figure en una grilla, aunque sí lo es para los choferes de la compañía que trabaja con las agencias de los pueblos donde no entran, al norte, al sur, al este o al oeste del itinerario establecido. Ya de salida sufren una demora. Sara los deja en la estación, justo a tiempo para despachar el equipaje y subir a ocupar sus asientos. Se acelera la despedida: abrazo de la madre con la hija, de la hija con el nieto, abrazo, abrazo... Cuando se quieren acordar, el coche se ha puesto en marcha. Sara corre hacia su auto mal estacionado y la ven alejarse, envuelta en una nube de polvo.

Avanzan unos setenta metros y, ahí nomás, en la playa de estacionamiento de la terminal, el micro se detiene. Nadie sabe qué pasa hasta que un pasajero de adelante comenta en voz alta que no anda el aire acondicionado. Por suerte han cargado esa botella de agua mineral grande que todavía está fría. Plantados a pleno sol y sin poder abrir las ventanillas, se resignan a esperar, Marta

haciendo palabras cruzadas, Ismael escuchando a los Beatles en el MP4, regalo de los ocho años. Con su hija han criado ese chico y ambos se tienen plena confianza. Lo más importante es que el clima se mantenga estable: según el pronóstico de internet, la semana promete ser calurosa y soleada. Llevan pocas cosas, cosas de poco peso: chocolate para Susana, unas bermudas, un buzo, una campera liviana por las dudas: los campos tienen sus refrescadas; cada vez que salían con Susana la abuela las hinchaba con que llevaran un saquito. ¿Un saquito...? Una antigüedad, querido. Marta le sonríe al nieto, que vuelve a ponerse los auriculares, y frunce los ojos para consultar su nuevo reloj. Son casi las seis y el calor sigue apretando mientras el micro por fin arranca, sin haber solucionado el problema. Uno de los choferes ha abierto un par de escotillas en el techo y empieza a correr aire.

Marta reclina su asiento. Prefiere ese vientito al frío artificial del aire acondicionado. A Ismael le da lo mismo. No es un chico quisquilloso. Van mirando por la ventanilla, los ojos como en otra parte, ella mechando recuerdos pavos de la infancia, mucho menos remota con el nieto al lado. Les da hambre y abren un paquete de papas fritas. Enseguida cruzan el río Limay y al rato pasan frente a Valle Encantado. Atardece cuando llegan a Piedra del Águila. Primera parada después de dos horas de montañas y curvas, Piedra del Águila, pelada, en el desierto sobresale. Bajan a comprar otra botella de agua mineral.

En la vereda del bar donde los choferes, a pesar del retraso, desaparecen sus buenos veinte minutos, un muchacho ha armado un puesto y vende piedras del lugar. Ismael se acerca a verlas mientras Marta se abanica con las palabras cruzadas: no quiere apurarse a resolverlas con tanto viaje por delante. La cantidad de palabras en su cabeza no es tan grande como otras cantidades; de piedras, por

ejemplo, ásperas, pulidas, desparejas, simétricas. El muchacho se las muestra a Ismael una por una. Las hay de diferentes tonos y texturas, pero son todas parecidas. Ismael le hace señas. Marta se acerca y le aclara al muchacho que no son turistas, que de esas piedras hay un montón en Bariloche. Mirá que chiste regalarle una piedra a Susana, le dice a Ismael, aunque sea *del águila*. Y suben riéndose al micro. A Ismael le habría gustado comprar una para llevarle de recuerdo a su mamá, pero la abuela dice que son pesadas y tiene razón. Encandilado por los últimos rayos, el vendedor gira la gorra con visera y vuelve a colocar las piedras sobre el cajón cubierto con un trapo. Cuando finalmente se ponen en marcha, el sol ha quedado definitivamente atrás hundido en la estepa.



# El tanque australiano

Asentado sobre una elevación de tierra, no muy lejos de la huerta y los bebederos, está el tanque australiano, un círculo de chapa de unos cuatro a cinco metros de diámetro y uno de profundidad, con piso de cemento y una doble escalerita de piedras para entrar, salir y zambullirse. A un costado, gira el molino sin parar desde que empezaron los vientos fuertes de primavera. Gracias al molino hay agua que se renueva constantemente y que por eso es muy fría. Se acaba el verano y sigue la sequía. El lunes empiezan las clases y todos vuelven a las casas del pueblo. Todos son Marta y sus primos, Susana y Marito, que van probando la temperatura con la mano. El agua está helada, pero a la tarde con el sol va a templarse. Sobre la superficie flotan hojas de eucalipto verdes, grises y amarillas, mariposas de todo tipo, avispas, moscas, moscardones, algunos muertos, otros todavía pataleando. Hay que buscar el colador, pero nadie tiene ganas de pescar lo que va a terminar pudriéndose en el fondo.

Hasta que ven el ratón.

¿Lo trajeron de Australia?, le preguntaron al abuelo cuando aprendieron a pronunciar *australiano* y supieron que Australia era otro país. El abuelo se los mostró en el globo terráqueo. Cuando quieren saber algo, los hace pasar al escritorio y allí gira el globo y le preguntan. Les dijo que *la idea* del tanque había sido de los australianos, pero ahora se lo armaba cada uno en su campo como quería. Luis Olivera creía que el campo era lo mejor, que si alguna vaca se moría había muchas que no, y que no todos los años el granizo arruinaba

la cosecha. El campo es sano, afirmaba. Que un ratón se hubiera muerto no significaba que los animales del campo estuvieran enfermos. Ese ratón no está enfermo, les dijo, está muerto. Ellos enmudecieron, como la mitad del mundo lo haría si el sol se apagara súbitamente en el cielo de verano.

Bien muerto, hinchado como un globo, las patas y la cola tiesas, casi invisibles entre las hojas que oscilan. Si no hubiera sido porque las piedras no flotan, podrían haberlo confundido con una bocha gris, no más grande que la palma de la mano. Una hoja no era, de eso estaban seguros al distinguirlo en el medio del tanque. Desde el borde no logran alcanzarlo con el colador. Para sacarlo alguien debe meterse al agua. Nadie quiere. Tiran una moneda para ver a quién le toca y al final entran los tres. Así tenía que ser, de no haber sido por naturaleza contrarios a todo esfuerzo imprevisto. La curiosidad por ver de cerca su descubrimiento es más fuerte que el espasmo al meterse. Sus pies remueven el fondo y el agua se enturbia un poco. A medida que avanzan hacia el centro, las hojas flotantes se separan y otras se hunden bajo la superficie, pueden sentir las entre las piernas, ¿o son algas? Una vez vaciaron el tanque porque se había juntado moho. El abuelo no le dio importancia, nada lo haría cambiar sus opiniones durante todos los años que le fueran concedidos en esta tierra, la que sin duda le parecía el mejor lugar para vivir. Su misión era la protección del campo, no su crítica. Mandó a limpiar el tanque. Si la podredumbre se encontraba ya allí, no necesitaban prevención, necesitaban cura. En los dos meses que estuvieron en el campo nadie se enfermó.

Son las leyes de la naturaleza, les dijo el abuelo cuando le informaron sobre el ratón. Si está tan hinchado será porque se hartó de comer grano. Demasiado lleno fue a tomar agua y se cayó. Anoche hizo frío, le habrá dado un infarto.

No era la muerte lo que había matado al ladrón, sino la gula. La sentencia cayó sobre ellos penetrándolos, haciéndolos encoger y acercarse entre sí con el deseo de unirse contra su fuerza. Sin emoción no hay acción, concluyó el abuelo. Las palabras sonaron como carnada para pescar algo que solo puede ser visto de cerca. No existe un ratón del que no podamos echar mano en algún momento. Sabemos qué están haciendo a cualquier hora del día y de la noche.

Lo declarado ante los nietos se ajustaba perfectamente a su idea acerca de la eficacia de los movimientos. Ellos temían que pronunciara esas sentencias porque temían aceptarlas. Y cerraron el tema. Con él. A ellos les constaba otra cosa: por muy bien que se observe a un animal hay situaciones en las que, de una forma u otra, se lo pierde de vista. Aún muerto, se lo pierde de vista. Debió haber tropezado, dijo Marito, hasta yo una vez me tropecé y me caí de cabeza. El ratón no había muerto sin pasar por los tormentos de la agonía, de eso estaban seguros. Enorme en volumen y estatura, de cara larga tostada por el sol, excepto la frente siempre al resguardo del sombrero, el abuelo se ve ante ellos como una figura en expansión. De espaldas a la chimenea, parado en sus botas de cuero, les hace una señal de despedida: el campo no puede prescindir de él, los animales lo requieren. Vayan, vayan, y ya saben lo que tienen que... Don Luis Olivera deja la frase sin terminar. Los tres nietos saben, pero fingen que no.

Para entendérselas con un cadáver en estado de descomposición hace falta un heroísmo puro y simple, un heroísmo sin gloria. La muerte no puede ser atacada. Frente a ella, lo único que les permitirá mantener sus posiciones es sacar el ratón, purificando de manera instantánea el agua del tanque. Esa tarde se darán el último baño del verano. Hunden el colador, justo debajo del globo gris que empieza a verse violáceo, y lo pescan. Se acercan al borde y

vacían de un golpe el colador, su contenido queda desparramado en el pasto. Tiritando, se aproximan para ver mejor. La grata sensación de haber realizado el trabajo los abandona con algo parecido a un golpe físico. Además del ratón hay unas hojas, unas avispas coloradas, un abejorro amarillo, ahogados también. El sol, más alto ahora, les calienta la espalda. El ratón sigue boca abajo. Lo dan vuelta para verlo de frente. Los ojitos están abiertos, los bigotes tiesos, el hocico apuntando al cielo. Lo mueven con una rama. El ratón rueda como un juguete al que le hubiesen dado cuerda y desaparece en los pastos altos. Lo buscan inútilmente. Al estado de pesadumbre que sintieron al dejar al abuelo se le suma una vaga dispersión de ideas. Buscar y enterrar al ratón ya no es tan urgente. Permanecen inmóviles sin sentirse culpables en lo referido a su muerte. La mirada se les desliza hacia el tanque australiano. La atmósfera y el color van ganándole terreno a la perspectiva de las formas consolidadas en la superficie; innumerable cantidad de hojas y animales voladores que deberán filtrar antes de hundir la cabeza en el agua.

# Neuquén

Llegan a Neuquén a las doce de la noche. En la terminal circula mucha gente; micros que entran y salen de las dársenas. Ya se han comido los sándwiches y vaciado la botella de agua mineral. Bajan a comprar otra fría y de paso ir al baño. El calor bochornoso, apenas atenuado a esa hora, acentúa el olor a muzzarella de las pizzas que venden en el bar. Vuelven a la plataforma. Reconocen a dos pasajeros del micro y se dirigen hacia ellos. Empiezan a aparecer los demás. Los fumadores aplastan las colillas con el pie y todos empiezan a subir al coche. Calculan llegar a Bahía Blanca de madrugada y, de ahí, el último tirón. Pero el micro se demora en arrancar. Hace quince minutos que esperan en sus asientos y los choferes no aparecen. Problema en el embrague, dice alguien. Están tratando de arreglarlo. Marta Olivera agarra las palabras cruzadas, pero enseguida las deja. Está a punto de bajar cuando un pasajero, que parece entender de mecánica, le dice que están resolviendo el desperfecto.

Un buen rato después arrancan, y cuando todos se adormecen viendo espaciarse las luces de la ciudad, el coche vuelve a parar, esta vez sobre una explanada de cemento en los suburbios, casi el campo. Como el resto de los pasajeros, Marta ignora de qué puede tratarse, recién salidos de la terminal de Neuquén. Hasta han detenido el motor. Quince, veinte minutos, por dios... ¡y ahora qué pasa!, grita desde los últimos asientos que ocupan con Ismael. Su voz viaja por el pasillo, pero el resto del pasaje no reacciona. Nadie se mueve ni agrega una palabra. Entonces se levanta y le dice a su nieto que va a

bajar a investigar. Ismael no insiste en acompañarla cuando ella le pide, mirándolo a los ojos, que se quede cuidando las cosas.

En la explanada parece no haber nadie. En un extremo hay una casilla y a su lado dos hombres que hablan entre sí. Se trata de uno de los choferes, por lo que puede ver, y el otro —se entera inmediatamente después— es el reemplazo del segundo. La casilla funciona como posta de recambio y lugar donde recoger sus acreditaciones para conducir. Debido a las dos horas que llevan demorados, el muchacho que está cargo de la «oficina» se ha ido con la llave y no pueden entrar a retirarlas. Sin ellas no habrá segundo chofer y, por lo tanto, será imposible seguir viaje. Despojada brutalmente del privilegio de ser simple espectadora de un paisaje que se vuelve cada vez más oscuro, la mujer que discute ahora con la voz destemplada es la abuela de ese chico fuerte y hermoso que ha dejado esperando: ¡Cómo que no podemos seguir viaje! No, señora, el reglamento lo prohíbe, pero llamamos al muchacho para que venga a abrirnos...

El hombre esgrime sus razones con resignación, fiel al amo que lo ocupa. Sabe muy bien lo necesario que es mantener ante los pasajeros su prestigio de mártir en circunstancias adversas, prestigio que desarma a los más audaces y desanima al resto, arrogándose el derecho a poner en primer término lo que difícilmente pueda probarse o medirse en un contexto de contrariedades que no dependen de su responsabilidad directa, claro, pero puede recurrir a ellos para resguardar su indolencia. Qué desahogo podría tener alguien como él que apenas duerme lo suficiente, alguien que jamás cometería la imprudencia de reconocer que todo está mal desde que salieron de la terminal de Bariloche, que la empresa es una basura, que huele así por eso, que él no es insensible, que aún conserva el olfato; sin contar, además, con que nada podrá atenuar su situación de conductor, de líder temporario en su diario transcurrir frente al

volante. De mediar ese reconocimiento, la obligación de conducir sería ligera. Hay que reconocerlo de una vez y hacerse cargo: el chofer desarrolla una facultad de abstracción que le da resistencia; resistencia que los pasajeros, por su parte, jamás tendrán. La compañía cuenta con muchos viajeros, pero carece de muchos buenos conductores. Consideración y respeto, eso merecen. Pero no, los coches son una ruina, razón que ensombrece cualquier gesto grandioso. En esa explanada, frente a esa mujer que lo increpa, el hombre siente que forma parte de esa ruina; en él se encarna la realidad de la ruta, sus curvas y contracurvas, sus señales, sus amenazas; una realidad dura que él acepta. Paciencia, qué va a hacer..., le repite a la mujer que no ceda.

Los choferes son así, piensa Marta Olivera, impenetrables. Ahí nomás pide el libro de quejas. Existe. Un cuaderno rojo de tapas duras. Lo buscan en una gaveta y se lo dan. Sube al coche y regresa al fondo tropezando con pies, codos, piernas hasta llegar al final donde la espera Ismael con los ojos abiertos. Mirá, abuela, le dice y le muestra por la ventanilla una especie de formación, un trazo de luz como de lámparas encendidas a lo largo de una orilla. Marta se desploma en el asiento: ¿Sabés que es eso? No, abuela. Es el límite del desierto. Ismael se queda callado y al ratito lo oye respirar fuerte. Suerte para él, piensa Marta, que lo que más desea es dormir. Apoya sobre sus piernas el cuaderno de tapas rojas y escribe el título de su queja: *Civilización y barbarie*. El micro empieza a ronronear. El encargado de la llave debe haber aparecido. A la tenue luz de su asiento, puntualiza brevemente las peripecias sufridas desde que subieron al coche y firma con su nombre y número de documento. Le habría gustado decir a los dueños de la empresa, quienes seguramente jamás viajaban en esos micros ni leían ese libro de quejas, que ella siempre ha estado segura de que en los momentos difíciles

se le concederá una ayuda, pero que, en estas circunstancias, no tiene la menor intención de desafiar al destino.

Se levanta con cuidado, tratando de no despertar a Ismael y remonta el pasillo para entregar el «libro de quejas» que volverá a la gaveta donde duermen las pocas objeciones, denuncias, críticas escritas por no más de dos o tres pasajeros, con letras indescifrables, movidas por el zarandeo, la rabia, el aburrimiento. Regresa al asiento tropezando. La oscuridad hace difícil la identificación. Si los vencidos por el sueño tienen todavía camino por hacer, qué decir de ella que aún no ha podido pegar un ojo; atravesar ese umbral para entrar en la zona intermedia donde un ruido cualquiera o el destello de un faro pueden deshacer la conquista final, y hay que volver a empezar, relajando la mente, oyéndose respirar. El coche vibra de un modo regular y continuo sin sobrepasar la velocidad permitida. La luz azul permanece encendida al final del pasillo.



## Ay, nena

Por su condición de hembra y de pendeja, Martita ignoraba lo que era un dolor de huevos. Jamás se le habría ocurrido que el amor, sí, el amor, podía ser el motivo. Ay, nena, dejaste al pobre en un estado..., le había dicho Susana cuando viajaron juntas a Necochea. Iban a pasar unos días en la casa de unos amigos de sus padres. Un ómnibus las llevó hasta La Rueda y allí tomaron otro hacia la playa. Tenían dieciocho años. Eran vírgenes. Les dieron un cuarto con cuquetas y allí se instalaron, sacaron sus soleras, sus trajes de baño, sus secadores de pelo, sus sandalias, y esperaron el llamado de Pancho y Eduardo, quienes habían planeado encontrarse con ellas. Llegarían en camioneta al día siguiente. Pasaban sus vacaciones de verano en el campo, organizando asados al compás de *Only you*. Pancho estudiaba abogacía en Bahía Blanca y era hijo del médico que las atendía desde chicas. Eduardo, un muchacho de la Capital, administraba la estancia familiar no muy lejos del pueblo. Estaba de novio para casarse en Buenos Aires, pero a Martita no le importó. A él tampoco, por lo visto.

A la noche siguiente de conocerse se dieron unos besos. Una cana al aire: ¿y? Su novia en Buenos Aires preparando el casorio; él solo, en el campo, todavía soltero. El tema de la novia era algo de su exclusiva incumbencia, y de las malas lenguas, por supuesto, augurándole sufrimiento a ella, Martita, que sería descartada para casarse con la otra. Lo que nadie sospechaba era que ella gozaba aún más de la fogosidad de los encuentros sabiendo que pronto acabarían. Enamorarse resultaba tan fácil como subirse a

un caballo, clavarle los talones y salir al galope. Peligro, peligro: ¿dónde estaba el peligro? Eduardo no la *amaba*: ¿y qué?, ella tampoco, pero podían disfrutar de los besos que salían de sus bocas como promesas succulentas. No había engaño, solo puro deseo o deseo en su estado más puro. Lo bueno había sido toparse con ese desconocido de ojos claros, mojarse viendo aquellos ojos como quien ve el principio de la tormenta en un charco espejado. Los días se volvieron más anchos, las noches más largas. Su rouge preferido tenía el mismo color chillón que tienen los juguetes nuevos para que no se decoloren de boca a boca.

Nada parecía desentonar con el aire festivo que venían respirando, enriquecido ahora por el yodo y la sal marina. Los vieron desde lejos avanzar por el médano y les hicieron señas con los brazos para indicarles dónde estaban. Pancho se adelantó, dejando a Eduardo rezagado, y se echó al lado de Susana a secretarle algo al oído. Eduardo parecía caminar con dificultad: las piernas separadas, los pies enterrados en la arena caliente. Cuando llegó a la orilla, se untaban entre ellos la espalda. Apenas los saludó antes de desplomarse en la reposera de Susana. La mañana estaba preciosa, si se le puede llamar mañana a un mediodía avanzado después de la traspasada en la disco. Los cuatro habían transpirado en la pista, tomando *gin-tonic* en los intervalos en que paraban de bailar y besuquearse. En un momento, Eduardo fue al baño y tardó en volver. Cuando al fin apareció, pagaron y se fueron. Serían las cuatro o cinco de la mañana. Subieron a la camioneta y ella notó más dura la boca de Eduardo al despedirse.

Y aquí están, de nuevo, los cuatro bajo el rayo del sol: Pancho chismoseándole a Susi lo que más tarde esta le contará a Martita.

Eduardo callado, con cara de sufrido... ¡Pucha con los tipos!, qué le pasa al que anoche era pura chispa. Martita decide invitarlo a bañarse: hay bandera de mar bueno, le dice; pero él no se mueve. Mientras no haya aguas vivas, dice Pancho y se ríe de manera maliciosa: ¡lo único que falta es que lo piquen...! Eduardo hace una mueca con la boca, una especie de sonrisa de compromiso o complicidad o algo que la deja fuera del chiste. En el argumento de un romance suele haber una parte indigna. La ruptura es a veces oportuna y a veces conviene anticiparla. Pero aún no ha llegado el momento.

Martita se levanta y va hacia la orilla, consciente de que la arena húmeda les imprime un movimiento acentuado a sus caderas, al juego de músculos en los muslos. Se siente como si fuera otra, pero a la vez más que nunca ella misma; la arena escurriéndosele por entre los dedos de los pies. Les da la espalda; la espalda es ahora el lugar más vulnerable de su cuerpo. La brisa fresca le pone la piel de gallina, pero no la detiene. Con las caderas abre el mar por el medio y se deja cubrir por la primera ola. La sal le hace arder los ojos, pasa la rompiente y se zambulle de cabeza. Nada crol un buen rato, sin alejarse demasiado para no perderlos de vista. Una ola la revuelca volviendo y traga agua. El mar por dentro le recuerda la boca salada de Eduardo. De regreso a la arena caliente escurre su pelo largo sobre el cuello del muchacho que se estremece y la empuja. Cae sentada en la arena. Epa, che, dice Pancho, tratála bien. Ya sabemos que tiene la culpa, pero..., le guiña un ojo a Susana y se ríe.

Las consecuencias de cualquier hecho son en cierto modo infinitas. Martita adivina el destino de su relación con Eduardo en los dibujos que al retirarse el mar hace en la orilla. La tarde ha transcurrido entre ambos en un silencio cuidadosamente guardado; el borde de espuma de las olas que se retraen a lo profundo se ve más blanco y más brillante. Incrustados en la arena, bajo los rayos

del crepúsculo, quedan fragmentos de conchillas, caracoles vacíos, piedritas pulidas. El mar a esa hora está tibio. Todos hacen la plancha un rato y abandonan la playa. Los muchachos las llevan en la camioneta hasta su casa y se despiden.

La realidad se vuelve descolorida. Los amigos de sus padres y sus cuatro hijos pequeños las esperan con la cena. Están cansadas, aturdidas. En cuanto pueden se sacan los críos de encima y se retiran a su cubículo. Martita está a punto de escuchar de boca de su prima lo que aún no le ha sido aclarado, cuando ve una araña sobre la colcha blanca de su cama. Ahoga un grito: por no provocar un escándalo cometerá un crimen. Agarra una alpargata, pero la araña se escabulle. Si no la encuentran no van a dormir en toda la noche.

Ay, nena, dejaste al pobre en un estado..., dolor de huevos, nena, dice Susi mientras sacan las sábanas y dan vuelta los colchones. Martita se tira al piso. Eduardo ha entrado ya en su olvido. Mete una percha entre los listones del elástico de la cucheta de abajo y la retira cubierta de unos huevitos blancos, pegajosos. ¿Macho o hembra? En Biología estudiaron que el macho fabrica una bolsa donde deposita el esperma, localiza una hembra y ejecuta una serie de danzas nupciales; la hembra se inmoviliza y él aprovecha a introducirse; luego la hembra mata al macho, se lo come. Martita siente que se ha tragado un pedazo de algo que no debería haber tragado. No puede regurgitarlo ni digerirlo. La araña está ahora quieta sobre la pared amarilla. Le tira un perchazo y el insecto se retrae como una pelotita: cráneo, estómago, riñones. Por las dudas le asesta un golpe de gracia: no se puede ser indefinidamente fiel al error. Con un trozo de papel higiénico limpia la percha y cuelga la ropa que acaba de sacarse.

# Bahía Blanca

Son las diez de la mañana cuando entran en Bahía Blanca. El sol se filtra a través de las cortinas de la ventanilla. A la madrugada, entre-dormida, Marta sintió que se detenían. Con los ojos entrecerrados, le pareció ver antorchas encendidas, gomas quemándose a los costados de la ruta. Lo que faltaba. Un pasajero, del otro lado del pasillo, dijo que era un piquete, que los precios del mercado estaban tan bajos que los productores de fruta preferían dejarla pudriéndose en el piso. No es fácil engañar a la gente que ve cómo el suelo se cubre de desperdicios, concluyó el hombre y casi enseguida lo oyó roncar. Marta le echó un poco más de aire a la almohadita inflable y volvió a calzársela en el cuello. No podría decir cuánto estuvieron parados en el medio del campo, porque siguió durmiendo como venía. Si su madre hubiera llevado una almohadita como esa posiblemente no hubiera muerto desnucada. Tampoco hubiera muerto su padre de llevar el cinturón de seguridad puesto. Pero en esos años los autos no tenían cinturones de seguridad ni existían las almohaditas inflables. A su padre le gustaba manejar la Ford. Decía que descansaba manejando. Su madre empezaba a cebarle mate ni bien salían a la ruta y seguía, con intervalos, lo que duraba el camino hasta Buenos Aires. Les gustaba ver el campo con el motor resonando entre ellos, alguna que otra referencia a los dueños de las estancias ocultas por la niebla espesa, los faros de la camioneta iluminando por delante unos metros, cuneta oscura a los costados. No hablan. Van mirando con atención las rayas blancas, las amarillas dobles, las punteadas.

El ómnibus frena. Recién cuando despierta, Marta se entera de que ha dormido.

En la terminal de Bahía Blanca bajan al baño y a desayunar. El micro no lleva servicio. La parada se estima en veinte minutos. Después de refrescarse van al bar y piden dos cafés con leche y medialunas. Todo rápido para no perder tiempo. Cuando vuelven a la dársena aún no han abierto las puertas del coche y los pasajeros esperan en el andén. Pasa un rato y aparece uno de los choferes, dice que están esperando que traigan un repuesto para arreglar el aire acondicionado porque el tramo que falta es muy largo y la temperatura anunciada puede llegar a los cuarenta grados. Un pasajero le pregunta si se fijó en el estado de las cubiertas: completamente lisas. El otro no le contesta. El pasajero insiste en cómo salen con un coche en estas condiciones. Un policía mira la escena sin intervenir. Otras voces se suman hasta rodear al chofer que escapa dentro de la terminal diciendo que no es su culpa, que se quejen a la compañía.

Con Ismael a su lado, Marta se acerca al policía: Nos están maltratando, nos van a matar, le dice. Mi obligación es mantener el orden, se ataja el tipo. ¿O sea que no va a actuar hasta que le prendamos fuego al coche? Ahí parece reaccionar y los acompaña a la boletería. Por segunda vez, desde que salieron de viaje, Marta encabeza una protesta. Con Ismael a su lado encara a la empleada que toma mate detrás de la ventanilla y le dice en nombre de todos los pasajeros que así no van a continuar viajando, que manden otro coche a recogerlos. La empleada comprende que la mujer no va a aflojar y marca un número telefónico. Alcanzan a oír que el pedido es rechazado por no haber disponibilidad de unidades. O salen con ese coche o quién sabe a qué hora... Marta vuelve a pedir el libro de quejas, esta vez más grande y de tapas negras, dejando asentado que si los pasajeros de la unidad 304 –demorados sucesivas

veces por desperfectos e imponderables achacables a la compañía—llegaban a sufrir un accidente, este había sido fehacientemente advertido, estando la guardia policial de testigo sobre la potencial criminalidad que significa viajar con vehículos en pésimo estado de mantenimiento. La denuncia se lee en voz alta ante la presencia del uniformado que permanece impasible, Marta anota su nombre y, a continuación, todos los pasajeros firman. Nadie iba a prenderle fuego al coche. En temporada alta siempre era lo mismo.

Once de la mañana. Hace exactamente una hora que deberían haber bajado en la rotonda y aún faltan doscientos ochenta kilómetros. A ese paso no llegarán ni a las dos de la tarde. Susana los esperaba a la mañana y ellos iban a hacerla esperar dos horas más con el almuerzo listo. Pero eso no era lo peor; lo peor era el remise que probablemente habría salido en su busca antes de poder avisarle a Susana; a lo mejor ya estaba allí, al rayo del sol en la ruta. En el locutorio de la terminal de Bahía Blanca ha intentado hablar con su prima, pero el teléfono fijo no contesta. Tiene su número de celular anotado en la agenda, pero desde ese locutorio, único a la vista, no se puede llamar a celulares y ella no tiene celular así que, antes de embarcarse, se dirige a uno de los choferes casi al borde del llanto. Puesto al tanto, el hombre le ofrece su propio celular, y al verdugo que hace un momento atentaba contra sus vidas, ahora habría podido besarle los pies. Cuando le dice a Susana que recién están saliendo de Bahía Blanca, piensa que se va a molestar, pero no es así. Susana sabe de la demora por la gente de la agencia local que trabaja con la compañía. El remise ya está avisado. Almorzarán cuando lleguen. Paciencia.

Ese éxito, esa pequeña victoria sobre la desesperación de la pasajera, parece haberle restituido al chofer cierta apariencia de

poder. Pero no es así, lo decepciona que ella vuelva rápidamente a su asiento, aliviada, olvidada de él. Es poco probable que una mujer como aquella se ofrezca a cebarle mate mientras maneja. Algunas pasajeras lo hacen y el camino se pone más llevadero. La aridez de su oficio se le evidencia en esas voces que se cuelan a través del pasillo y llegan a la cabina ligeras, huecas. Un zapatito de bebé se balancea en el parabrisas junto a la Virgen de Luján. Él cree en el poder de la Virgen. La estatuita es su mascota de la buena suerte. Desde la infancia lo ha acompañado en todas partes: encima de su cama para vigilar su sueño, en el comedor para bendecir la comida, en el vestíbulo para el que entra y sale de la casa, y, como si fuera poco, ahora la lleva también aquí. Su Virgencita de Luján. A ella nada se le oculta. El segundo chofer aparece con el termo. Tomate uno y te vas a dormir, le dice. Y arranca. Queda atrás la ciudad de Bahía Blanca mientras el hombre se acomoda para descansar los próximos trescientos kilómetros sintiendo el motor asmático del 304.

Último tramo, le dice Marta al nieto. Y también se acomoda para echarse otro sueño o recobrar la memoria, o que la memoria vuelva a ella y encuentre el recuerdo que la está esperando. Debe haber sido por Cipolletti donde estaban quemando gomas. Por suerte puede seguir durmiendo.



# Dipirona

Se descubrió el bulto mientras almorzaban, así, de golpe, del tamaño de una nuez, del lado izquierdo de la tráquea. Se lo palpó varias veces. No era un ganglio inflamado. No le dolía la garganta. No le dolía nada. Le pidió a Ignacio que se lo tocara. También a Sarita. No quisieron. Los impresionaba. Fue al baño a mirarse en el espejo. Ahí estaba, sin duda, y lo más sorprendente era no haberse dado cuenta de que algo le estaba creciendo hasta adquirir ese tamaño. Hacía poco se habían mudado a la casa nueva y el olor a pintura le generaba un dolor de cabeza permanente. Buscó una aspirina mientras seguía tocándose el bulto. Regresó a la mesa y disolvió la pastilla para evitar tragarla entera.

Sarita le preguntó qué le pasaba, sin dejar de mirarle el cuello mientras ella intentaba encontrar los bordes de aquella cosa que parecía tener cierta movilidad. No se sentía asustada, sí más bien fastidiada. Se habían gastado hasta el último peso de la venta del departamento en Buenos Aires en esa casa. No tenían cobertura médica y nunca antes había ido a un hospital público. Todo esto pensó mientras pelaba una mandarina y se comía los gajos, sintiéndolos deslizarse por su garganta sin obstrucciones de ningún tipo. Solo al escupir las semillas notaba cierta tensión en la zona afectada, como si el hecho de tragar y escupir fueran funciones no complementarias del mismo acto.

Se acordó de su madre haciendo ejercicios de rotación de cabeza para aflojar la tensión en el cuello. Tendría más o menos su edad cuando le operaron la tiroides. Le había costado recuperarse

y empezar a hablar normalmente. Su voz se tornó aún más grave, su tono más bajo. En eso estaba pensando cuando sonó el teléfono. Era Susana, de Buenos Aires. Le contó. Tenés que ver un médico ya, le dijo Susana, quien no pisaba un consultorio. Si querés yo te mando mi carnet de la prepaga: tenemos la misma edad, el mismo apellido y el carnet no lleva foto.

Con la credencial que le mandó por expreso a Bariloche, le hicieron los estudios sin pagar un centavo. Diagnosticaron nódulo frío en la tiroides, de esos que no captan el yodo radiactivo. El ochenta por ciento son benignos, pero por las dudas conviene operarlos. La tiroides participa en la producción de hormonas, especialmente la tiroxina que contiene yodo y regula el metabolismo basal. Su deficiencia puede afectar el funcionamiento de otros sistemas del organismo. Piel seca, delgadez, nerviosismo: ¿reconoce usted estos síntomas?, le preguntó el médico, y ella no iba a ponerse a contar lo que había sido construir esa casa. Y si a esto había que agregarle un invierno sin precedentes, teniendo que pagar a los obreros para que saquen nieve en lugar de levantar paredes... Gran esfuerzo para todos, ir y venir de los corralones de materiales a las madereras y cuando llegaban con lo que habían encargado, faltaba hierro del ocho. Y luego las terminaciones: lijar marcos, barnizar, poner sellador plástico a los vidrios repartidos de una docena de ventanas, un trabajo horroroso que nunca quedaba bien del todo y había que corregir embadurnándose los dedos; ni hablar de la noche que plastificaron los pisos de madera de la planta baja, en cuatro patas, respirando el olor penetrante del producto. Al día siguiente les llevaban los muebles... Sí, doctor, flaca, reflaca, nerviosa, claro, y con la piel, especialmente la de las manos, hecha tiras.

La glándula tiroides recibe su nombre de la palabra griega *thyreoeides*, que significa «escudo» debido a su forma bilobulada,

agregó el médico. ¿Escudo? Efectivamente, y también suele vérsela como una mariposa gris rosada. Las figuras resultaban similares. No así sus significantes. No es lo mismo tener una mariposa en la garganta que un escudo. El escudo a Marta le sonaba a protección y hubiera preferido conservarlo. Ya Leonardo da Vinci había incluido la tiroides en algunos de sus dibujos con la forma de dos glándulas separadas, una a cada lado de la laringe. Ignacio se los mostró en uno de sus libros de arte. La cirugía de tiroides era, en esa época, un procedimiento peligroso con elevadas tasas de mortalidad. Con el tiempo aparecieron la anestesia y la antisepsia y todos esos riesgos se habían ido reduciendo. Es un lugar delicado, enfatizó el médico. La tiroides se encuentra recubierta por una cápsula que ayuda a mantenerla en su posición en la parte frontal del cuello a la altura de las vértebras; está irrigada por dos arterias y hay tres venas principales que la drenan. Le aconsejo que si puede se haga operar en Buenos Aires. Allí analizarán lo que le extirpen y, en el peor de los casos, podrá hacerse un tratamiento en la ciudad de Cipolletti. Para qué agregar más: se sabía que era allí donde iban a parar los pacientes oncológicos del valle y la zona andina.

Con este panorama lo llamó a Marito, que estaba haciendo su residencia en el Hospital de Niños en Buenos Aires. La contactó con Celina, una amiga endocrinóloga. Ella conocía a un muy buen cirujano de cuello que operaba en el Hospital Fernández. La movida no parecía tan sencilla; una partida de ajedrez con peligro de que le hicieran jaque mate. Y en jaque, efectivamente, la habían tenido las consultas, el centellograma, los estudios prequirúrgicos antes de viajar a Buenos Aires. Susana iba a alojarla en su departamento. Al encontrarse en la terminal, se abrazaron un poco más fuerte que de costumbre. Había venido a buscarla sin el pesado de Arostegui. Cada vez que pasaban un tiempo largo sin verse, la primera impresión

que las acometía era la de que ambas habían adelgazado. El viento frío las apuró a tomar un taxi. Hablaron poco lo que duró el viaje. El taxista frenó de golpe y, en un gesto involuntario, Marta se llevó la mano a la garganta. Recién ahí, mientras el chofer buscaba el vuelto, Susana le pidió que le dejara ver el cuello. Se lo mostró. No dijo nada. Se bajaron del taxi y entraron al edificio de la calle Juncal.

Al día siguiente, con una carpeta conteniendo los estudios hechos en Bariloche, fueron las dos a ver a Celina Barbieri, la endocrinóloga amiga de Marito. Joven, gorda, de cara redonda y colorada, como si sufriera un trastorno glandular, las recibió cálidamente y enseguida fue al grano, pidió los estudios y estuvo un rato mirando todo antes de guardarlos nuevamente en el sobre: Ya hablé con el profesor. Le dije que eras una paciente mía y está arreglada tu internación. La operación va a ser dentro de una semana. Haber conseguido turno con este hombre es un privilegio: tu cuello va a estar en las mejores manos. Eso sí, vas a tener que cultivar la paciencia. El cuarto corre a partir de mañana y no se puede dejar desde que entrás hasta que te den el alta. O sea, no podés ingresar y volver el día de la operación. Es lo que en la jerga se dice «guardar la cama». Llevate lectura, un par de camisones, toalla, dentífrico, esas cosas. Te pueden visitar todos los días en el horario de visitas.

36 Y aquí estamos, le dijo Marta a su compañera de cuarto la primera noche que pasó en el hospital. Se había internado a la tarde temprano, después de almorzar algo liviano con Susana. La mujer volcó la cabeza hacia su lado y sonrió débilmente. La habían traído a eso de las ocho de la noche y hasta dos horas después no paró de quejarse. Le contó entre espasmos que una semana atrás la habían operado de la vesícula y una piedra se había atascado por ahí. Trataban de removérsela, pero por ahora no lo habían logrado. Mañana

intentarían de nuevo. La mujer sollozó y luego pareció calmarse. Con los ojos cerrados le preguntó que hacía ella allí. Le dijo que estaba guardando la cama y que en unos días le operaban la tiroides. La mujer le contó que vivía en Mataderos y que tenía dos hijos casados, nietos y una hija soltera que la vendría a visitar al día siguiente. Le preguntó de dónde venía ella. Debe haberse quedado dormida en alguna parte del relato, porque al día siguiente le preguntó cosas que Marta ya le había dicho.

El cuarto del hospital era mejor de lo imaginado. Dos camas cómodas, con sábanas blancas, bien planchadas, y un baño muy limpio que debían compartir con la habitación del otro lado, o sea, un baño para cuatro pacientes. Una ventana al este (lo supo al despertarse con los primeros rayos de sol) daba a un pozo de aire amplio y silencioso. La mujer de al lado durmió tranquila. Por la noche pasaron de ronda varias veces, pero por suerte no prendieron la luz. La enfermera de guardia, con una linternita, comprobó que todo estuviera en su sitio en la cama vecina, aguja, bolsa, suero, y siguió viaje. Ella se hizo la dormida y ni la miró. Debía estar enterada de su condición de «guardadora». Quejarse del servicio de hotelería sería injusto. Se zampó el desayuno de galletitas de agua y té con leche esperando que llegara Susana a visitarla con algo de fruta y nueces.

Desde las ocho a las once estuvo intentando leer. Antes de internarse en el hospital habían pasado por una librería a comprar un par de libros. A pesar de la sugerencia de Susana acerca de que eligiera algo más alegre, se decidió por *La muerte es un asunto solitario*, de Ray Bradbury, y *Narciso y Goldmundo*, de Herman Hesse. Como era menos voluminoso agarró primero *La muerte es un asunto solitario*, buscando al Bradbury de *El vino del estío*, y se encontró con escenarios siniestros que la deprimieron enseguida. Tenía razón

Susi. Se sentía defraudada esa mañana radiante tras los vidrios del cuarto de hospital. La mujer de la cama de al lado, que a esa altura se llamaba Hilda, le preguntó cuántos años tenía su hija. Catorce, le dijo, la tuve muy joven. Recordar a Sarita y a Ignacio lejos la acongojó. Hilda debió haberse dado cuenta porque cambió de tema, pasó a hablarle de sus temores. En unos minutos vendrían a buscarla para seguir intentando removerle la piedra. Estoy cansada de sufrir, le dijo, no hay descanso en el dolor.

En perfecto estado físico, al margen del bulto que sería extirpado en breve, Marta se sintió incómoda frente a ese sufrimiento tan real, sumado a la locura de ocupar una cama sin necesidad, con gente detrás de ella haciendo cola, gente cuyas dolencias, seguramente, superaban la suya. Pero bueno, así eran las cosas y podía congratularse de su suerte. La operación, por tratarse de un hospital público, no le costaría nada más que el mal trago de tener que pasarla. La familia y los amigos son el capital de las personas, se encontró diciéndole a la mujer justo cuando llegaban a buscarla con una camilla. Mi hija va a venir a verme, alcanzó a decirle Hilda, que por favor me busque.

Susana llegó a eso de las once. Una enfermera le avisó a Marta que estaba en la sala general de visitas. Se puso un jean y una remera y fue a encontrarse con ella. La sala estaba llena de gente que hablaba en voz baja generando un murmullo compacto. Con entusiasmo apenas fingido, los convalecientes en condiciones de moverse recibían los paquetes que sus familiares les habían traído. Todos querían volver a sus hogares, los que estaban adentro y los que llegaban de visita: el hospital era un paréntesis cuyo contenido convenía olvidar lo antes posible. Afuera, el sol de septiembre seguía alumbrando el mundo. Paciencia. Paciencia para soportar la incomodidad de la espera en pos de la realización de algo. Pronto el

nódulo sería expulsado de ese otro mundo de venas y arterias donde se había abierto espacio y ella podría regresar a su vida anterior.

Como sea, allí estaba de nuevo recostada en su cama de hospital con Herman Hesse entre las manos después de haberse despedido de Susana, que seguramente se había ido afligida tras verla desaparecer en la puerta vaivén de la sala general de visitas. Narciso y Goldmundo la acompañarían los días restantes y esto la confortó al despedirse de su prima hasta la mañana siguiente.

Cuando entró en la habitación se encontró con una chica sentada en la cama de al lado que, al verla, se levantó, como si estuviera cometiendo una infracción, y se presentó como la hija de Hilda. Ella esperaba que vinieras y me pidió que la buscaras. Se la llevaron hace un par de horas, le dijo. ¿Y cómo estaba?, preguntó temblando la chica. Bastante bien, durmió tranquila. La chica se sonó la nariz: Es que no sé dónde buscarla... En eso entró una enfermera y aprovechó a preguntarle. Tampoco sabía. Quedó en averiguarle y le pidió que se retirara de la habitación y esperara en la sala general. Fue entonces cuando Marta se entregó a la lectura. A las doce le trajeron un almuerzo insípido que tragó sin apetito. En la habitación del otro lado del baño, habían internado a una mujer que se asomó a saludarla. Le preguntó si estaba cuidando la cama y le dijo que le sacaban un riñón al día siguiente. Marta sintió retortijones y fue al baño. Demasiado zapallo. Volvió a la cama y dormitó un rato esperando ver en cualquier momento a Hilda o a la hija o a ambas. Nada.

Ya estaba oscureciendo cuando trajeron a la mujer en una camilla. La habían tenido todo el día en observación intentando moverle la piedra, pero no lo habían conseguido; la pobre estaba muy dolorida después de tanto hurgarle. Marta le preguntó a la enfermera si le habían avisado a la hija. Creía que sí. Ahora tiene que dormir, dijo, como desactivando cualquier posibilidad de que

la chica entrara a verla. Desencajada, la mujer respiraba con dificultad y gemía de a ratos. Trajeron la cena y Marta volvió a sentir revuelto el estómago, no sabía si por asco al olor a comida de hospital o por pudor al tener que comer con alguien al lado sufriendo de esa manera. Oh, Dios, si es que existes... Pero no, no servía recurrir a Dios en estos casos. Para eso estaba la ciencia, médicos que se habían quemado las pestañas estudiando, fármacos testeados por prestigiosos laboratorios. La mujer se removió inquieta y le pareció que quería decirle algo. Antes suspiró un instante como para aliviar lo que se había vuelto, de algún modo, intenso. Acercó su oído a la boca de la mujer y escuchó: Me duele... Sus ojos, más que sus palabras entrecortadas, le informaron de su calvario. Pasó un rato y a las once sus gemidos aumentaron. Marta se echó un saco encima del camisón y, en pantuflas, salió al pasillo. A esa hora el hospital era una tumba. No había un alma en ningún sitio. En la guardia del segundo piso encontró una enfermera y la arrastró al cuarto.

De acuerdo, dijo la mujer, le voy a dar algo. Estaba saliendo en busca del medicamento cuando Hilda, con un resto de fuerzas balbuceó: Dipirona no... La enfermera ya había salido. Marta le comentó lo de la alergia cuando volvió a la habitación jeringa en mano, pero la mujer no le prestó atención. Era una de esas enfermeras veteranas con delantal almidonado, olor a talco y muy seguras de sí mismas, de esas que inspiran respeto, por no decir temor, a los enfermos. Apenas la inyectó, Hilda reconoció los síntomas. Aulló pero era tarde. Empezó a hinchársele la lengua y la enfermera reaccionó como loca: ¡Shock anafiláctico, corrí a buscar ayuda! Marta se lanzó por los pasillos que seguían desiertos y gritó hasta que apareció un médico de guardia. En pocos minutos llegó un equipo al cuarto con un tubo de oxígeno y ahí nomás le hicieron una traqueotomía a Hilda. En el barullo nadie reparó en ella, que seguía arrinconada en su



cama viendo cómo le abrían el cuello. ¡Le está bajando la presión!, gritó alguien. Le pidieron que salga del cuarto. Vino una enfermera y la instaló en una habitación al final del pasillo. Esa madrugada internaron a otra mujer que llegó vociferando. Sin haber podido pegar un ojo desde que la separaron de Hilda, Marta se asomó y pudo ver cómo a duras penas trasladaban una masa de carne desbordante, ciento cincuenta kilos, por lo menos, en una estrecha camilla. No era Hilda. Forcejearon para pasarla por la puerta y la mujer seguía maldiciendo, como si gritar de esa manera fuera la prueba de que estaba viviendo al máximo.

El día amaneció más tarde. La ventana de esta habitación daba al sur. Llovía y sintió frío. Alguien le trajo el desayuno de té con leche y galletitas de agua. Pidió volver a su antiguo cuarto con sus cosas. En un rato, le dijeron. En esas condiciones nada la obligaba a levantarse enseguida. A eso de las nueve le avisaron que podía trasladarse. La habitación estaba vacía, las camas, arregladas, todo ordenado y limpio. Ninguna de las enfermeras que vio durante ese día y en los siguientes le supo informar sobre Hilda. Nadie la conocía ni la había atendido. Tampoco en la oficina de la sala general de visitas ni en ningún otro lado donde preguntó. La identificación se vuelve difícil en un hospital lleno de gente. Parientes próximos y lejanos, amigos, conocidos. Un cuerpo por metro cuadrado en la sala general de visitas. Saturación de la zona de sillas. Seres de ambos sexos y de todas las edades. Nenes de pecho que ya no tienen qué mamar, otros más grandecitos que circulan en cuatro patas buscando entre las piernas. Cuatro días con sus noches la aguardaban y debía sobrevivirlos. Allí estaba su vida, por qué no: era una vida si se empeñaba uno absolutamente. Susana venía a visitarla por las mañanas y a veces un rato a la tarde. Le dijo que prefería que solo lo hiciera

en la mañana. Mejor que reservara su energía para el postoperatorio, ¿no? Le contó lo de Hilda y Susana se impresionó tanto que se arrepintió de haberlo hecho. No le pidió que averiguara por su cuenta. Por ahí se enteraban de que andaban curioseando y no les caía bien. Hasta ahora no podía quejarse. Y de qué iba a quejarse. Mejor no insistir. A ver si cuando llegaba el momento de la cirugía le hacían alguna perrada.

Y llegó el día fijado. Fresca como una rosa esperando que la corten, con su camisón limpio, bañada y con el pelo recién lavado con el mismo jabón desinfectante, Marta esperaba que la fueran a buscar. La noche anterior había terminado con *Narciso y Goldmundo*. Ambos habían compartido su encierro, le habían permitido alejarse y vagar, llorar y sentir alegría. Las historias se arman, e incluso se modifican, en la medida en que euforias y caídas las empujan en una u otra dirección. El esfuerzo es permanente, aunque nunca se alcance un total equilibrio. Si así fuera, justo sería que nos santificaran. Ocupada en querer y no querer ser lo que era, ella había dejado crecer algo que ahora iba a ser extirpado, iba a decirle a Susana cuando llegara. El ocio de esos días le había dado la recompensa gratuita de entenderlo, la única a la que Marta aspiraba.

Susana llegó más temprano que de costumbre y le permitieron pasar al cuarto. Marta estaba en ayunas y se sentía con buen ánimo. Por fin, le dijo, qué importa un tajo más. Había llegado la hora de la puesta en cuerpo. Al rato apareció un enfermero y se despidieron. Marta trepó a la camilla, Susana le dio un beso en la mejilla y se dijeron hasta luego. En la sala de operaciones la esperaban el anestesista y el cirujano que se presentó como tal, ya que no se conocían. Le pusieron una gorra, la sujetaron a la mesa y no supo más nada. Se despertó en su habitación con la boca reseca y un terrible dolor en el cuello. Debían haber pasado unas cuantas horas porque

estaba oscuro. Se sentía pésimo. Arcadas, vómitos, vértigo, el temor de que en algún esfuerzo se le abriera la herida. Una noche de perros, con Susana sosteniéndole la mano. Amaneció agotada, pero sin náuseas. El cirujano pasó a verla, le dijo que la operación había salido muy bien y le dio el alta con la recomendación de que *guarde cama unos días, ja, ja*, y que vuelva en una semana a sacarse los puntos. *Cipolletti no iba a ser necesario*. Una semana vivita y coleando en el hospital y ahora, con el cuello vendado, colgada de Susana, estaba lista para irse. Ah, si no fuera por esa manía horrible de moverse podría pasarse la vida en una habitación llena de libros.

Susana había metido sus cosas en un bolso y muy despacio la llevó hasta el ascensor. De allí a la calle, unos pasitos. Mientras su prima buscaba un taxi, Marta recordó que Hilda nunca le mencionó su apellido.



## El jardín encantado

Destino común a los hijos del interior que quieren seguir estudiando, los primos Olivera se mudan a Buenos Aires. Martita se instala en un pensionado de la calle Guise. Susi, con Marito y su madre, en una casa que les alquila el tío Quique en Palermo Viejo. Todos los viernes, Susi organiza un té. A eso de las cinco llegan las invitadas con sándwiches, facturas, una Coca. Susi pone los scones, el té, la azucarera de plata y la jarrita de leche haciendo juego.

La casa tiene un vestíbulo de doble puerta con vidrios cubiertos con visillos de *vôile*. Allí deben esperar no menos de cinco minutos a que Susana les dé paso. Una cascada de disculpas cae sobre las invitadas mientras ingresan en la sala y buscan un sitio en el perchero colmado de abrigos, portafolios, paraguas. Recrudescen las disculpas por el desorden que Susi se afana en disimular. La sala, sin ser tan fría como el vestíbulo, es igual de inhóspita: un juego de sillones de madera oscura rodean una chimenea apagada, ningún almohadón, pocos adornos, un busto de mármol de Beethoven, unas acuarelas de flores, todo enmarcado por cortinas de terciopelo bordó que restringen la poca luz que entra desde el patio interior. Evitan la sala de espera y pasan derecho al comedor, donde se respira otro aire: la estufa de gas encendida, la mesa puesta con el mantel de hilo blanco salpicado con manchas de té viejas como la abuela que lo bordó. Susi vuelve a disculparse con ese tono de chica educada, un poco afligida, adquirido en Buenos Aires y se aleja en dirección a la cocina, que queda en la otra punta del patio. Cada una saca sus provisiones y espera, conteniéndose para no zamparse

una medialuna, hasta que diez minutos después regresa Susi con la tetera cubierta con su abrigo de lana y un plato de scones duros, quemados abajo. Cuando ya no queda nada para masticar, los mojan en el té por compromiso.

Desde que viven en Buenos Aires, Susi se ha vuelto adicta a las ceremonias tradicionales. Para las demás chicas es juntarse a comer, sacar el cuero, reírse a reventar y después cada cual a lo suyo. La que tiene programa esa noche se va un poco más temprano. Las demás alimentan su envidia con las migas del mantel. Susana se ha puesto de novia con un estudiante de Ingeniería. Se conocen de la parroquia; por la pinta podría ser cura, una figurita antigua, José María, peinado con gomina, camisa blanca, saco y corbata, zapatos negros acordonados. Se sabe que no la toca; unos besos castos, unas miradas contenidas. Cuando hablan del tema, ella se hace la distraída. Seis meses llevan comulgando juntos los domingos, yendo al Patronato de la Infancia con ropa y juguetes para los huérfanos.

Susi dice que va a estudiar Asistencia Social, Marito ingresó en Medicina. Su madre, que en el pueblo tenía fama de bohemia, ha entregado su corazón a la literatura, logrando editar sus cuentos infantiles que firma con su apellido de soltera, Duboise, que es francés y parece distinguirla, o al menos eso deja traslucir Susi cuando se refiere ella. Celia Duboise, autora de *El jardín encantado*, inspirado en esta hija salida de una ilustración: ojos grandes, verdosos, de mirada inocente, pelo largo hasta la cintura, labios carnosos y nariz recta, Susi es la jovencita que habita ese jardín opuesto al patio descascarado con yuyos entre las baldosas, al que ventilan las habitaciones de la casa, salvo al comedor que da a la calle; un patio apenas entrevisto cuando van a tomar el té los viernes. Celia Duboise no está nunca y si está, parece estar en otra parte. Su carrera literaria recién estrenada la mantiene alejada de lo doméstico.

Después de esperar esos minutos que Susi se toma para abrirles la puerta, entran en tropel con ganas de empezar a comerse el fin de semana. Susi les cuenta del nuevo libro que le van a publicar, que acaba de ganar un premio en un concurso.

Uno de esos viernes, después de ir al dentista, Martita aparece un rato antes que las otras. Su prima le pide que la acompañe a la cocina donde está terminando de hacer los scones. Si en el resto de la casa circula un aire de abandono, aquí una pátina lo cubre todo: paredes, vidrios, techo. Sobre la mesada de mármol percutido, Susi acomoda la masa y empieza a cortar los scones con un vasito de vidrio, enmanteca una asadera, coloca los scones y la mete en el horno. Listo, dice con su sonrisa de cenicienta resignada, y se sacude la harina de la ropa. Pone a hervir una pava de agua y anuncia que enseguida vuelve, que por favor vigile los scones, que no se quemen. Marta la observa atravesar el patio y persignarse ante una Virgencita despintada hundida en la madre selva. La devoción de su prima parece un conjuro, un remedio para curarse de algo. Inmediatamente desaparece y puede imaginarla acomodando un poco aquí, un poco allá, antes de que entren las chicas. Son las cinco menos cinco y el timbre va a sonar en cualquier momento.

En la cocina flota un olor acre, a horno sucio, que confunde con olor a quemado. Eso la hace abrir el horno, que chirría, y una cucaracha sale corriendo por el zócalo. Siente una arcada y suena el timbre. Los scones siguen estando pálidos. Cierra la puerta del horno y entra Susi. Martita le dice que no se siente bien, que mejor se va. Atraviesan el patio. Esta vez no la ve persignarse. Se despiden de ella y de las chicas, que aún esperan en el vestíbulo, y se escapa *forever* del té de los viernes. El pretexto: un nuevo novio. Los viernes a la tarde van al cine.

Después de un tiempo sin verse, se encuentran en Santa Fe y Coronel Díaz. Marta llega a la confitería un rato antes y se sienta frente a una ventana. Casi enseguida aparece Susana. Está igualita, con el pelo castaño hasta la cintura; se acerca a los saltitos. Se abrazan como siempre. Las dos piden té y esperan a que el mozo se retire. Aguantame que voy al baño, dice Susana. A esa hora hay poca gente en la confitería. El mozo se acerca y les deja las tazas, el azúcar, el té en saquitos y dos teteras con agua caliente. Vuelve Susana y se acomoda en su silla. Marta llena las tazas, donde hunden los saquitos hasta que el agua se enturbia, le ponen azúcar y lo revuelven. Estoy embarazada, le dice Susana mientras sorben el té que les quema la lengua. Se llama Dani, hace un tiempo que salimos: él todavía no lo sabe. ¿Y José María...?, se atraganta Marta viéndola negar con la cabeza a medida que crece su estupor. ¿Qué vas a hacer? Tenerlo, claro. ¿Y si no está de acuerdo? Va a estarlo, me adora, trabaja en la radio, es divino. ¿En la radio? Sí. Tiene un programa de música y libros, mamá lo conoce, en realidad me lo presentó ella, así que... (agarrate, Celia Duboise, madre de la víctima, principal responsable de su desfloramiento: *Que no se culpe a nadie*, seguramente citaría a Cortázar, lo cual envalentonaría a Susi: ella y Dani, Dani y ella; y qué diría el tío Quique: nada, mascullaría un rato y ya se vería). Bueno, si estás tan segura... Marta se sirve más té: ¿Van a casarse? No sé, él es bastante de izquierda... (bastante de izquierda: qué está queriendo decirle su prima, que hace un año soñaba con ser maestra en la escuela religiosa donde su ex novio enseña matemática). ¿Y la radio le da como para mantener una familia? Susana la mira desdeñosamente: Eso y algunas notas que escribe para revistas. Además, yo voy a trabajar. ¿Con un crío?, va a retrucarle, pero se calla. ¿Y vos, en qué andás?, le pregunta Susana. Cada vez que la interrogan sobre circunstancias de su vida, Marta piensa que no es importante



para los demás lo que le pase o deje de pasarle, aunque los demás sean Susi, que no espera su respuesta y pregunta: ¿Sabés algo de las chicas? No mucho, la corta. Está empezando a creer que el olvido puede ser saludable.

La próxima vez que se ven es en su casa, no en la del té de los viernes sino en la que alquilan con Dani. Un fuerte olor a leche agria la golpea cuando entra al departamento de un ambiente con *kitchenette*, ocupado por una cama de dos plazas sin tender, una cuna y una mesa arrinconada con dos sillas. Susana le ha pedido que le haga de *babysitter* para asistir a la entrega de un premio literario con el que han distinguido nuevamente a su madre. Dani, a quien Marta acaba de conocer, le ofrece un vaso de vino, que rechaza, y se sirve uno él. El tipo no parece tener apuro en irse, habla como un libro de filosofía mientras Susana le da instrucciones acerca de la beba que por ahora está dormida. Vayan, les dice Marta que empieza a impacientarse, en un par de horas me vienen a buscar. Susana se limpia una mancha de vómito en el hombro de su vestido beige y toma su abrigo. Dani despacha el último trago. Salen.

El monoambiente, con las paredes pintadas de rosa sucio, tiene una única ventana a un pozo de aire. La beba sigue durmiendo y ojalá que siga. Se acerca a una estantería. Se nota que Dani lee bastante. Empieza a hojear un libro de Jaureche cuando escucha un quejido proveniente de la cuna. Apaga las luces para no perturbarle el sueño a la criatura, pero es inútil, se despierta y empieza a berrrear. Busca la mamadera preparada por Susana y la calienta a baño María, tal como ella le indicó. Prueba la temperatura de la leche en el dorso de su mano izquierda y se dirige hacia la cuna. Leticia para de llorar y la mira con los ojitos enrojecidos e hinchados. Cuando va a levantarla se da cuenta de que está cagada. Susi olvidó dejarle

a mano un pañal y ella no ha cambiado uno en su vida. Mierda. Mierda, sí. La levanta y la acuesta sobre la cama después de estirar un poco las mantas. Con cuidado de no mancharse le saca el pañal sucio y la lleva al baño. Abre la canilla, entibia el agua y le lava el culito a su sobrina, la conchita, todo; está toda cagada. Después la envuelve en una toalla y la lleva de vuelta al cuarto. La mamadera sigue tibia. Al principio la rechaza, pero luego se prende y la vacía. Ella la hace eructar como le indicó Susana y la vuelve a acostar en la cuna. Le canta arrorró mi niño y milagrosamente la beba se duerme. Se recuesta en la cama y retoma el libro de Jauretche: *Los argentinos apenas si tendremos para pagarnos la comida de todos los días. Y cuando las industrias se liquiden y comience la desocupación, entonces habrá muchos que no tendrán ni para pagarse esa comida. Será el momento de la crisis deliberada y conscientemente provocada...*

Tercer encuentro con Susana en el mismo horroroso departamento del que salió huyendo hace tres meses. Está demacrada. Triste. Las cosas no andan bien con Dani. Le pide que lo vea, que hable con él. ¿De qué?, la frena, de qué quiere que le hable si casi no lo conoce... No sé, vos tantealo a ver qué te dice, entre nosotros ya no hay diálogo: hay maltrato. La niña del jardín encantado es una mujer desesperada. No se resigna a soltar a Dani renunciando al amor, ya que para ella el amor y Dani son indisolubles. Se puede perdonar una aventura: qué es una aventura comparada con el Amoor... Susi le pasa un número de teléfono. Llamalo, por favor. Su prima está llorando.

Se citan en la esquina de Corrientes y Callao. Le propone a Dani ir a La Paz, pero él la desvía hacia Lavalle, al bar de un conocido que termina siendo una *whiskería* con poca luz. Parece contento de que lo haya llamado. Marta no entiende qué fantasía ha alimentado

en esos días, pero de pronto el tipo se le tira; literalmente se le tira encima. Ella atina a correrse. El imbécil le pide que se levante el pelo para admirar su cuello de cisne y es como si le ordenara quitarse la ropa, y a continuación se le declara, le dice que hace rato que está loco por ella. Qué sinvergüenza. Se encontró con él porque se lo pidió Susana, idiota, su prima y mejor amiga, no de ahora, de toda la vida. El tipo le echa su aliento a *whisky*. Me dijo Susi que te gusta leer, ¿por qué no te venís a la radio y hacemos algo juntos? Así funcionás, gil, va a decirle, pero se frena. El lugar es siniestro. Al fondo hay una pareja chapando y más allá, en la barra, un barman de saco rojo bate una coctelera al ritmo de un bolero rancio. Le parece increíble que alguien como Susana haya podido someterse a una «transformación evolutiva» de estas características. Quizás pudo sucederle a los peces, hace miles de millones de años: algo que los obligó a salir de su medioambiente para evolucionar en una gran zona del mar separada del océano principal. Y ahí quedaron, boqueando para sobrevivir en la ilusión de flotar todavía.

Las mujeres no saben lo que quieren, escucha a Dani. Ah, ¿no?, se cabrea en silencio. Le preguntaría si los hombres sí saben, pero él se levanta y va hacia la barra. Lo ve reírse con el barman y analiza la posibilidad de escabullirse. Para eso debe pasar ante los dos. La pareja del fondo acaba de irse y no hay clientes a la vista. Va a incorporarse cuando Dani vuelve haciendo tintinear los cubitos de hielo en el vaso lleno. El problema entre él y su prima, según le dijo ella cuando le pidió que lo viera, era su arrastre con las minas: ¿una gracia o una maldición? El tipo no da la impresión de ser demasiado feliz. Ningún rasgo sobrenatural lo distingue: en vez de un texto sagrado parece haber usado con Susana un manual de sexo.

¿Los hombres, sí?, lo interpela: ¿los hombres saben lo que quieren? Y a vos qué te parece, gatita... Daniel se desploma a su lado,

intenta abrazarla, pero logra esquivarlo. A mí me parece que los hombres necesitan asegurarse que son hombres todo el tiempo, yo te tenía por un tipo inteligente, pero por lo visto... Eso le pica. Se sienta derecho y apoya el vaso en la mesa. No han hecho efecto sus intenciones oportunistas. De acuerdo, dice, hablemos.

La cuarta vez que se ven con Susana es en el departamento donde se mudó con Leticia. Susi va a salir con su nueva pareja, un contador que esa noche la presentará a su madre mientras cenan en un restaurante; un pelado grandote. Se ve contenta en la foto posando al lado de Arostegui, pero no eufórica como la vez que le habló de Dani. El departamento sigue siendo un monoambiente y está más ordenado que el anterior. Tiene una ventana a la calle y no hay olor a vómito. Leticia está dormida cuando llega. Por si se despierta, Susana le ha dejado unos libros para entretenerla. Reconoce una vieja edición de *El jardín encantado*, se recuesta en la cama y empieza a leer: *En el jardín de una casa abandonada vivían los colores regados por la lluvia y el rocío de la mañana. ¿Qué haremos con todo lo demás?, se preguntaban las nubes y los vientos que traían el agua y las semillas. Todo lo demás era la casa que ya empezaba a desaparecer bajo la hiedra. Las paredes recubiertas de hojas parecían reflejar la vida interior del bosque. Por la vieja chimenea, que aún sobresalía, se escapaban los suspiros del aire encerrado en la casa. Hasta que un día llegó una niña que buscaba capullos y se asomó por una de las ventanas que la hiedra no había llegado a tapar. Oscuridad y telarañas. En cambio, en el jardín todo resplandecía: esos seres delicados y perfumados llamados flores se abrían como respuestas iluminadas por el sol. La niña no entendía el lenguaje de las flores, toda esa dulzura e inocencia que no parecen de este mundo. Iba a arrancar una para llevársela con ella, cuando el jardín habló: ¿Estás preparada para recibirla?, le preguntó con voz de río que moja todo cuando pasa. La niña se*

*contuvo y miró hacia ambos lados, hacia arriba, hacia abajo. ¿Recibir?, se preguntó a sí misma. Y en voz alta: ¿Cómo se recibe una flor? Cuando lo averigües vuelve. La chica volvió a mirar la flor al día siguiente y al otro. La flor que habría querido llevarse continuaba en su sitio, ahora un poco más abierta. Hasta que otro día fue y vio la flor inclinada. Parecía ofrecérsele. Hubo un destello cuando le quebró el tallo, pero el jardín se mantuvo en silencio. Para algunos esta historia será como un destello. Para otros, que quizás no se hayan dado cuenta, la revelación ya ha comenzado.*

Autora Celia Duboise, con ilustraciones de Carlos Morales. Qué bonito. Si Leticia se despierta verá cómo hacer para contarle que su mamá es la niña del cuento y que la flor, de tanto mirarla, se marchitó y aquí está, embalsamada entre las páginas del libro que le está leyendo.



# Filiaciones

Todas las noches, cuando se sientan a comer, Arostegui formula la misma pregunta: ¿Has aprendido algo hoy que valga la pena repetir? Leticia enmudece y mira el plato. Ante sus ojos desfilan las respuestas como manjares incapaces de desarrugar el ceño del hombre que llega a cortar la respiración. No sabe que su padre no es su padre. Susana nunca le habló de Dani. Fue la condición que le puso Arostegui para casarse y adoptarla. Leticia se sirve un vaso de agua y se lo toma. Desde que llegaste no has parado de decir boludeces, sigue el hombre que se sirve a su vez un vaso de vino. Leticia estudia Psicología y de ninguna manera va a permitir que... Eso querría decirle que aprendió, que un hijo ansía que su progenitor sea un ser humano, no un personaje, independientemente de la forma en que esté representando su papel. Pero no se anima.

Leticia tiene los ojos de su madre y es miope como su abuela, usa lentes de contacto y habla con énfasis, si la dejan. Hablar para ella es como respirar, comunicarse: si no habla corre el riesgo de callar para siempre. Su deseo de hablar, que vendría a ser lo contrario de escuchar, gracia capital del psicólogo, solamente es cotejable al de ser escuchada. Para costearse la carrera trabaja como modelo vivo: pelo castaño, brillante y lacio que a veces recoge en un rodete, lindos dientes, un cuerpo flexible y proporcionado. Posa desnuda, por lo que vive resfriada.

El escultor es un hombre mayor, sordomudo de nacimiento. En la pared de su estudio hay un cuadrito con una cita del Eclesiastés: *Se cansarán de hablar y no podrán decir más, pero no se sacia el ojo de ver*

*ni el oído de oír.* Por señas, el hombre le indica inmovilidad, le marca poses, y son esos los raros momentos en la vida de Leticia donde nadie la deja en mitad de una frase. Su mente, atestada de pensamientos que se suceden sin parar, da paso a la quietud y la quietud a la liberación. Mientras las cosas ocurren en primer plano, la sospecha de que debe haber algo más se instala en ella. Y por supuesto que lo hay, no en los términos cuantitativos de los hechos, sino en la dimensión cualitativa de la profundidad. Lo efímero del boceto marca la pura transitoriedad de las formas, aunque esas formas se plasmen luego en mármol.

Arostegui mastica con ahínco cualquier alimento que se le ponga por delante. La carne, las papas, la lechuga, el tomate... Leticia siente aversión por la carne, motivo que suele crisparlo cuando ve que la reparte en los costados de su plato esperando que él se distraiga para pasársela al perro. El perro es el único habitante de la casa en quien Leticia confía plenamente. Su madre se ha vuelto una sombra que no se pregunta para qué vive, sino para quién vive, si es que alguna vez se lo pregunta. No te metas, le dice Arostegui en referencia a cualquier tema, la interrumpe, y la sombra se desliza en dirección a la cocina: ¿confiar en una sombra cuyo deseo primordial es servir a los demás, atender sus exigencias, satisfacer sus expectativas? Las de su padre, claro, si a ella ni la registra. Y ya sabemos que lo que más quiere Leticia es ser atendida, no en el sentido del plato de comida (podría vivir a pan y agua), sino una oreja, con una alcanzaría, pero la resignación de su madre a tener una vida inferior la ha vuelto hipoacúsica, como el escultor, con la diferencia de que el hombre puede comunicarse de manera real y efectiva. Leticia no espera que lleguen señales de la cocina. Sabe lo que ahora viene y la irrita, y también está irritada por el hecho de que la irrite. Al ruido



de la canilla abierta se suma el de las cacerolas. Entonces va y se encierra en su cuarto a meditar. Ser *uno* en esa casa es algo privado. Pone un CD y suenan los tambores. El vozarrón de Arostegui ha quedado amortiguado por el deseo de saber quién es ella, por qué está en este mundo.

La historia se replica todos los días con algunas variantes. Los lunes, por ejemplo, hay tallarines, y ante la pregunta paterna de si ha aprendido algo que valga la pena repetir, Leticia se toma su tiempo mientras enrosca los fideos en el tenedor. *Split brain*, le contesta con la boca llena, sabiendo que eso lo enfurecerá. Una, porque no entiende el inglés; otra, porque detesta que le hable con la boca llena. ¿Espli qué...? Cerebro dividido, traduce Leticia y aprovecha a sacarle ventaja: hemisferio derecho y hemisferio izquierdo; los circuitos del lado izquierdo nos dicen que los malos hábitos son para siempre, que estamos hechos de tal o cual manera y que tenemos que aceptar que es así, de lo contrario... Su padre levanta una mano mostrando la palma, además de que debe callarse: Pará, sabihonda, le dice. Pero todo eso sencillamente no es verdad, sigue Leticia y vuelve a enroscar los tallarines. Sabe que acaba de abrir en el hombre una expectativa que no podrá resistir: Primero tragá y después hablá claro, masculla enfurruñado.

Leticia toma un trago de agua decidida a ocupar el espacio que la ciencia le brinda: la investigación ha demostrado que la actividad eléctrica entre el hemisferio derecho y el izquierdo se coordina mejor durante ciertos estados de meditación. ¡Ja!, resopla su padre, chupate esa mandarina. Susana se levanta y va en busca de la frutera. Tomá, le dice, son las dulces de cáscara finita. Es sorprendente lo atenta que puede estar cuando se lo propone. Pero su imagen no resulta halagadora: una mujer enflaquecida, trayendo una frutera

que nadie le ha solicitado. Entre las dos no hacen una, se sulfura Arostegui: No quiero fruta. Desprendiéndose de la obsequiosa rigidez que la mueve, como si se hubiera dado un respiro, Susana vuelve a la cocina y deja correr el agua en la piletta. Con tal de no discutir... Leticia se levanta y se dirige a su habitación sonriendo. Muy bien, se felicita. Abandonar la partida cuando se está ganando.

El escultor le ha dicho que no vaya por una semana, es decir, se la ha marcado en el almanaque con un círculo rojo y la palabra NO en mayúscula. Leticia lo mira interrogante. Él se lleva una mano al pecho y se golpea rítmicamente, luego toma una de las manos de Leticia y se la apoya en el corazón. Leticia entiende que el receso tiene que ver con algo médico, y no se equivoca. Sobre la mesa, entre las gubias y los cortafierros, alcanza a ver unos papeles con membrete del Hospital Italiano. ¿Marcapasos?, le pregunta mirándolo de frente. ¿Le van a colocar un marcapasos?, y se golpea como él. El hombre asiente y baja la cabeza dando por terminada la conversación. Se dirige a la mesa, ordena sus herramientas y le indica con un gesto que se ubique cerca de la ventana, como viene haciéndolo en los encuentros anteriores.

Leticia se desnuda de la cintura para arriba y mira hacia afuera. Es primavera y, aunque todavía el aire está fresco, el sol que atraviesa los vidrios le calienta los huesos. *Un marcapasos, no debería preocuparse; a mi abuelo le pusieron uno el año pasado y...* Las frases que se le ocurren empiezan a escabullirse como liebres en sus madrigueras, pronto no quedará a la vista ni la punta de la oreja gris de un pensamiento ni el agujero terroso por el que está a punto de desaparecer. Y ocurrirá el milagro de estarse quieta dando paso a una interioridad que se abre y hace brotar el misterio de estar ahí, frente a otro ser humano que no la mira a ella sino a lo que ella representa. Un

antirretrato, un molde para sacar lo que hay detrás de la figura. Los cuerpos son la puerta de entrada, le dijo el escultor una de las pocas veces que le expresó algo por escrito. En la casa de Leticia ignoran que ella posa en cueros frente a un hombre, aunque este sea un artista, mayor y sordomudo. No seas puta, le diría su padre si llegara a enterarse. Allá él. A callar y a aprender, a relajar y resistir teniendo en cuenta que posar representa mucho esfuerzo y poco dinero. Las manos y los pies hormiguean, se acalambra el cuello. Con los pesos que obtiene, Leticia se compra los libros que a Arostegui le parecen un gastadero inútil.

El peor día de la semana es el domingo. Su padre empieza temprano a preparar el fuego para el asado. Viene el hermano menor de Leticia con su mujer y sus dos hijos. Traen las bebidas y el postre. A la cuñada de Leticia le aburre *cocinar lo de todos los días*, pero se luce haciendo esas tortas «chanchas», como ella misma las ha bautizado, puro merengue, crema y dulce de leche que, después del vacío, los chorizos, las mollejas, los deja a todos en descenso. Leticia se afana en revolver nerviosamente el bolsillo de temas que lleva a mano y que difícilmente prenden. Por motivos que no termina de entender, las palabras adecuadas siempre le llegan a destiempo.

Opta irse con los chicos al fondo del terreno donde, con cada pelotazo, se siente menos invisible. Jugar en el puesto necesario, comer lo imprescindible, reírse un rato: es domingo, relajen, se sabe que los efectos fisiológicos de la risa reducen el nivel de las hormonas del estrés, liberan las vías respiratorias, facilitan la evacuación de la bilis, ¿qué más, qué más?, estimulan la creatividad. Todo esto le gustaría decirle a su hermano, que se quiere especializar en alergias y cree saber todo lo que hay que saber del cuerpo humano. Qué gran cosa la risa. El escultor suele sonreír mientras trabaja, como

puede sonreír un ciego, seguro de que nadie va a compartir la causa de su regocijo; a veces llega a reírse con una risa áspera, desarticulada. Según lo que Leticia ha leído, la risa también es buena para combatir la hipertensión y las enfermedades cardiovasculares. Todos los adultos mortales que ve ahora desde el fondo del patio están como ahogados en sí mismos. Los mira sin rabia. Sabe que no le prestan atención, pregonando en voz alta sus chismes políticos. Trocitos de palabras se despegan de la mesa como astillas filosas y se incrustan en la tarde que empieza a ponerse patas para arriba. Decir que aquello la angustia: no. Tampoco la angustia ver su propio cuerpo dentro de ese cuerpo que el artista modela, una imagen entendida como narración, una mujer sin adornos.

Los martes su madre cocina pescado. Leticia se ha lavado las manos y, mientras se las seca con el repasador, comenta que entre las carnes rojas y el pescado se queda con el pescado, que es rico en fósforo. En la clase de ayer vimos el caso de una paciente que por falta de fósforo... Pará, la interrumpe Arostegui. Susana llega con la fuente y sirve el lenguado con papas a la crema. El fósforo interviene en el metabolismo celular y repercute en los huesos, los músculos, el cerebro..., sigue Leticia ignorando el ceño del hombre. El problema es que las espigas se le han vuelto una amenaza a la paciente. Comé  
60 que se enfría, pierde la paciencia Arostegui. Los padres siempre saben de los hijos cosas que todo el mundo ignora. Le consta que, en cuestión de atragantamientos, Leticia es un desastre. Aquella vez del hueso de pollo, la de la espina, la moneda... Leticia hurga en el pescado sin demasiada convicción. No hagas como si buscaras, permanecé al acecho, dice Arostegui. Leticia podría levantarse y dar una vuelta por la casa, se muere de ganas, pero no lo hará. Sabe dónde iría. Iría a un lago, intentaría llegar hasta un lago, el oído

atento a una voz que no pertenezca a un tercero, y verse allí, imaginarse allí, agazapada al fondo de un espejo similar al del cuarto de baño donde Arostegui de joven se afeitaba y su madre se peinaba con manos nerviosas, hundida en el espejo hasta las narices.

Por el rabillo del ojo observa a su padre. Esta noche la sesión es tranquila. Largos silencios de los tres concentrados en lo que comen. Esta noche la audiencia se celebra en el interior de las cavidades bucales. Nada de recreo, solo cierto descanso entre bocado y bocado, en consideración a la salud. Así estarán para siempre, como las moscas muertas bajo la paleta que su madre sabe usar con maestría. Es otra vez no decir nada o decirlo a medias. Antes de darse de baja y abandonar la mesa, Leticia se pondrá seria, no escuchará, cerrará la boca y estará seria.

El escultor le abre la puerta a las tres en punto, hora convenida desde el primer día que posó para él. Se sonríen y ella le toca el pecho: ¿Anda bien?, le pregunta. El hombre lee sus labios y asiente. Leticia deja sus cosas y él le indica el sitio donde la quiere, que sigue siendo junto a la ventana soleada. Luz y calor producidos por una sola y única fuente. La cabeza contra el marco, la cola contra el muro, los pies contra el zócalo confundiéndose con el suelo si no fuera por la piel tan blanca. Por primera vez Leticia siente un calambre en la pantorrilla izquierda y toma nota de su dolor del mismo modo con que mira subir y bajar las manos del escultor: parecen ignorar la premeditación o la técnica, obedientes a un azar que, un segundo más tarde, se organizará por sí mismo en una forma. Cuando el escultor alza los ojos, puede ver su perfil rojizo y contraído. Alguien dijo que Dios ha hecho a los artistas para entretener al mundo. Ella piensa que los artistas suelen creerse el propio Dios. Como resultado, Dios se irrita y de vez en cuando les recuerda su arrogancia. Y

es gracioso lo fácil que le resulta a Dios ponerlos en su lugar: una sordera, una arritmia. El escultor opera sobre el cuerpo, lo recorta en mensajes inequívocos que no son los de la lengua. Ese mármol ya no es ella. Deberá buscarse en otra parte.

# Hurtos

Habían desembarcado en Bariloche y empezaban a inventar otra vida con lo que eran y lo que tenían. Eran ellos dos con una hija. Tenían una casa que habían comprado en Melipal y una agencia de turismo en el centro.

Ignacio conservaba contactos de la época en que trabajaba en Varig. Allí, en el sexto piso donde estaba Reservas, frente al teléfono y varios ficheros, fue que empezó a perder su letra. Los códigos debían escribirse en imprenta mayúscula: nombres de los viajeros, números de vuelos, itinerarios, destinos; ocho horas diarias haciendo eso más las guardias rotativas de noche. Marta lo esperaba a la salida del trabajo y se iban a recorrer librerías. Corrientes y Diagonal Norte, seis pisos arriba, tras la ventana cercana a su escritorio, el sol pasaba de iluminar un edificio a otro, las sombras moviéndose a la misma velocidad que la manecilla del minutero del reloj en la pared de la oficina. La tormenta complicó las cosas el día en que Marta se sintió muy mareada y a él le tocaba guardia nocturna. La había acompañado al baño a vomitar y no quería dejarla sola. No podía. Tenía que llevarla a que le tomen la presión. Llamó para avisar lo que pasaba, pero en su puesto no había nadie. A la mañana siguiente se enteró de la noche difícil: tripulaciones transatlánticas que debían estar en el aire a las veintitrés en punto no pudieron hacerlo y la torre había optado por fijar un intervalo de emergencia. Un lío subsanable. La gente se quejó y su jefe se desquitó con él castigándolo con más guardias y horas extras. La excusa de no poder dejar sola a su mujer embarazada después de haber sufrido tres abortos espontáneos no fue atendida.

A fin de año, tras varios meses de «trabajos forzados», el gerente general de la compañía, brasilero de paso por Buenos Aires, tuvo la condescendencia de subir al sexto piso a saludar personalmente a sus empleados. Cuando le tendió la mano, Ignacio se la dejó colgando. Borrada la expresión satisfecha de su boca, el hombre inquirió acerca de su desacato. Sonaron palabras como maltrato, injusticia. Caramba; la correlación de fuerzas parecía ser distinta en Argentina: ¿a qué imbécil de elevado cociente intelectual se le ocurriría negarle el saludo? En lugar del sudoroso empleado cario-ca, aquí debía enfrentar a estos atrevidos que hacía mención de sus derechos. Al día siguiente le llegó el telegrama de despido, sin indemnización a la vista: *Sr. Ignacio Montes, bla, bla...* Ni te gastes, le dijo un conocido que trabajaba en el Ministerio de Trabajo. Con los milicos, los juicios laborales no existen. Buscate otra cosa. Para la empresa que acababa de despedirlo él era el único testigo de su propio y pequeño drama. Se deprimió, consultó un psicólogo, le contó que había perdido tres hijos y también su letra. El hombre le aconsejó que llevara un diario, que así la iba a recuperar. Marta logró llegar al final de su cuarto embarazo y nació Sarita con tres kilos. Él consiguió un nuevo trabajo que le duró un tiempo: no había que codificar, sí hacer trámites bancarios. Como a su jefe no le gustaba manejar, también le hacía de chofer y a cambio se quedaba con el Torino los fines de semana que el hombre pasaba jugando al golf. Aprovechaban con Marta y se iban con Sarita a los bosques de Ezeiza, hasta que un día, en medio de un atasco de domingo, decidieron abandonar Buenos Aires. Cambiar de vida, bueno, vender el departamento y comprar una casa en Bariloche.

Tener casa propia los diferenció de gran parte de los conocidos recientes, gente un poco en emergencia, casi todos recién llegados



que se las rebuscaban como podían. Todos participaban en la película de todos y no les preocupaba mucho cómo influiría eso en la propia. Vagabundear por la montaña maximizando la respiración, atentos a los abrojos y a las piedras sueltas: ningún lugar en la tierra era más lindo y más tranquilo que el elegido para vivir hasta que alguien, sin romper ningún vidrio ni violar ninguna puerta, se abrió camino a su dormitorio.

Generalizar y decir que todos los hurtos son iguales puede sonar aventurado. De hecho, el diccionario los distingue: *hurtan el río y el mar que arrastran tierra, el vendedor que no da el peso, el escritor que se apodera de sentencias y las usa como propias; hurta el que toma o retiene lo ajeno contra la voluntad de su dueño, sin intimidarlo ni forzar las cosas*. A diferencia del robo, no hay violencia en el hurto (¿no hay violencia?). Lo que tienen en común es el mal gusto que deja comprobar que se han llevado algo propio. Entonces se empieza a mirar todo con sospecha, desempolvando viejos mandamientos. ¿Qué les queda? ¿Poner a prueba la cabeza hasta transformar el infortunio en un juego donde no importe fracasar porque el fracaso está implícito? ¿Tirar los dados, ir cayendo en casilleros avanzando hacia el qué (un alhajero), luego al cómo (por la ventana) y al porqué (necesidad de algunos pesos o ganas de inquietarlos)? Faltaría el quién, y aquí patean el tablero.

La idea de que un hurto se legitime como tal por el buen desempeño de su autor no es la cuestión principal: la técnica sirve, está detrás, pero un hurto no se puede crear solo a partir de una técnica. Es tan legítimo imaginar cómo trabaja el ladrón, como que el ladrón realice exactamente lo contrario. Los hechos dependen más del otro que de uno, cada batalla contra el chorro queda pendiente de resolución. Dicho de otro modo, queda pendiente el efecto sensorial que deja una revelación verdadera, exactamente, entre

el paladar y la lengua. Nadie puede comunicar la verdad sobre sí ni tampoco ocultarla. Nada se sabe del ladrón. Todo es vago y a la vez difícil de excluir en esa atmósfera de incomodidad y expectación levemente dostoiévskiana, en tanto sórdida, se entiende. ¿Un tipo hosco, desequilibrado? ¿Una mujer desprejuiciada? ¿Un pibe elemental? Lo indefinido es muy difícil de archivar, queda flotando tras los ojos sin llegar a ocupar sitio en la memoria. Dicen que los memoriosos son gente con escasa imaginación para escribir una novela y memoria demasiado frondosa como para escribir la verdad de los hechos. Lo cierto aquí es que alguien entró en la casa, subió a su habitación, abrió el cajón de la mesa de luz y extrajo un alhajero de cuero verde con todo su contenido, incluyendo el sol de plata, un colgante que Ignacio le regaló a Marta y que ella solía usar atado al cuello con un tiento.

*Si el metal es inmortal, entonces, en alguna parte, yace el botón bruñido que perdí, sería literal si en lugar de «botón bruñido» (que en el poema original de Nabokov es el objeto perdido en un jardín a los siete años), se dijera «sol bruñido» hurtado a los treinta y tres... Hallad para mí ese sol y mi alma sabrá que toda alma está a salvo.*

Pero eso no era todo: al sol de plata de rayos ondulados que Ignacio había calado para ella debía sumarse: un bucle de Sarita envuelto en papel de seda, un alfiler de corbata con perla, una medalla de bronce ganada en sexto grado en un concurso literario, un prendedor de *strass* sin *strass*, una peineta de carey; todas reliquias de un pasado personal encerradas la mayor parte del tiempo, salvo el *sol*, claro, lo único verdaderamente ponible. Quien haya sido entró y salió por una de las ventanas traseras, que cedió como podría haber cedido cualquier ventana de la casa. Lo dedujo Marta al encontrarla entreabierta y descubrir entre las flores aplastadas del cantero un escudito del Club Andino que también formaba parte

del botín y debió haber caído a la salida. No se llevaron el televisor ni la máquina de fotos, como si alguien se empeñara en dañarla a ella, *hurtando* el alhajero de cuero verde, regalo de Susana cuando cumplió quince años, sin valores efectivos —de los afectivos ya se sabe—, en lugar de llevarse el equipo de música. En todo caso menos mal, porque a la música la necesitaban por razones higiénicas.

Poco tiempo después apareció Marito que acababa de separarse y venía dispuesto a aprender a esquiar. Lo alojaron en su casa, por supuesto. De regalo para Marta traía la cadena del reloj del abuelo Luis. Tenela vos, Martita, le dijo. La cadena era de oro, de diseño antiguo, mucho más linda que las Gucci. Marta iba a usarla en el cuello en lugar del sol de plata. Solo había que soldarle un eslabón y ponerle un cierre. Después de una semana de intentos frustrados en las pistas, su primo regresó a Buenos Aires y la cadena quedó encima de la cómoda en la misma cajita forrada en seda azul donde llegó. De momento no les sobraba un peso y postergaron la visita a la joyería. Los recursos se les iban en calentar la casa.

Sus nuevos amigos pasaban con frecuencia y entre todos resultaba más fácil soportar el encierro de los meses de invierno. Fue entonces cuando el ladrón lanzó otro ataque. Que haya sido la misma persona no es el punto importante. El punto es que no entró por la ventana (por aquella del jardín ni por otra) ni tampoco forzó ninguna puerta; podría tratarse de alguien a quien ellos mismos dieron paso, una visita que en algún momento se deslizó por la escalera al dormitorio y manoteó la cadena dejando la cajita. Y fue la cajita la que le dio el alerta a Marta cuando entró al cuarto a buscar algo y la vio torcida al borde de la cómoda. Le pareció que estaba abierta; la abrió del todo. La cadena no estaba. ¡La cadena!, se oyó vociferar, ¡dónde está la cadena! Sarita apareció asustada y tras ella los

chicos vecinos con quienes jugaba en el cuarto de al lado: ¿Alguno de ustedes agarró la cadena que estaba arriba de la cómoda, aquí, en esta cajita? Los chicos miraban inmóviles a la oficial de la Gesta-po parada frente a ellos y apenas atinaron a negar con la cabeza. ¡A buscarla ya mismo y si no la encuentran se desvisten!

Ignacio subió a ver qué pasaba y no entendía nada cuando los vio en ropa interior: ¡La cadena!, volvió a gritar Marta, ¡desapareció la cadena! Ahí ella se derrumbó y él se hizo cargo. Sarita sabía lo que el hurto anterior había sembrado en la familia: miedo, sospecha; toda esa inmundicia por la que sus padres habían pasado. Los invitados no tenían ni idea, la ligaron, pobres. Cuando logró tranquilizarse Marta los sentó frente a ella y se disculpó como pudo. Después Ignacio tuvo que hablar con los padres y explicarles lo ocurrido alegando, no sé... locura temporaria. Fue una vergüenza familiar. Una vergüenza. Cuando no hay consecuencias, equivocarse es parte de la diversión. Pero si las hay, nada peor que devolver un par de niños asustados a sus padres; algo espantoso cuando se ha tenido que ver.

Sin proponérselo, recayeron en especulaciones y recelos. Eran cinco en la casa ese domingo a la tarde cuando descubrieron que la cadena ya no estaba: los tres habitantes de costumbre y los dos invitados: un varón y una nena. Sabían que el chico afanaba cosas en la escuela y es probable que ese dato le detonara a Marta el descontrol. La inspección, por demás aberrante, fue en un punto necesaria para descartar de plano la sospecha y los llevó a conjeturar que el hecho no tenía por qué haberse producido *necesariamente* ese día cuando nadie, aparte de estos niños, había entrado a su casa ni tampoco ellos habían salido. Atrasaron el reloj al día anterior, donde sí habían tenido una visita. Se trataba del amigo de una amiga en común, había ido a llevarles un jarabe de sauco que él mismo

preparaba para la tos y los resfríos. Sabía un montón de plantas medicinales y se quedó tomando mate en la cocina. Exprimiendo al máximo la memoria, Marta recordó que en un momento le pidió pasar al baño, cuya puerta, al pie de la escalera, conducía a la planta alta, *directamente* a su dormitorio. Cronometrarón la movida. Treinta segundos le tomaron a Ignacio subir los catorce escalones, llegar hasta la cómoda, manotear y volver a la cocina. Nadie escuchó los movimientos. La cocina era el sitio más templado de la casa y siempre mantenían la puerta cerrada con el fin de que el calor no se escapara a otros ambientes.

Lo que se escapó fue el sujeto; el sujeto real, claro, que en este caso corresponde literalmente al viejo sujeto del análisis gramatical. No pudieron actuar. Nada era falso, nada era verdadero. Solo tenían la sensación (y se sabe que la sensación tiene que ver con la apariencia, no con las cosas en sí), por consiguiente no podían asegurar «esto es», sino «esto parece». Y en realidad ni siquiera les parecía, ya que el perfil del estudioso de las plantas no coincidía para nada con el de un delincuente. Mucho después se enteraron de que en un refugio de montaña, estando él, faltó una filmadora, y otra vez, también estando él, faltó dinero y una máquina de fotos. Coincidencias. Ninguna prueba. Nadie iba a resarcirlos de la pena ni de la vergüenza ni de la cadena, por supuesto, que nunca más volverían a ver: *...hallad para mí esa cadena y mi alma sabrá que toda alma está a salvo*. Empezaron a leer filosofía y de a poco les ganó el escepticismo. Barriendo con cualquier razonamiento que pretendiera respuestas absolutas, lograron abstenerse de todo juicio. Duró un tiempo, se cansaron y saltaron al iluminismo: *atrévete a saber*, y en pos de conseguir una expansión del conocimiento intentaron destruir las zonas de tinieblas. Eso no les dio ninguna señal del ladrón, pero fortaleció su creencia en que, de haber alguna luz,

no provendría de divinidad alguna, sino de su propia cabeza. Pero no hay dos sin tres y unos años después recibieron otro ataque del desconocido enmascarado. Esta vez no ocurrió en su casa, sino en la agencia que tenían en el centro donde entraba y salía mucha gente: guías, clientes, pasajeros, amigos. El hecho se produjo entre el 24 de diciembre —tras cerrar la agencia— y el 26 a la mañana, cuando volvieron a abrirla. Cerrar la agencia, claro está, aunque Marta dudó haberlo hecho y lo expresó en voz alta (esto sí podía recordarlo): *¿Cerré o no cerré?*, mientras se despedían de la gente conocida con quienes habían brindado antes de volverse cada uno a su casa. *¿Cerré o no cerré?* Siempre le pasaba y volvía a comprobarlo y siempre estaba cerrado. Esa vez no lo hizo porque estaban apurados por subir al auto, llegar y poner los regalos en el árbol. Fue la noche del 24 o durante el 25... o a la madrugada del 26, día en que de hecho descubrieron el afano. Papá Noel había vaciado la caja chica. La puerta no estaba forzada; sí cerrada, pero sin llave. Adentro, todo en orden. Solo faltaban unos dólares que, por suerte, no eran tantos, pero sí los suficientes para desvelarlos y levantar otra pared bloqueando el paso. Es importante saber cuándo hay que detenerse antes de llegar a extremos exagerados, y saber cuándo hay que abstenerse por completo de una acción inadecuada, dice el Tao. No lo hicieron: quién es el ladrón, queremos saber más sobre él, encuadrarlo con precisión y esperar el momento oportuno para caerle encima; cómo es, cómo no es, ¿es libre para robar, para olvidar? Queremos ser expertos en el ladrón, llegar a saber cosas que él mismo no sabe: alguien que te convence de jugar, pero siempre está a la defensiva, que te rodea de neblina, vuelve tu entorno anormal, te infecta de imprecisiones, equívocos, omisiones... Basta. El sujeto había lanzado otro ataque y debían responderle con su mejor tiro. Buena parte de los amigos entraron en la mira y hubo acusaciones implícitas y

explícitas. Perdieron la confianza, y ya nunca restablecieron el contacto anterior.

Hace falta un ladrón para atrapar a otro ladrón, dijo alguien. Quien haya sido debe haberse arrepentido. A los tres días de ocurrido el tercer hurto apareció un billete de cien dólares debajo de un talonario de facturas. Aún hoy el ladrón sigue siendo un fantasma y el pasado tiene que volver a inventarse: los recuerdos no son como objetos, cosas sólidas que uno posee.





# Sierra de la Ventana

Tras ver un cartel que dice Sierra de la Ventana, Marta se acerca a preguntarle al chofer si conoce el lugar. Como si contestarle requiriera un esfuerzo adicional a sus obligaciones, el tipo elude la pregunta. De chica solía venir a Sierra en vacaciones, agrega, y regresa a su asiento. Ismael dormita con los auriculares puestos.

Cincuenta años atrás —ella acababa de cumplir los diez— el abuelo anunció que se iban a Sierra de la Ventana a festejar el Año Nuevo en grande. Todos estaban de buen ánimo. Cañitas voladoras, petardos, rompeportones, luces de bengala: el abuelo compró de todo. Después de viajar en tren un par de horas, llegaron a la Sierra cuya *ventana* solo verían de lejos porque la gente del llano no acostumbra trepar, les dijo un paisano que encontraron pescando en el arroyo cuando salieron a reconocer el lugar. El arroyo quedaba cerca del hotel, pero debían atravesar un pastizal lleno de culebras, con suerte, porque también podía haber yarará moteadas, les advirtió la abuela, y esas eran venenosas. No más que tu lengua, se burló el abuelo. Él nunca se sacaba las botas —qué vivo—, por eso no tenía miedo. La abuela se opuso a que volvieran solos al arroyo. Suficiente por hoy, les dijo, mañana llegan sus padres y entonces hagan lo que quieran. Y los mandó a hamacarse en las hamacas dobles de madera del jardín del hotel. Pero ellos querían bañarse en el arroyo. El paisano les había dicho que tuvieran cuidado con los remolinos. Más de un confiado tuvo que salir agarrado a una rama. En el arroyo había piedras y el agua era más clara y saltarina que la de cualquier sitio que hubieran visto. Argumentos que no conmovieron a la abuela,

obstinada en cuidar sus vidas al precio de ser una pesada. Mañana, los tranquilizó el abuelo. Mañana él los iba a acompañar cuando llegaran sus padres. No habían podido viajar todos juntos en tren por culpa del tío Quique. En el casino de Necochea perdió hasta el reloj pulsera y Emilio tuvo que ir a buscarlo en la camioneta. De eso no llegó a enterarse el abuelo, pero sí Martita que se despertó a la madrugada y los oyó discutir en el pasillo antes de entrar a sus habitaciones. Claramente escuchó a su padre prohibir al tío Quique visitar el Casino del Hotel Gran Ventana. Estaba cansado de encubrirlo.

Ese 31 de enero amanece brillante, ni una nube en el cielo. Desayunan con el abuelo y parten con él hacia el arroyo, las chicharras y los pasos sonando como Salgari en *Tombuctú*. Al abuelo lo distinguen por el sombrero abriéndose paso en el pastizal alto y seco. Después va Marito, después Susana y última ella, Martita, atenta a no pisar una víbora con las Boyero azules. Hace mucho calor. Todos llevan sombrero, como le prometieron a la abuela Irma, y loción para los jejenes. Hay otra gente en la orilla, donde se ubican acalorados a la sombra de un sauce. Pasajeros del hotel, como ellos. El abuelo se pone a hablar de campo con un hombre de piernas muy blancas y cara muy roja que se espanta los tábanos con una toalla. Algunos chicos tiran piedras desde la orilla, tratando de darle a las rocas sobresalientes en la correntada; los más audaces están metidos hasta las rodillas. La mayoría vive en pueblos o campos vecinos. Marito se resbala en las piedras y se moja las zapatillas, lo que lo habilita a mojarse del todo. Susana y Martita hacen la *sirenita* y salen. El abuelo continúa hablando con el hombre que se espanta los tábanos. Vuelven a entrar al agua varias veces, arriesgando un paso más, hasta que sienten frío. Hora de volver al hotel. Camino sin incidentes. Las chicharras han bajado el volumen y con tanto ir y venir las serpientes parecen haberse desvanecido. La abuela Irma

los espera en el comedor, donde les sirven el almuerzo, y enseguida los manda a dormir la siesta. Los grandes almorzarán más tarde. No les pregunta cómo les ha ido ni averigua si había otra gente del hotel. No hace falta, pues ellos saludan a los que van entrando. Después les tocará darse un baño y vestirse para la cena, excitados por la pirotecnia que guarda el abuelo Luis.

Y llega la noche. El comedor se ve impresionante con sus coronas de muérdago y moños rojos, los manteles blancos hasta el piso. Hay candelabros con velas encendidas sobre las mesas. Un pino enorme de Navidad luce en un rincón sobrecargado de adornos y guirnaldas de papel metálico. Se sientan los tres juntos, un poco separados de los grandes. Comen apurados para que la fiesta empiece de una vez. Las mujeres han sacado sus mejores trajes, sus sandalias de tiritas. Se escuchan comentarios sobre el vestido de Inés Barrechea, que es igualito al de Audrey Hepburn en *Sabrina*, cuando baila con Willian Holden, el hermano mayor, *el responsable*. Celia Duboise, toda de verde satinado, mueve las caderas al son de un chachachá con un huésped de la mesa vecina. El tío Quique se afloja el nudo de la corbata y vacía su copa. La cena ha terminado y la orquesta sigue tocando. Emilio, haciendo lo que mejor saber hacer un patadura, deja a su mujer en brazos de su hermano y se va a hablar con el dueño de un haras en Pringles. A Inés le duele la cadera, esos kilos de más no la benefician; enseguida se sienta y le pide al cuñado que le traiga algo fresco.

En el Gran Hotel Ventana está a punto de comenzar el año 1962. Un bolero ha sustituido el chachachá. Nuevas parejas se forman en la pista y ahora se deslizan ausentes a cualquier cosa más allá de sus rítmicos pasos. Los ojos, si no están cerrados, que sería mal visto con mujer u hombre ajenos, deambulan por la concurrencia tranquilizando a observadores menos exigentes que los hijos

propios. El bolero ha terminado cuando el abuelo les hace una seña para que lo sigan a su habitación. Pide la llave en la conserjería y suben tras él por la escalera. En el sector de los dormitorios no se escucha ni el canto de un grillo. Los pisos de madera crujen un poco mientras avanzan por el pasillo, pero nadie se asoma a ver quién pasa a esa hora en que los ruidos se concentran en el comedor. Don Luis Olivera abre la puerta de la habitación con exagerada cautela, como si estuviera a punto de cometer una fechoría, y desaparece un momento en el baño. Lo escuchan orinar y tirar la cadena. Mucha bebida, les dice, acomodándose la camisa cuando abre la puerta, y les guiña un ojo. Está achispado el abuelo Luis, la cara roja como la del hombre que se espantaba los tábanos. Mete la mano debajo de la cama de dos plazas y saca la bolsa de papel madera. Los chicos se abalanzan intentando agarrar una bengala, cualquier cosa, pero el abuelo los frena. Hay que preparar el terreno, dice. Vos, Marito, hacete cargo de los fósforos. Martita y Susi, ¡a vigilar! Síguenme y no se distraigan. El abuelo sabe cómo mandar, siempre lo hace, y en este momento, con toda esa batería esperando, ellos van a dar guerra como sea. La noche está en su apogeo. Los adultos no paran de bailar, ahora se les suman algunos chicos. Parece que nadie los ha visto salir del comedor quince minutos antes. El abuelo los chista. La noche tormentosa y pesada apenas deja entrever el contorno de las sierras. Allá está la ventana, dice, y les señala un punto impreciso. No la ven, pero asienten para no contradecirlo y que empiece de una vez con las cañitas. Primero unos petardos, vuelve a frenarlos: los raspan y los sueltan, no vayan a quemarse. En eso están cuando de pronto dispara una cañita y después otra y otra. Los fuegos artificiales son, sin duda, lo mejor para celebrar las fiestas. Las cañitas ascienden al cielo, que se ilumina por todas partes, y la gente sale del comedor a aplaudir y desearse feliz año nuevo. Son las doce de

la noche. Todo el mundo se abraza y se besa, con las copas llenas y las luces de bengala girando en círculos. Se está acabando el segundo paquete de cañitas cuando huelen el humo. Alguien grita que se incendia el pastizal. Los empleados del hotel salen con baldes y mangueras, otros con bolsas de arpillera para contener las llamas, que ya cercan las hamacas dobles del jardín, a los golpes. En eso se oye un trueno y enseguida caen los primeros gotones. El pastizal todavía humea en partes cuando se levantan a la mañana para ir al arroyo. Ningún bicho a la vista. A don Luis Olivera lo disculpan cuando asegura que, siendo hombre de campo, podía oler la lluvia.



# Fiesta Americana

El calor empieza a apretar cerca del mediodía. Las cortinas desteñidas apenas atajan el sol, que hace arder los vidrios de las ventanillas. El aire acondicionado ha vuelto a descomponerse y les queda poca agua mineral. Por suerte no falta mucho para llegar a la rotonda. En el sur uno se olvida de lo que es pasar calor, le dice Marta al nieto, quien sigue con los auriculares puestos, y vuelve a cerrar los ojos. Pero el frío también cansa. Por eso habían decidido con Ignacio hacer ese viaje a Méjico y Cuba.

Mientras desayunan en el hotel Fiesta Americana que la compañía aérea no ha tenido más remedio que proveerles por un día y una noche en el aeropuerto del DF, las marimbas no dejan de sonar. Malditas la compañía aérea y las marimbas. Están sin *cash*, anclados en un hotel absurdo de camas fenomenales y desayunos pantagruélicos, atragantados de rabia y frustración. El vuelo de regreso a Argentina ahora sería directo a Santiago en lugar de pasar por Quito, como tenían programado. Allí se habrían encontrado con un amigo de Ignacio, que los estaría esperando para alojarlos en su casa un par días. Pues nada de eso ocurrió. Sentados uno frente a otro, no terminan nunca de desayunar. Marta suspira pensando en la abuela Irma internada en el geriátrico. El derrame cerebral no le ha permitido recuperar la conciencia. En cuanto se enteró fue a visitarla, intentando sin resultado que se manifestara. Ya habían sacado los pasajes a Méjico cuando aquello ocurrió y ahora, mientras duda entre el jamón y los huevos o el yogurt con cereales, recuerda con inquietud la visita realizada al geriátrico una semana antes de partir.

Al lugar, espacioso y frío, con barandas metálicas y rampas en los pasillos, lo regentea un tano próspero, sin duda, de acuerdo a las tarifas, aunque no por el aspecto: sonrisa carriada, pantalones lustrosos, fuerte acento calabrés dando el parte médico: presión sanguínea, bla, bla, y le aplicamos veinte centímetros cúbicos de ctp cuatro veces por día más los anticoagulantes... El hombre, que carece de título, exhibe la información con la contundencia de un profesional. El peluquero vino el jueves, le dice, pero no permití que le arreglara el cabello según me lo pidió usted misma. Mi abuela nunca se teñió... Sí, lo sé, dijo el hombre, pero la mayoría de mis clientes prefieren ver bien arreglados a sus parientes. Caray con la estética del tano, tampoco ella se teñiría el pelo después de los ochenta. Quiero verla, lo corta en seco. Atraviesan el comedor, donde un televisor aturde sin que nadie le preste atención. Es la hora del té y los viejos que aún se valen por sí mismos tragan con avidez sus galletas ensopadas. Ahora las dejaré solas, dice el director abriendo la puerta de la habitación.

La anciana de cabello blanco y ralo respira suavemente moviendo apenas los dedos nudosos sobre la colcha a cuadros. Su dentadura reposa en un vaso sobre la mesa de luz. Marta le ha rogado al médico que le permita morir, pero él ha respondido que su responsabilidad es mantenerla con vida mientras el corazón aguante. Al diablo con el médico, de sentimientos no sabe nada. Es demasiado joven para haber aprendido acerca del sufrimiento. Buba, murmura, acercándose a la cama. Su abuela había sido una linda mujer, elegante, decente: ¿por qué dejar que se viese tan así estando ya cerca del final? La noticia de su fallecimiento le llegó mientras esperaban abordar el avión que los llevaría desde la ciudad de Méjico a La Habana. Había llamado a la Argentina desde una cabina en el aeropuerto y, tras varios intentos por comunicarse con el geriátrico,



al fin pudo hacerlo. Se nos fue, le dijo el tano. Durmiendo. No sufrió. Disfrute su viaje. Sí, cómo no, disfrutar era para lo que habían venido, aunque sus esfuerzos por conseguirlo se hubiesen ido malogrando en la marcha.

Las cosas no iban bien para ellos. Con el dólar uno a uno eran menos los turistas que elegían viajar a Bariloche. Los estudiantes y los jubilados contrataban los servicios por otro lado. Mantener la agencia abierta empezaba a costarles. Lo del viaje a Méjico y Cuba parecía una locura, pero Ignacio la había alentado: cuándo sino ahora con el dólar barato iban a poder darse el gusto. Era verdad, y solo es verdad lo que a uno le interesa creer. Ella no tenía claro si creía o simulaba creer. Entre Ignacio y Sarita la convencieron. Sarita se quedaría con gente amiga, podían irse tranquilos. Y así fue como reservaron el «paquete» en una agencia chilena con la que operaban en Santiago. De ahí volarían a Méjico, desconociendo que a último momento les cambiarían el itinerario. Fiesta Americana, qué los parió... Ahora nadie se iba a hacer cargo de los gastos extras, los desencuentros, las complicaciones a lo largo del tiempo que duró el tour. Los diez días programados en Cuba terminaron siendo cinco, dos en La Habana, haciendo trámites en la Embajada argentina; los restantes en Varadero, en una especie de complejo de cabañas sin vidrios en las ventanas; solo unas persianas por donde se colaba el aire nocturno, fresco y húmedo. Se bañaron en el mar de aguas tibias, no tantas veces como les hubiera gustado. Durante los tres días llovió bastante. Había una pileta, un buen parque; todo prolijo, previsible. Por las noches, después de cenar, show en los jardines del hotel. Un tablado, una orquesta, un cuerpo de bailarines; Ignacio y Marta, solos en una mesa con sus tragos, mezcla de frutas y alcohol, ninguno de los dos acostumbrado a beber ni a cenar lejos de casa. Durante el último *show* nocturno, Marta había estado a

punto de quejarse en voz alta: ¿Por qué es tan triste todo esto? Pero se contuvo. No quería que Ignacio se deprimiera. Impulsada por un aburrimiento que no disipaban los castillos de carne levantados en el escenario, ni las lentejuelas ni las plumas ni los tambores ni las trompetas, inició su retirada. La noche fresca rozó sus hombros sin abrigo cuando se levantó de la silla bostezando. Me voy a dormir, dijo. En el escenario las mulatas se movían frenéticamente. Ignacio vació su copa y la siguió. Eso fue Varadero y eso seguiría siendo Cuba en su limitadísimo contexto, un balneario bien cotizado por sus arenas blancas, sus *topless*, sus bailarinas.

Lo poco que vieron en La Habana apenas les alcanzó para adivinar el resto. Tomaron mojitos, claro, helados en Copelia y visitaron a un amigo de la abuela de Marta, viejo como ella, pero totalmente lúcido, que seguía viviendo en la misma casona, ahora desconchada y transformada en una especie de inquilinato, cuya dirección había conservado la anciana durante sesenta y cinco años. Llevaban una carta para él, escrita poco antes del ataque sufrido. El hombre se mostró emocionado al leerla. Luego la dobló siguiendo los pliegues y la volvió a guardar en el sobre, que olió antes de poner en su bolsillo. Se habían conocido en La Habana, en la época de Batista. La abuela había ido allí de soltera a pasar unas vacaciones con su familia. Y allí habían bailado en una fiesta y luego en otra, *toda la noche, hasta el amanecer*, prometiéndose ¿qué? Marta no lo sabía, porque al volver su abuela se había comprometido para casarse con Luis Olivera, el hombre que más tarde sería su abuelo, una historia romántica poco propicia para recordar en el desayuno del hotel Fiesta Americana, rodeados de turistas que charlan en voz alta comiendo sus huevos con panceta, que nada tienen de malo, absolutamente nada, excepto que lo inocuo de la escena es ofensivo. Nada se celebra o se conmemora, nadie se despide con lágrimas ni

promesas de retorno. Los camareros circulan retirando platos y servilletas usadas como en una escena recortada y fijada luego contra el cielo matutino. Y qué cosa miserable ese cielo matutino de las afueras del DF, esa agobiante extensión de azul polucionado.

Cuando se enteraron del cambio de itinerario que la Agencia Dreams había programado sin su aprobación, ya era tarde. Protestaron. No hubo caso. Las reservas estaban hechas. La seña dada. Tómenlo o déjenlo. A Marta le bajó la presión. Ignacio no tuvo más remedio que aceptar lo que, a punto de tomar el avión, parecía imposible de ser modificado. Los días robados a Cuba se los habían distribuido entre el DF, Taxco y Acapulco. ¡Acapulco!, por Dios, nadie quería conocer las turbias playas de las filas de hoteles a lo largo de la costa, hoteles medio pelo como en el que ellos habían parado, ni visitar otros hoteles con piletas y cascadas para uso de los pasajeros de *esos* hoteles, no ellos, claro, ellos al Revolcadero si les daba el coraje, que no les dio, y se limitaron a mirar los cisnes y otros pájaros de los estanques y jardines, bellos pájaros, plantas y agua reunidos para placer de los turistas resignados a transitar el pequeño paraíso armado por los dueños de las cadenas de los hoteles más sofisticados. En eso de envidiar lo que se desprecia hay motivo para envenenar toda una vida: el Revolcadero, santo Dios, olas de siete metros.

Les dolió el dinero desperdiciado en Acapulco, el show de delfines saltando en una pileta, salpicando en cada pirueta, y la gente aplaudiendo excitada. En el mundo del espectáculo, los delfines apenas se diferenciaban de los clavadistas. Lo más lindo de Acapulco fueron los anocheceres comiendo tomates con sal acodados en el balcón sobre las playas, vacías a esa hora, escuchando las voces difusas del televisor transmitiendo un concurso de mariachis. Revolcaderos, clavadistas, vistazo a las residencias de actores

de Hollywood en decadencia; la casa donde se filmó Tarzán... Les habían modificado el itinerario, ese era el quid de la cuestión. La reiteración del reclamo resultaba, pues, inevitable, aunque las reiteraciones aburran y se corra el riesgo de debilitar los argumentos. Ahora era el momento y el lugar para hacerlo. Ya no había más tiempo. Mejor dicho, quedaban varias horas de vacío por delante tras volver a su habitación del Fiesta Americana con el estómago repleto, después de dar una vueltita por el *hall* con las marimbas sonando desde la media mañana, no tan fuerte como en el sexto piso, donde el sonido ascendía y se multiplicaba traspasando las paredes de su habitación.

Ignacio vuelve a echarse en la cama y se adormece frente al televisor. Ella toma un papel con membrete del hotel y busca la única lapicera que ha conservado de las tres que llevaba en su cartera al salir de viaje. Dos las había regalado en La Habana. Una al chofer de un taxi de extraordinaria amabilidad; otra a un muchacho que se la pidió para escribirle un poema. El poema era malo, pero mucho peor fue tener que abandonar la isla casi acabados de llegar.

*Agencia Dreams*, escribe Marta, que se ha puesto a redactar esta carta para sacarse la rabia de encima, sabiendo que no habrá respuesta a sus reclamos, como tampoco la habrá de la abuela Irma, que vaya a saber por qué cielos anda. Detalla de manera puntual las peripecias del viaje, hasta dejar a un lado el papel y tenderse en el enorme colchón donde ronca suavemente Ignacio frente a la pantalla encendida. Si en la Argentina se quejan de los programas de entretenimientos, aquí es para suicidarse. Se imagina recluida en ese hotel para siempre, escuchando el eco de las marimbas mañana, tarde y noche. *Diríase que una mano se ha apoyado en mi hombro, como haría alguien que no quisiese que yo lo olvidara*, les había dicho el amigo de su abuela al recibir la carta escrita por ella poco antes

de morir. *En mi caso, la muerte no va a llegar de sorpresa. Se mueve en torno a mí desde hace años, noto su aliento.* Con su camisa percutida y holgados pantalones negros colgando de sus caderas huesudas, el anciano los acompañó hasta la puerta y abrió la verja para despedirlos, no sin antes mirar en ambas direcciones. La visión golpea a Marta en la garganta, la hace desviar los ojos hacia Ignacio. Tenerlo cerca la conforta. Siempre que sueña con él, Ignacio camina en su dirección sin reconocerla hasta que están muy cerca, como ahora, con las marimbas sonando sin interrupción. Marta se levanta, firma la carta y la pone en un sobre con el membrete del hotel Fiesta Americana.



# La rotonda

A un costado de la rotonda, en la banquina, hay estacionado un auto blanco muy limpio; el sol cae a pique sobre la ruta silenciosa, a no ser por los teros que sobrevuelan las cunetas. Un viento suave levanta algo de polvo cuando el micro arranca después de bajar los bolsos. El remisero los carga en el baúl del auto, también impecable, y a continuación se disculpa por la falta de aire acondicionado. Estamos acostumbrados, dice Marta y le guiña un ojo a Ismael que ya ha abierto la ventanilla dando paso al olor del campo, el único que merece tener cabida ahí. A Marta también le gusta el viento en la cara. Una cara conocida y seguramente olvidada por la gente del lugar al que se dirigen. Se equivoca.

Nosotros fuimos compañeros de escuela: vos sos Martita, ¿verdá?, arriesga el chofer y le clava los ojos desde el espejo retrovisor. Por la voz lo reconoce. ¿Rubén?, ¿Rubén Ojeda? El mismo, ¿venís a ver a la Susi? Claro, y lo traigo a mi nieto. El hombre chasquea la lengua: La Susi está muy sola desde que murió el marido, un tipo fuerte Arostegui..., por una picadura; tan bien que se lo veía cuando venían a pasar los veranos. Me enteré de que vos también te quedaste viuda. Marta no lo escucha, o se hace la que no lo escucha, y Rubén sigue: Ahora la Susi vive acá todo el año. A veces me llama para que la lleve a alguna parte y charlamos un rato. Dice que el campo siempre estuvo en ella, que es el lugar donde todo empezó, que sin el campo apenas sabría quién es.

Rubén Ojeda, parece mentira, va decirle Marta al hijo del puestero de manos curtidas que maneja el auto con la misma seguridad

con que manejaba las riendas; pero él se ha embalado y sigue: Tengo la impresión de que la vida en la *ciudad* no fue muy buena para Susi. Ahora somos viejos y nos cuesta estar solos, ¿no, Martita?

Lo que ha empezado como un día espléndido sigue siéndolo, pero algo ha cambiado: Marta ha sido reconocida y está obligada a ser quien había sido. Atravesando los alambrados, sus ojos barren la lejanía. A cien kilómetros por hora siente una ola de agradecimiento por algo en lo que no cree realmente, un sentimiento que puede volverse cierto o tapar el hecho de que no lo sea. Por atajos conocidos, su mirada se abre camino a través del vasto sistema de potreros, corrales, galpones, lagunas, charcos, montes, hasta detenerse por completo, como un par de bujías viejas. Ah, la fugacidad del verano, va a decir, pero el pueblo empieza a vislumbrarse y no se lo quiere perder. Va registrando los cambios en las afueras y por momentos se pierde. Por aquí se iba al barrio de las Ranas, ¿no, Rubén? ¿Cómo se llamaba esa compañera de la primaria, la que vivía en el barrio de las Ranas? Noemí, prima mía es. Se fue de acá hace años.

La curva grande se presenta de golpe. Marta le señala a su nieto los indicios del pueblo en el horizonte plano; la torre del agua, la de la Intendencia; vasta llanura repartida en fracciones lo suficientemente grandes como para criar una buena cantidad de animales o sembrar lo que sea, lo que más rinda. Una hilera de silos se alza en la misma línea. No existe región, por lejana que sea, que los hombres no intenten convertir en un campo productivo. Silueteado contra el cielo distinguen fugazmente un paisano a caballo que, al verlos pasar, los saluda con el sombrero. En quince minutos habrían llegado y de ahí faltaría un tramo corto hasta la tranquera de La Irma. Un kilómetro adentro y ya. Podían hacerlo en bicicleta o en auto, de noche, si conseguían que algún padre le prestara el



auto al hijo varón. Agarraban la ruta al cementerio y estacionaban frente a la cruz de cemento contra el cielo estrellado. A veces había luna —a veces— iluminando la cabeza del Cristo caída sobre el pecho. Nunca se bajaban del auto. Se quedaban paveando ahí y el auto les resultaba cada vez más chico. Era el cementerio o la laguna, donde verían moverse el agua entre los juncos, iluminada por la misma luna del cementerio un rato antes. Se bajarían del auto y fumarían cigarrillos mirando el reflejo de la luz en el agua.

Che, Martita, no sabés lo que es hoy la laguna, han hecho un balneario y hasta vienen turistas. Me leíste el pensamiento, Rubén. Vos también ibas, después del baile, digo, a la laguna... Con ellos no. Con ellos no salía, ambos lo saben. Terminada la escuela primaria se veían poco, solo algunas veces cuando los primos iban al campo, en el verano. Rubén pasaba a tomar mate después de la siesta y de ahí seguía a trabajar; así todos los días, empezando muy temprano en el tambo.

Cuando me mudé al pueblo vendí las pocas vacas de mis viejos y los caballos que quedaban, dice Rubén retomando la charla con el entusiasmo de antiguos conocidos que encuentran un tópico común. Fue duro; uno era hijo de mi yegua Arco Iris, ¿te acordás, Martita? La ruta se transforma en bulevar y luego en la avenida central del pueblo, que desde hace cien años se vuelve cada vez más compacto, con sus casas de frente plano, sus calles trazadas con escuadra, su juego de semáforos dirigiendo el tráfico en el cruce de las dos arterias principales. Sencillo, muy sencillo para un forastero que llega buscando un buen lugar donde tomarse un trago y cae en el Club Social que está abierto todo el día.

Arco Iris, sí. Claro que se acordaba. La mirada se le va a la nuca tostada de Rubén pibe, con las manos llenas de sabañones, bajando del sully en la escuela, mezclándose con los demás chicos.

La hija viene de vez en cuando a visitar a la Susi, vuelve a escucharlo; el hijo, nunca desde que murió el padre. La última vez que lo vi fue en el entierro...

Marta lo interrumpe levantando la voz: Está viviendo en Norteamérica, le va muy bien como médico. Siguió los pasos de Marito, ¿te acordás?, el hermano de Susi.

De Marito no necesito acordarme porque lo veo siempre que viene por aquí, dice Rubén y acomoda el espejo retrovisor intentando enfocarla. Yo también anduve por Norteamérica, pero nunca me gustó vivir allá. Volví cuando mi vieja murió. Con lo que ahorré me compré el remise y una casita. El pueblo tira, viste.

Marta no quiere empezar a acordarse y no poder parar. Es agradable estar sentada ahí, oliendo la menta silvestre a los costados del camino, viendo pasar los alambrados, la nuca curtida de Rubén. Cuando una mujer ha alcanzado los sesenta, el tiempo que dedica a observar se le hace enormemente largo; tan infinitamente largo y múltiple. El pueblo tira. No necesita mirarlo para afirmar que Rubén Ojeda sonríe al decir esto, aun sabiendo que nada volverá a ser igual.

Esa es la escuela a la que iba tu abuela a tu edad, le dice el hombre a Ismael guiñándole un ojo por el espejo.

¿A los ocho?

Ojeda asiente con la cabeza.

El pueblo, por fin; los comercios cerrados, las calles vacías, todas las ventanas con las persianas bajas para mantener las casas frescas. No se ve a nadie, ni siquiera se ven perros.

Y esa es la Iglesia. Ahí también íbamos.

¿A qué, abuela?

A rezar.

¿A rezar?, yo no sé rezar.

No importa, rezar es como hablar con uno mismo. Nadie va a enseñarte a rezar, cada uno busca su manera; si no nos decimos nada, somos nada.

No entiendo, abuela.

Yo tampoco a tu edad.

Marta se siente tranquila, como nunca desde que empezó aquel viaje. Nota que el coche ha reducido la velocidad a medida que atraviesan el pueblo.

Rubén Ojeda maneja ahora en silencio.



# Ferrocarril Roca

Cinco de la tarde. Del otro lado del andén, el sol de enero reverbera en los campos. Una tarde brillante, de esas que entusiasman por la nitidez del aire y la intensidad de los colores. La gente espera la llegada del tren sin ansiedad aparente, como si les costase abandonar la calma de la estación rural. Solo una pareja mayor demuestra signos de inquietud, especialmente el hombre que camina consultando su reloj, murmura algo y, cubriéndose los ojos con la mano, busca el tren en la brumosa lejanía. La mujer permanece sentada siguiendo con la mirada sus movimientos. Cada tanto se saca los anteojos y los limpia. Llevan poco equipaje: una valija de cuero gastado y un canasto con frutas. Si el hombre no hubiera dejado su asiento en el banco, ella no habría visto ese gato sin cola parado al borde del andén ni se hubiera alterado su tono emocional cuando lo vio saltar hacia las vías. El gato rabón se detuvo cautelosamente en medio de los rieles, en actitud interrogante, y la mujer sintió que algo faltaba. Pero ¿qué faltaba, qué era distinto? Recordó otros viajes: el mismo aire, la misma gente, la misma sala de espera, el mismo reloj de pared con el vidrio roto y las agujas desaparecidas. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde aquel día en que ella y su esposo esperaban en la misma estación la llegada del tren que los llevaría a la ciudad? No existe una sola vara de medir el tiempo, no, aquel día parecía ayer y también parecía absolutamente remoto y ajeno, como el monte de eucaliptos más allá de las vías que, por momentos, parece esfumarse.

Los pocos que van llegando a la estación la saludan, saludan a don Ojeda: ¿Lo van a ver al Rubén? Antes habían preguntado lo

mismo, pero había sonado distinto; ellos ahora podían responder fácilmente, sin tomarse el trabajo de analizar esa emoción que se teme y se vigila con desconfianza y se compara celosamente con la emoción antigua y familiar. El silbato lejano interrumpe las cavilaciones. La mujer se incorpora y se alisa el pelo. El hombre toma la valija y le alcanza el canasto. Buen viaje, les dice un conocido. Atentos a la llegada del tren, no le contestan. Casi enseguida la locomotora irrumpe soplando y pasa ante ellos majestuosa con su masa de acero tirando de los vagones, su ruido ensordecedor de caldera y pistones, sus ocho ruedas, su rechinar de frenos, hasta detenerse en el andén. Unos pocos pasajeros suben, suena una campana y el tren echa a andar nuevamente.

Ya ubicados en los asientos, la mujer saca dos manzanas y le ofrece una al hombre. Ahora no, dice él. Y ella la devuelve al canasto. El vagón viaja casi vacío. El hombre ha sacado una carta de un sobre y se dispone a leerla. En voz alta, le pide la mujer, y le pasa sus anteojos. Hace mucho calor, los ventiladores no funcionan. Alguien abre una ventana y entran volando unos panaderos. El hombre se saca el chambergó y se seca la frente con un pañuelo que la mujer le alcanza. Comienza a leer la caligrafía impecable del buen alumno que ha sido su hijo.

*Queridos viejos, no piensen que me olvidé de ustedes. El trabajo que me ofreció el Quique anduvo muy bien hasta que en la última carrera se nos mancó el caballo. El hombre se puso avaro con la plata. Pero como dice el refrán, Dios aprieta mas no ahorca. El otro día, en el hipódromo, donde a veces me sale una changa, el Quique me presentó unos gringos. Les habló bien de mí y los tipos me contrataron por cinco años para criar unos pura sangre en Norteamérica. Me pagan en dólares. Acepté. Me adelantaron unos pesos. Junto con la carta va un giro. Quiero verlos antes de irme. Ya les reservé alojamiento...*

El hombre se saca los anteojos y deja correr la vista por el campo. Si se detiene a renegar está perdido; lo mismo que si la mujer se detuviese a llorar. Una vacilación o una torpeza y estarán perdidos. ¿Por qué la tierra sabia no indica a las personas qué sentir? Parece una pérdida de tiempo consultar la inmensidad que se repite a toda marcha, aunque en los viajes y en los sueños suelen salir a flote las respuestas. El pueblo va quedando definitivamente atrás. Un centenar de panaderos gira ahora en el vagón, se arremolinan con el viento. Detrás de la ventanilla el cielo ha empezado a nublar-se. Ellos podían aceptar el hecho de que una arveja sea verde o el carbón, negro. Amén, dirían, pero ahora se sienten enojados, como el cielo debe sentirse al sospechar que las nubes amenazan su inmaculada calidad azul, aun no siendo ellas responsables y obrando bajo el imperio de los choques. Una maldición, un grito de agonía surge entonces de los cielos y se produce el milagro de la lluvia, una lluvia que todavía no llega, pero que en breve golpeará la ventanilla, borroneando el paisaje cada vez más oscuro.

Así reflexiona el hombre desmenuzando un trozo de pan a medida que el tren avanza devorando kilómetros como migas sueltas. Luego de que el hijo se fuera a Buenos Aires a trabajar con el caballo del menor de los Olivera, su mujer no volvió a ser la misma. Las cosas mínimas se volvieron extraordinarias, se acentuó su tendencia de saltar años en la memoria. Primero nueve meses para que nazca la criatura. Después un año y algo más para criarla. Una vez destetada la criatura, a lo menos dos o tres más para jugar con ella, sabiendo que a su edad no vendrían más «rubenes». Un solo hijo varón, el hijo de la vejez, las demás, puras mujeres, todas casadas, con sus propios críos; y ahora este, el benjamín, se les iba aún más lejos, tan lejos que ellos no podrían visitarlo. Mientras Rubén seguía su camino rectamente, su patrón apostaba en las carreras,

gozando con esas vueltas en la pista que revelaban cuán hábil era y cuánta la agilidad de su caballo. Así meditaba don Ojeda como se medita en los viajes, viendo pasar esto y aquello.

El atardecer llega como un remanso. La pareja sudorosa y cansada se levanta para ir al baño. De las canillas no sale agua. La mujer moja su pañuelo en colonia y se lo pasa por la cara y las manos. El piso es un charco espumoso, como si el agua se fuera por abajo y se mezclara con los orines que manchan el suelo. Vuelven a sus asientos. La noche se aproxima y el vagón se ha llenado de sombras. Un chico llora y vomita cerca. También se ha descompuesto la luz. El hombre prende un fósforo para mirar la hora. La mujer aprovecha el resplandor y revuelve el canasto. Cinco años, murmura: Rubén no tenía cinco años cuando se largó a andar a caballo... En cinco años pueden pasar muchas cosas, la interrumpe el hombre que solo puede hablar de las cosas que sabe, las cosas que ha visto con sus propios ojos y escuchado con sus propios oídos; y se acuerda de Rubén chiquito, siendo puesteros de don Luis. No hay que amargarlo al hijo, dice, él se va porque no tiene más remedio.

Los campesinos solo se entregan al pesimismo cuando hablan de las cosechas, de si hace demasiado sol o llueve en exceso, de los precios cada día más altos de las semillas y los fertilizantes. Rubén estaba haciendo lo que tenía que hacer y lo estaba encarando de la única manera que le era posible. Le habían dado dólares para hacerlo arrancar; la cantidad seguramente sería grande comparada con otras cantidades...

El hombre sigue argumentando, lo cual es un poco como decirle a la mujer que se coma el puchero que ya tiene en el estómago. La mujer no le discute y desvía la mirada hacia afuera, donde todo empieza a ser oscuridad. El vidrio sucio la devuelve ahora a la ventana del hotel familiar en Constitución donde Rubén se instaló al llegar a



Buenos Aires tres años antes, una ventana mirando otras ventanas, calles donde circulan autos, colectivos, impresiones que habrá que depurar de todo lo personal y accidental para extraer el aceite puro de las conclusiones; gente apurada mirando el piso como midiendo el tiempo del recorrido que aún les falta por hacer. Desde la ventana del hotel, orientada al este, contempla la ciudad despertando, la unión del cemento con el cielo. El cielo y la tierra pueden unirse de muchas maneras. A veces la tierra va al encuentro del cielo con sus planos en declive y sus llanos; otras con sus murallas de montañas, murallas parecidas a estas, llenas de ventanas como ojos. ¿Por qué la gente en la ciudad no mira nunca hacia arriba? Nadie se va a detener a responder a esta campesina situada tras el vidrio de una de esas ventanas así que, pertrechada con un paraguas porque el día, aunque no precisamente lluvioso, es lóbrego, sale a la calle donde todo es ruido: taxis cargando y descargando valijas, changadores enronquecidos con sus carros ofreciendo transporte, algunos gritan, otros cantan, un mundo vertiginoso y cambiante de ropas y zapatos que se agitan entre los vagos perfumes de los frascos de las perfumerías; por todas partes, carteles con grandes nombres que no sabría pronunciar; el tránsito, en particular, parecería correr en el mal sentido. La terminal ferroviaria de Constitución es una inmensa máquina que solo se detiene, y no del todo, por la noche. Dentro de la estación, parada bajo la gran cúpula, se siente maravillada y perpleja, como si fuera un pensamiento en una gran cabeza poblada de infinitos cabellos, hasta que una avalancha de pasajeros avanza en su dirección hacia la salida y debe correrse para no ser atropellada. Aquí toma aliento y, antes de volver al hotel con sus colchones duros como crines, pide una bebida en un bar dentro de la misma estación, acciones todas ellas que repite los tres días de la primera visita a su hijo Rubén en Buenos Aires. Sus cartas decían

que añoraba el campo, pero que todo iba bien y que haría siempre lo que le habían mandado que hiciera. Y ella siente que el pasado se le escurre, que su único pasado es Rubén, el hijo que ya no les pertenece del todo.

Las personas y los animales tienen hijos para que estos los abandonen, murmura, y se pone a buscar algo en el canasto. El cielo ha ido adquiriendo tintes cada vez más sombríos, el sol, oculto de tal modo que nadie podría adivinar donde está. Ha empezado a llover tras el vidrio y ya es hora de que se mida el desaliento de estos dos seres que viajan en el interior de una tormenta. ¿Cómo será el cielo en Norteamérica? Las preguntas necesitan de una madre y de un padre, un enlace de contrarios para consumir una respuesta: ellos jamás han visto un tornado segar pasto en una pradera. Incómodo, el hombre se esfuerza por pensar otra cosa. Pero en qué otra cosa puede pensar uno viajando a despedir a un hijo que abandona su tierra. La luz va muriendo y las palabras que pugnan temblando hacia arriba, de nuevo bajan y, antes de enterrarse en lo más hondo, asoman apenas la cabeza.

Esta es la realidad, mujer. La realidad que hace permanente y fija todo lo que toca. El agua, que por algún sitio busca salida, corre entre los rieles cubriendo las cunetas en toda su anchura y se forman ranuras en las que encuentra cauce. El agua, como la memoria, nunca se da reposo. En algunos sitios penetra, socava y quita lo que a otros sitios lleva y añade.

## Susana bajo el fresno

Las calles del pueblo se ven vacías cuando atraviesan el centro y siguen por la misma ruta para el lado de la Rural. El asfalto se extiende mucho más allá de lo que Marta recuerda. Todas las calles con sus carteles de manos y doblemanos, sus bicisendas bordeando la ruta al cementerio.

¿En Bariloche también hacer calor?, la sorprende la voz de Rubén Ojeda. Es la primera vez, desde que subió al auto, que le pregunta sobre el sitio de donde ella es ahora.

Algo, en verano, le responde. Es muy lindo el verano allá. Si vieras la retama, hay retama por todas partes, a vos te encantaría, florece como oro en polvo, y después las cápsulas crepitan y rogás que las semillas no caigan demasiado cerca. Es linda la retama, pero muy invasora.

Rubén Ojeda se da vuelta y sonríe. Gran parte de las horas del día se las pasa sentado en ese auto, buscando en las voces de los pasajeros la confianza que los ligue lo que dura el viaje. Las casquintas se van espaciando y vuelve el paisaje agrícola. Pasan por el antiguo horno de ladrillos y, al poco andar, aparece la tranquera. Siempre habían envidiado en el pueblo que el campo de los Olivera tuviera acceso directo a la ruta. La tranquera sigue siendo la misma, con el nombre de la abuela grabado a fuego en la madera bien pulida: LA IRMA. Rubén baja a abrir y vuelve a entrar al auto. Pasan por encima del guardaganado, donde unas amapolas asoman en la zanja. Han llegado. Los pinos se ven enormes a los costados del camino que conduce a la casa. Una oleada de calor los recibe cuando

salen del auto. Susana los está esperando, con la mesa puesta bajo el fresno, desde hace más de tres horas. Se abrazan mientras Rubén baja las valijas y los saluda con el brazo en alto. ¡Te traje el diario!, le grita a Susana. ¡Gracias, Rub! Una nube de polvo se lo traga y entran a la casa a refrescarse. Marta ha olvidado mirar a Rubén para confirmar su estatura, su cara de frente.

Un perro viejo de hocico gris, que no conoce, se les viene encima espantando unos gorriones de abajo de la mesa. Susana echa al perro y se ubican bajo la sombra del fresno, cuyas hojas retienen la luz. Tanta sombra de un solo árbol... Hay pollo frío, jamón, ensalada rusa, bebidas. Con la sensibilidad a flor de piel que caracteriza al viajero de vuelta en un lugar que una vez fue el suyo y ya no lo es, Marta comenta en voz alta que el fresno bajo cuya sombra se encuentran almorzando es el árbol más imperioso que ha visto en su vida, con ramas que reconocen su majestad: si tuvieran que inmolarse por él, lo harían. ¿Qué es inmolarse, abuela? Marta se sirve más agua: Arrojar al mar donde rompen con furor las olas o al fuego de un incendio en el bosque; algo extremo, algo simbólico... ¿Simbólico? Un árbol puede ser un palacio, un lugar vivo. Mirá: allá arriba jueguetean dragones con escamas de oro... Ismael frunce los ojos, encandilado por el sol que se cuela entre las hojas, y hace un gesto desdeñoso con la boca. Ya te expliqué lo que es una metáfora, ¿no?, digo esto pero también estoy diciendo aquello. Ismael se queda callado. ¿Sabés lo que tarda en crecer un árbol así? No, su nieto no lo sabe, tampoco parece importarle. Hay ciertas revelaciones para las que no está preparado.

Desde donde se encuentran se domina, como a través de una puerta abierta, una amplia extensión de campo. Bajo el sol calcinante de las tres de la tarde el agua de la pileta reverbera, proyectándose como un reflector sobre la bikini color diente de león de

la hija de Susana, que ha llegado dos días antes y tiene las piernas metidas en el agua. Cada tanto se inclina para mojarse la cabeza con la mano ahuecada. No ha querido almorzar. Está a dieta. Por la mañana, un yogurt y una manzana. A los treinta y ocho años, Leticia parece de dieciocho, con su pelo largo y lacio desteñido por el sol. De entrada simpatiza con Ismael y lo invita a tomar un helado en el centro, esa noche, con ella y una amiga.

¿Sabés lo que tarda en crecer un árbol así?, repite Marta. Ismael se espanta una mosca del brazo. Susana hace ademán de levantarse a fregar los platos, pero Marta la retiene. Cuando éramos chicas íbamos a la Feria a tomar mate en los corrales, ¿te acordás, Susana?, y nos tirábamos en el pasto a fumarnos un pucho. Sin desviar sus ojos de la pileta, la voz de Ismael irrumpe en la sobremesa que no prospera: ¿Vos fumás, Susana? Ya no, es una pena que haga mal fumar. Mamá fumaba y dejó cuando se ahogó el abuelo. Marta recuerda a Sara cumpliendo su promesa de dejar de fumar si encontraban el cuerpo de Ignacio. Refrena el impulso de abrazar a su nieto y dice, en cambio: Así nos divertíamos a los trece, a los catorce años; los sábados, a la hora de la siesta, ir a la Feria a jugar al truco o a los dados. También estaba la laguna, dice Susana. Pero cada vez más seca, puro barro... Con mamá fuimos un día a la Laguna de los Juncos, la interrumpe Ismael, ¿te acordás, abuela? Sí, querido, una reserva natural, un lugar divino; deberías conocerlo, Susi... Sí, claro, murmura Susana, esperando el momento propicio para levantarse y acabar con la sobremesa tardía. La Laguna de los Juncos, en medio de la estepa, le gustaría, seguro... Esa fue la primera vez que Ismael viajó en tren, un viaje corto pero colorido, pasando sobre el puente del río Ñirihuau, dos horas hasta llegar a la laguna. Ahí sí que había pájaros, dice Ismael amasando bolitas de miga de pan sin quitar los ojos de la pileta. Seguro que el agua no está ni la mitad de fría

que la del lago. Él está acostumbrado al agua fría, a las piedras que lastiman los pies. ¿Es honda?, le pregunta a Susana. En la parte baja a vos te debe llegar a la pera. Ismael deja las bolitas de miga de pan a un costado y se pone de pie. Con los ojos mide la altura desde sus pies hasta su pera. El diente de león desaparece en un breve splash y, cuando vuelven a verla, la figura ya se está escurriendo el pelo envuelta en una salida de toalla blanca.

¿Te acordás del tanque australiano, de lo helada que estaba el agua? Marta intenta retener a su prima un poco más, pero una charla no es un contrato: se puede abandonar en cualquier momento y sin previo aviso. Susana se ha puesto de pie y le está gritando algo a la hija. Después acomoda los platos en una bandeja y enfila hacia la cocina. Ahora acá todos tienen piscina, dice, con el tono de quien parece no guardar ningún recuerdo de haber sido chico alguna vez.

## Entresueño

Cuando Sara empezó a tener contracciones se cortó la luz. El nacimiento, según el médico, iba a ser con el cambio de luna y para eso faltaban dos semanas. Marta se asomó a ver el termómetro: seis grados bajo cero. A los veinte minutos, Sara rompió bolsa. Sábado, ocho de la noche, pleno invierno, los tres solos en la casa. Ignacio corre al galpón a buscar las cadenas. Nieva desde el mediodía y ahora el hielo, como vidrio, no le va a facilitar las cosas. Oxidadas por falta de uso, al fondo de un cajón las encuentra enredadas. Sara empieza a sentir las contracciones más fuertes y regulares, a juzgar por el volumen de las quejas que escucha cuando se dirige al auto con las cadenas en la mano. Ha tenido que sacarse los guantes para armarlas y ahora tendrá que calzarlas de manera correcta. El viento del sur arremolina la nevisca alrededor de las ruedas cuando se agacha a ponerlas. Las usó para cruzar a Chile y las guardó sin revisarlas. De eso hace un montón y están hechas un desastre. Hay un par de eslabones rotos que prueba atar con alambre. Con la cadena líquida ha venido zafando, pero a este hielo sería como echarle merengue en espray. Las cadenas de las ruedas delanteras, las que hacen tracción, se salen al intentar mover el auto. Las cambia de lugar y, cuando empiezan a endurecerse los dedos, pone en marcha el motor y acelera apenas. Las ruedas patinan y nuevamente las cadenas saltan por el aire. Si no pasa una chata que saque al auto del estacionamiento y lo ubique pendiente abajo, están en problemas. Queda llamar a una ambulancia, que hasta allí no va a subir y tendrán que bajar caminando

a la ruta. El número que tienen da permanentemente ocupado. Ignacio carga el bolso de Sara y salen los tres.

El talud que bordea el camino lo vuelve irreconocible a la luz de los faroles en las esquinas. La nevisca insistente los desorienta. No ven muy bien dónde pisan. Ignacio le ofrece el brazo a Sara, pero ella prefiere caminar sola, con paso tan firme que no parece estar andando sobre nieve resbaladiza. Habiendo salido impulsados por la inminencia del parto, ahora parecen haber olvidado aquel motivo en pos de otra urgencia: alcanzar la ruta que los lleve al centro. No han andado más que veinte metros cuando escuchan un motor a sus espaldas y la voz de alguien que los insta a subir a una camioneta; es Jiménez, el vecino de la otra cuadra. El aire helado queda afuera. Suben los tres; Ignacio el último, con el bolso de Sara que, a cada rato, pregunta si lo lleva él. Tras los vidrios empañados titilan las luces del pueblo. Llegan al sanatorio. Ha parado de nevar. El blanco estremecedor de las puertas vaivén de la sala de partos flota en el pasillo por el que acaban de trasladar a su hija doblada de dolor en una silla de ruedas. A Marta le resulta raro: a ella la habían llevado en camilla. Son las doce de la noche. La dilatación, que empezó a las ocho, se detuvo y se alargó el tiempo de espera. Nadie les comunica nada. Han tratado de ver a Sara, pero les dicen que mejor no, que está en trabajo de parto. Ignacio trata de calmar a Marta, que ha entrado en pánico viendo que se posterga el nacimiento: ¿Acaso no estuviste vos pariendo a Sarita toda la noche?, le dice Ignacio. Sufriendo como una condenada, sí...

Después de un rato largo aparece la partera. Parece que hay complicaciones, el bebé se dio vuelta y están tratando de girarlo. De lo contrario... Una cesárea, la interrumpe Ignacio. Mejor evitarla, claro, dice la partera; el bebé está coronado, quizás haya que usar fórceps. Coronado, bendito sea, estaba dos horas después entre los



brazos de Sarita, que lo miraba arrobada y sonreía. El parto natural de su hijo de cuatro kilos la ha dejado extenuada; los signos del dolor son ahora los del cansancio más perfecto que alguien pueda experimentar; el mismo cansancio feliz que sienten los tres viendo a Ismael emerger de su gorro a rayitas.

La media pastilla que agregó a la otra mitad cuando el micro salió de Bahía empieza a hacerle efecto. Dormir es un auténtico milagro, un viaje al más allá; nada mejor que un sueño confortable, aunque luego no se lo recuerde o se lo recuerde mal. Son solo dos o tres segundos entre la vigilia y la entrega, suficientes para señalar que algo sincroniza. En el sueño que empieza a insinuarse están sus dientes en primer plano; alguien, un niño, le cose la encía y el incisivo izquierdo se le astilla: inseguridad en la mordida; ahora va por una zona de Palermo con el bosque a su izquierda, antes del puente de la avenida Sarmiento; reconoce el lugar que nombra Bioy y corresponde al momento del misterioso encuentro con la máscara; reconoce el *hall* de entrada de la casa de sus abuelos, la cara agobiada de su madre; hay cierto desorden en la casa impecable, lo confirma cuando entra al baño de la planta alta y encuentra a Sarita jugando con dos amigas a bañar las muñecas, agua y toallas por todas partes; ve a Ignacio en el garaje bailando con otra mujer en una fiesta de quince; su prima Susana la llama para decirle que tiene algo para ella, entiende que es un libro; Susana le entrega una bolsa artesanal con pequeños bolsillos: en el primero que revisa hay algo que parece un carretel de hilo, no, es un lápiz labial color fucsia; sigue buscando y encuentra un perfume, Susana se pone un poco y le dice: *Gift*, exquisito, seguí buscando, hay más cosas: un anillo de plata antiguo, con incrustaciones de ébano, envuelto en un papelito donde está escrita a mano la historia de quien lo hizo;

también hay cosas escritas en boletos de colectivo; ahora la bolsa es una mochila llena de ropa de Susana, le pregunta si se va de viaje: Sí, pero no quiero pasar frío ni ir de cualquier manera, dice Susana; suben las dos a un auto, la calle por la que circulan es peatonal y se vuelve contramano, la gente avanza sobre el auto, la esquivan y se alejan hacia la estepa; la oscuridad las rodea, de pronto, una luz: paran en una hostería a comer y tomar algo, las dos están resfriadas, intentan negociar con el dueño para que les dé datos y seguir viaje; una mujer regordeta trae una tarta de frambuesas con crema que picotean de a pedacitos sin sentirle el gusto; el hombre tiene que resolver la compra de un auto, de lo contrario no podrán continuar; hay un problema de dinero que los afecta a todos; la mujer se acerca con un botellón lleno de un líquido oscuro que parece guindado, le sirve una copita llena al hombre y a ellas nada; es tarde, sus madres deben estar preocupadas; Susana desaparece; en un lago, Ignacio y Sarita se meten al agua que está tibia, el fondo es de arena suave; en un momento las olas crecen, avanzan sobre la orilla, el cielo se pone rojo y ella recuerda lo del velo del templo que se rasgó por el medio; no muy lejos caen trozos de piedra y fuego, Ignacio alcanza a meter unas herramientas en el bolso, un collar de Sarita y las toallas, todo se ha oscurecido como si en el cielo se hubiera cerrado una cortina; en el camino ven una cabaña que se está incendiando: es la única, ¿erupción o rayo divino?; llegan a su casa, el piso de las brilla recién baldeado, el sol se ha secado un poco solo en el lugar donde el Negro se echa, cerca del ventanal; el Negro se acerca y con las patas delanteras, como si fueran manos, agarra la mecedora y la transforma en puerta, con voz cavernosa, le habla, le pregunta por qué está cerrada; Marta corre hacia donde están los otros y les dice que el perro habló; ella quiere hablar con su madre que está sola en el campo, la llama por teléfono con una moneda de

25 centavos que le dura toda la comunicación, se oye mal, su madre habla llorando, la voz quebrada; Marta le dice que puede vivir en la casa del pueblo con todas sus cosas y cae en la cuenta de que los muebles de su madre ya no están porque ella, Marta, los ha repartido o regalado; la comunicación se corta, intenta llamarla de nuevo pero no lo consigue y vuelve a su casa pasando por lo de unos vecinos que comen higos; prueba uno y se le queda pegado en la encía.

El micro frena de golpe. Marta abre un ojo y lo vuelve a cerrar. Tiene la boca pastosa y seca. Busca la botella de agua. Lo que queda está tibio. Se lo toma y se acomoda de costado. Están en lo de Celia Duboise a punto de salir de viaje, Marta recomendándole a Susana que lleven poco equipaje, Susana la tranquiliza, le dice que una sola valija y un bolso con comida que empieza a mostrarle y se le vuelcan algunas cosas; Susana está eufórica, vestida con un conjunto de safari; Celia Duboise parece una actriz de los años 50, joven, bonita, peinada con raya al costado, se mira en un espejo y sonríe, su aspecto llama la atención; no hace más que mirarse y Susana se ocupa de todo; al fondo se la ve a Leticia, una adolescente desdibujada, se quiere suicidar, está todo dispuesto pero antes abre la heladera llena de comida: qué desperdicio, no puede matarse; algo la conduce a gran velocidad por el interior de un edificio de hormigón, pasillos largos, un laberinto sin puertas ni ventanas desembocando en un ascensor rectangular, hermético; sube sin visualizar a sus acompañantes, que le aconsejan todo el tiempo cómo debe comportarse: donde van es una galería de arte, gente exquisita, conviene hablar poco y observar mucho; entran y se sientan frente a una mesa, allí una chica pálida los interroga mientras en un papel hace circulitos y rayitas como quien dibuja automáticamente; una adivinanza, les dice. Le toca a Marta responder: pan y queso, y eso que está ahí es el

ratón. ¡Acertó! En una hamaca paraguaya está acostado un personaje de sonrisa maliciosa que se comporta como el jefe, es muy pequeño y no puede salir solo de la hamaca; aparece Ignacio y ayuda al hombrecito dando vuelta la hamaca, el hombrecito cae de bruces y ya no lo ven.

# Vodevil

Los dueños del patio andaluz les aclararon de entrada que no había amplificación, que la acústica natural era perfecta. El zapateo, las palmas, los cantes a voz *pelá*, todo suena *agrandao*, dijo la mujer. Sara levantó la cabeza y pudo ver, en perspectiva, el patio entubado unos tres pisos para arriba, rodeado de balcones y macetas con flores. Bajó la vista y buscó a José Luna. A él parecía no importarle gran cosa el tema de la amplificación y asentía animadamente. Su teclado sonaría lo mismo. No sería un sonido de lo mejor, pero escucharse se iba a escuchar. De las negras a las blancas, de las blancas a las negras, los extremos únicamente siendo estables, señalados por el pulso en las pausas de los niveles intermedios. Cualquiera fuese la duración y la altura, todo vibraría: suelo, muros, cuerpos, bóveda. Añadir eso al repertorio y ejecutarlo con palabras, como ella lo haría para creer que tenía una cabeza y una voz, una cabeza que creía esto, que creía aquello, que ya no creía, pero una cabeza y una voz que le pertenecían.

Carraspeó antes de hablar. Siempre canto con micrófono y casi nunca al aire libre, le dijo a la dueña. La mujer hizo un gesto de fastidio: Olvídate, si la Bernarda Utrera, con sus setenta y cinco, es capaz de cantar a golpes de bulerías, tú podrás con tus tangos, ¿conoces a la Bernarda? Espera... Y desapareció tras una de las puertas que daban al patio. Se escuchó una guitarra flamenca y enseguida unas palmas: *Aaay, que solita me encuentrooooo; aaay, que solita me encuentrooo...*, una voz desgarrada, ya en caída o ascensión. Para ti, le dijo la mujer, volviendo con algo en la mano. Esta cantaora derrocha

energía, canta con trabajo. Escúchala bien y me cuentas. Era un CD de Bernarda de Utrera. Sara iba a replicar que el flamenco no tenía nada que ver con el tango, pero se contuvo. Después de haber visto a Estrella Morente en el Festival, tampoco estaba tan segura. La reina del flamenco los había dejado con la boca abierta. Sentada, con un chal en los hombros, sin ninguna ostentación más que su panza de siete meses, había cantado como nadie esa magnífica versión de *Nostalgias*. Tango y flamenco, cómo no... Tragó saliva.

Los ojos de la dueña de Al-Andaluz brillaban con pasión evidente, Luna parecía encantado y el patio era tan lindo, la tarde tan serena, que se guardó las objeciones y quedaron en que harían su *show* en los términos planteados: doce temas de su autoría –tangos, milongas y valeses– como segunda parte de un espectáculo que incluiría bailaores y cantaores flamencos, no la Bernarda, por supuesto, ella jugaba en las ligas mayores. Todos rieron y la dueña del tablado pegó un afiche en la puerta, anunciándolos para la noche siguiente, a las veintidós y treinta horas. La primera presentación sería allí, en el corazón del barrio Santa Cruz. Los días consecutivos los buscaría un taxi por su hotel para llevarlos a tres centros culturales periféricos, uno para jubilados y otros dos que funcionaban en las salas de unas bibliotecas. Todo estaba arreglado. Les pagarían trescientos dólares por actuación a cada uno y podrían vender sus discos. El alojamiento y la comida serían por cuenta propia.

El dúo venía precedido por las notas publicadas en el diario *El País*, que hablaban sobre el festival dedicado, ese año, a las voces femeninas. El copete de una de las notas se refería al encuentro como *un homenaje a la Argentina en época de crisis*, y resaltaba el fenómeno femenino en el tango que, a juicio del organizador, no era más que el eco de una realidad que afectaba al mundo global. No le quedó claro a Sarita si se refería a que las mujeres estaban en condiciones

de reproducir mejor el eco de una realidad que afectaba al mundo global, o a que el mundo global estaba en crisis por este fenómeno del protagonismo femenino. Se lo planteó a Luna. Pura palabrería, dijo él, a quien toda esa exaltación de género empezaba a romperle las bolas: en definitiva, la mayor parte de las cantantes iban a estar acompañadas por músicos varones, ¿no? La nota terminaba diciendo que, en coincidencia con el Día Internacional de la Mujer, el festival tendría esa noche a un grupo de intérpretes femeninas, entre ellas la cantautora argentina Sara Montes. El entrevistado se explayaba un poco más, aseverando que la última década había estado marcada por la pujanza de numerosas intérpretes quienes, a su juicio, reflejaban mejor la situación actual que vivía el país de los piquetes. En eso no estaba del todo errado. Ella se había pateado la calle buscando auspicios para los gastos del viaje sin conseguir más que un chaleco de cuero negro para Luna y un pantalón negro de cuero para ella, perfectos para el escenario, justamente lo que pretendía: diferenciarse de las tangueras, de su tendencia a los escotes y tajos en la falda, esos vestidos de licra imitación satén que resaltan los rollos más que las curvas.

Astor decía que el tango ya no existe, le dijo a Luna cuando empezaron a ensayar *Vodevil*. Y le manifestó sus temores acerca de cómo el público recibiría su repertorio. Lo que decía Piazzolla es que el tango de ahora es una imitación nostálgica de otra época, la corrigió Luna. A Luna le encantaba Piazzolla, que el tipo dijera en un reportaje que era un loco de la guerra, que le gustaba divertirse, tomar vino, comer bien: ¿su música?, una música de cámara, derivada del tango; se le podía dar mil vueltas a lo que hacía, pero él se conformaba con hacer lo que se le daba la gana. Sara también lo admiraba; la música de Piazzolla quitaba a las palabras el trabajo de explicarlo todo. Y en cuanto a los letristas: las letras de tango,

¿eran poesía? Algunas sí, otras, pura cursilería, dijo Luna: ¿adónde quería llegar?, ¿a si la letra de una canción popular es o no literatura? Sara escribía desde los doce años y cantaba desde que tenía memoria. En un reportaje de un diario porteño, antes de viajar a Madrid, había dicho que lo suyo apuntaba a una *renovación* dentro del género tanguero. Después, viéndolo escrito, le pareció pedante. Cortala con eso, dijo Luna. La poesía pone en ritmo las cosas. Los temas no son pretenciosos. *Vodevil* suena bien. En otra nota de *El País*, que compraron en Barajas al llegar a España, el mismo organizador entrevistado decía, en referencia al festival próximo a comenzar, que se había perdido la idea de que el tango era machista porque actualmente solo manifestaba las relaciones entre hombres y mujeres, que son siempre intensas. ¿O sea que antes el tango era machista porque las relaciones entre hombres y mujeres no se manifestaban lo suficientemente intensas como para ser cantadas? No le des tantas vueltas, dijo Luna. El tipo bate cualquiera.

Cuando llegaron al festival, el organizador, en carne y hueso, los estaba esperando en la terminal de buses. Por su cara de trasnochado fue fácil reconocerlo. En el trayecto hacia el hotel se la pasó prendido al celular y solo al llegar les dijo que tenían una habitación reservada y que debían acreditarse en la recepción. Sara le aclaró que ellos no eran pareja y le pidió si era posible un cuarto para cada uno. El organizador volvió a atender otro llamado y les guiñó un ojo como dándolo por sentado. Confuso, igual que sus declaraciones a la prensa. Luna no dijo nada y siguió mirando por la ventanilla. Sara no pensaba explicarle al organizador que lo de ellos era una historia cultural, una relación artística con el grado de *intensidad* que da la música al trabajo. Esa noche empezaba el festival y todos querían tomar una ducha y cambiarse antes de cruzar al teatro, que quedaba frente al hotel.



En la recepción se agolpaba la gente buscando acreditarse; músicos con instrumentos, cantantes, bailarines... A cada uno se le entregó un sobre en cuyo interior había un afiche, el programa de los conciertos, la credencial para entrar a los espectáculos y otros lugares donde hubiere actividad referida al festival; estaban también allí los tickets de comida y un mapa con los sitios destacados para conocer. Cumplido este trámite, les dieron las llaves de los cuartos que deberían compartir Sara con una actriz de un grupo de Morón, Luna con un violinista de Caseros. Como sapos de otro pozo, se despidieron por un rato en el ascensor. Nietos del folklore y del bolero, amantes del *rock and roll*, Sara y Luna se habían vuelto tangueros con el rebrote del género en Argentina. A la hora de componer, el tango les había aflorado como algo natural. Cuando Luna le pidió a Sara una letra para mandar a un concurso de SADAIC, ella escribió *Vodevil* de un plumazo, fue a su casa y se la cantó.

*Vodevil*, dijo Luna, me gusta. *Voix de ville*, voz del pueblo, dijo ella, del desencanto, ese lugar común del tango, del *spleen*; Homero Manzi leyó a Baudelaire, te lo aseguro. Con la computadora, Luna armó la partitura, incluyendo una introducción y un interludio. Dos días después se encontraron en un bar del centro, llenaron los papeles, compraron lacre y registraron la obra antes de enviarla al concurso. Lo ganaron y ese había sido el motivo de que los invitaran al festival. Después salió la invitación para actuar en un par de lugares más. Sara empezó a tomar clases de canto dos veces por semana. Además del tema ganador del concurso, tenía escritos otros doce que grabaron en un CD antes de partir de viaje. Con Luna se habían conocido en la escuela de música de Avellaneda donde él era profesor de composición. Luna ya contaba con dos discos editados, fusión con otros músicos a quienes escribía los arreglos.

Hay maravillas que se recuerdan y maravillas que se descubren como tales en el momento mismo en que se plasman. El programa del festival era abultado y sus nombres figuraban cerrando la noche siguiente. Faltaba un día entero y había mucho para ver y escuchar. Sara no podía imaginarse estando allí en el escenario, parada, frente al público. Se lo dijo a Luna, sentado junto a ella, quien respondió con monosílabos a sus comentarios sobre la sala, el escenario, el sonido, las luces... Y qué iba a decirle, que sí, que la escuchaba, que le gustaba escuchar, que era un audiófilo, un *ecouter*. Los grupos se sucedían: tríos, quintetos, sextetos; japoneses, argentinos, alemanes; tangos tradicionales con batería, con saxofón, mucho Piazzolla, Troilo y también Santaolalla. No faltó el conventillo, representado por el grupo de actores de Morón, un bodrio cocoliche de voces destempladas y guapos sobreactuados; el *kitsch* del tango a pleno. ¿Era posible haber querido aquello? ¿Era posible que hubieran hecho tanto para formar parte de esto? ¿Qué quería Luna? Luna quería detenerse en una plaza, armar el piano, tocar, pasar la gorra; tan desprovisto de historia como el primer día, ser un juglar de vodevil, un músico. ¿Y si te corren? Que lo corran. ¿Y Sara? ¿Qué quería Sara? No estar parada allí, seguramente, con su voz que no ha sabido hacerse, que se vuelve lejana o baja, cómo saberlo. Pues, mañana por la noche, allí estaría y todo se iluminaría de un momento a otro, primero insensiblemente y luego cada vez más hasta inundarse de claridad por completo.

Lo callejero a Sara no le iba. Pero a Luna sí; así era él, pordiosero y rey, a veces en la misma jornada; y cuánto mejor habría sido para él haberse dado el gusto de tocar para los transeúntes en lugar de irse a dormir esa siesta tardía. El malhumor le salía por las orejas cuando cargaron el teclado y demás bártulos y partieron bajo la lluvia

en dirección a Al-Andaluz. Como aún era temprano, compraron jamón crudo y se hicieron unos sándwiches que comieron sentados en los escalones de un portal. El malhumor dio paso a la apatía y la apatía al entusiasmo, que en Luna era contagioso. Se pusieron nuevamente en marcha espiando los patios antiguos, los poemas escritos en los muros. Luna la besó en los labios. Llegaron al Al-Andaluz cuando el espectáculo flamenco acababa de empezar. Tres filas de sillas con respaldo de madera se encontraban dispuestas en forma de U bajo la galería circundante, casi todas ocupadas; por lo que podía verse, unas cincuenta personas. El patio había sido cubierto en parte por un toldo plástico que protegía a los artistas del tablado.

La dueña del local los saludó con señas y les alcanzó un par de sillas que trajo de algún lado. El agua repiqueteaba con fuerza sobre el plástico y los aleros de los tres pisos por encima del patio. Los bailarines zapateaban y batían palmas al compás de una guitarra. Se sumó un cantaor y fue como si el resto de los ruidos se confundieran unos con otros, mientras el público contento aplaudía y todos, en algún momento, gritaban *óleee...* Sara sintió frío en la espalda. Tenía el pelo hecho un desastre y su camisa de seda blanca estaba húmeda. Al oírlo le dijo a Luna que tocara lo más bajo posible, que con esa lluvia y sin micrófono no la iban a escuchar un carajo. Tranquila, dijo Luna, mirá cómo toca el gitano. Luna siempre se comunicaba de manera indirecta. Tocando el piano con el cigarrillo en la boca, la cabeza envuelta en humo, le había dicho a un periodista, poco antes de salir de Argentina, que más que a tocar tangos él iba a España a escuchar flamenco. De acuerdo, Luna, que sea como vos quieras. Tantas veces él seguía de largo y ella lo veía alejarse como si fuera a perderse al fondo de una melodía. Sin arrepentirse, volvía él sobre sus pasos, seguro del lugar de donde venía y al que quería ir. Así era Luna y ella trataba de seguirlo sin timideces que pudo

haber tenido de más chica, pero no ahora. Ahora ambos tenían una disposición semejante. La de Luna oscilaba entre el respeto y la hostilidad hacia un público del que dudaba; la de Sara consistía en llegar a ese público con algo escrito antes de que ese público existiera, manipulando su propia voz, buscando el canto.

Bravo, bravo. Los bailaores y cantaores se retiraron y le llegó el turno a *Vodevil*. Luna ya tenía el teclado fuera de la funda y subió al tablado para armarlo sobre el pie que llevaba en otra funda. Tratando de esquivar charcos y ríos que corrían por el patio, Sara lo siguió con el atril en una mano y la carpeta con las letras en la otra. Nada peor que una *laguna*. En la carpeta figuraban todos los temas ordenados: un tango, una milonga, un vals, otro tango, otro más, una milonga, dos milongas, otro vals..., más ese machete de presentación en la portada, diciendo tres o cuatro cosas sobre quiénes eran ellos—dos forasteros en el tango—y qué era *Vodevil*. Lo que no calculó fue la gotera, justo encima del atril, que le borroneó el machete. Desplazó el atril hacia la izquierda y secó el papel con una manga. Tomó un trago de agua y miró a Luna sentado frente al piano. El público se veía distendido y algunos tenían copas en las manos. Se había levantado algo de viento y el toldo flameaba en cada ráfaga amplificando el repiqueteo. Luna tocó unos acordes y fue como si la lluvia se apagara. La gente hizo silencio y Sara, a voz pelada, dijo: *Voix de ville, voz del pueblo, voz de lo desconocido que pasa, de lo imprevisto que se revela... Asociar el vodevil al tango, por qué no, aunque en su origen el vodevil represente la comedia y el tango sea pura tragedia...* Se escucharon algunas risas: ¿serían argentinos? El piano se oyó un poco más fuerte cuando sonó la introducción de la milonga. Sarita esquivó otra gotera y un poco cantando, otro poco diciendo, avanzó con la voz sin dejar de escucharse; el piano suave atrás, la gente por delante.

La forma de composición del contrapunto funciona en dos dimensiones: horizontal o melódicamente, y vertical o armoniosamente. Se simultanean melodías, cada una con valor propio: viento, lluvia, piano, voz... Luego el viento se lleva la lluvia y todo se detiene.



# Límites

Y vos machacando sobre cómo tiene que educar al hijo, sabiendo que la vas a irritar... Desde la cocina, Marta oye protestar a Ignacio. Se asoma para contestarle, pero ve que deja su vaso en la mesa y se levanta en dirección al baño. Casi enseguida oye correr el agua y la puerta del baño vuelve a abrirse. Los límites, lo escucha ahora, qué tenés que hablar de límites vos: ¿hay que dejar o no dejar llorar al chico?, ¿hay que dejar que el chico coma con las manos y tire la mitad de la comida al piso o darle de comer en la boca? Son cosas que solo entienden las mujeres, lo interrumpe. Ignacio sube al dormitorio. Cuando ella se acuesta ya está con los ojos cerrados. Son cosas que solo entienden las mujeres. Con ese pensamiento parece haber entrado a un sueño donde su madre lo recibe; sorprende el modo en que nada encaja en ese departamento; los muebles voluminosos de su infancia ocupan casi todo el espacio; sobre la mesa, sostenida por los brazos de cuatro figuras talladas en madera oscura, se ven platos y vasos sucios que su madre se apura a retirar; él cuelga el saco en el perchero y se sienta en el sofá, que emana un olor subterráneo; la calefacción excesiva lo sofoca; las voces del televisor es lo único que se oye en esa sala de horrores casera ligeramente modificada para uso familiar. La mirada de su madre se vuelve benigna cuando se posa en él. Es lindo, dice con la naturalidad de las personas acostumbradas a hablar a solas, y se ahueca el cabello con gestos cortos que poco remedian. ¿Qué es lindo, vieja? Estar así, como cuando ustedes eran chicos y tu padre todavía no llegaba a cenar, era el único momento del día reservado para mí; lo esperaba con la cena lista, ustedes en

la cama; si estaban despiertos, él entraba a darles un beso. Vuelve a ver a su madre preparando los platos favoritos de su padre que terminaban redundando en su propio peso. Cada vez eran más largos los intervalos desde que él salía de la oficina hasta que llegaba a la casa. Y un buen día la dejó, dejó a su solícita, gorda y legítima esposa por otra mujer quince años más joven, una que lo engatusó, ¡ja!, como si le hubiera tendido una trampa y él, simplemente, se hubiese limitado a caer. Mientras su madre recoge la mesa, su padre se sienta a leer el diario. Ella vuelve de la cocina, deambula un poco por la sala y busca el cesto del zurcido: sus ideas sobre las personas que desechan la ropa que todavía puede usarse no va con sus principios; o tirar la comida: un pecado. ¿Qué había empezado a decirle? Tenía algo importante que decir y no recuerda qué era... Nada, se le fue. No sería importante. Dejémoslo correr: ¿alguna noticia que valga la pena? Su padre cierra el diario bostezando. Me voy a dormir, mañana tengo un día pesado. Y ella se queda sola con el huevo de zurcir en la media, rodeada por los mismos objetos que todavía pueden verse en la habitación, objetos que no han sucumbido al tiempo ni al deterioro, regalos de boda que naturalmente conservó: la bandeja de plata ennegrecida por falta de pulido, el grabado en bronce de San Jorge y el Dragón, el reloj grande de péndulo detenido veinte años atrás. Ignacio piensa en algo que decir. Su madre se le adelanta: ¿Te quedás a comer? No, vieja, Marta me espera. Pasé un rato nomás, a ver cómo estabas. Su madre vuelve a sentarse frente al televisor, le baja el volumen pero no lo apaga. El noticiero habla de un tiroteo ocurrido en el centro. Hay dos bajas. Qué tremendo, murmura. Sus párpados se le entornan vencidos sobre los ojos atentos a la pantalla. Me voy, vieja, paso otro día. Y le da un beso en la cabeza; una cabeza completamente blanca cuya sola contemplación le hace desviar la vista. Desde la puerta se vuelve a saludarla. Pero ella no lo mira:



las manos en el regazo, una sobre otra, la izquierda con la palma abierta, la derecha sosteniendo el control remoto. Desde una silla, a su izquierda, el gato, que recibe las únicas caricias de esa casa, le devuelve la mirada. Cierra la puerta y aún puede verla sumida en la pantalla. El cristal convexo, a la vez de proyectar, duplica los rasgos del agobio enmarcado en su anacrónico collar de perlas. No es él quien podrá deshacer los entuertos ni enderezar lo torcido. Mientras más rodeado de dramas se sienta, mayor será su necesidad de huir hacia adelante. Mal momento para vivir en Buenos Aires cuando los que podían irse lo hacían, cuando las revistas y diarios europeos empezaban a ocuparse seriamente de una lucha que iba tomando mayor envergadura mientras la vida continuaba amarrada al día a día, como ocurre en los momentos de zozobra. Los restaurantes se veían repletos y pronto se realizaría el Mundial de Fútbol, aunque no se supiera a ciencia cierta quién disparaba contra quién en los enfrentamientos cotidianos. Mejor no irse de boca, mejor levantar la voz para hablar de los goles o de la lluvia de ayer que fue torrencial. Introduce la llave en la cerradura, abre la puerta y aspira el aire puro de su casa como si estuviera aspirando de él todas las deducciones. Se le ha hecho tarde y por el silencio sabe que Marta está durmiendo. En la mesa de la cocina encuentra una nota: Amor mío, me muero de sueño, si llegás con hambre calentate la tarta. No calienta nada. Se la come así, fría. Y se queda con los codos clavados en la mesa, las orejas apoyadas en los huecos de las manos. Escucha y son los mismos pensamientos lo que oye, los mismos de siempre. En todo caso se queda allí buscando ser el que en su cabeza busca, el oído al acecho de una voz que no pertenezca a un tercero. Su madre. Su madre le dará la mano para cruzar, lo soltará en la plaza, ese oasis de césped público. Se portará bien, irá a la hamaca, al tobogán; ella le dirá: Ya, mi querido, es hora de regresar. No tendrá responsabilidad,

ella tendrá toda la responsabilidad. Hay que bajar, en algún momento hay que bajar, pero él sigue con los codos clavados en la mesa. La mujer dormida en la ancha cama matrimonial espera un hijo, su hijo. Mucho les ha costado llegar hasta ahí. Marta haciendo los menores o mayores esfuerzos y él a su lado, sosteniendo toda esa fragilidad. La vida sigue y debe aceptarse el dolor. Cuando comes, comes; cuando duermes, duermes; cuando duele, duele.

Ignacio ha empezado a roncar. Ambos saben que Sarita no va a volver enseguida. Por orgullo no más, por no dar el brazo a torcer. Quiere darse un tiempo en Buenos Aires para que el padre conozca al hijo. ¿Que lo conozca o que lo reconozca?, no puede evitar preguntarle cuando les dijo que se iban. Por ahora se llama Ismael Montes, la cortó Sara. Y así va a seguir llamándose, el tipo es un borrado, sentenció ella. Impiadosa, le recriminó Ignacio, sos tan impiadosa, y Marta está segura de que podría habérselo repetido antes de subir a acostarse. Ambos siguen juntos porque aún pueden pactar, hacer, decidir, equivocarse a la par, ella consagrando su tiempo a mantener un orden que a sí misma se impone. Solamente cuando llueve o nieva se permite dormir hasta tarde, como si la febrilidad matutina se anulara por efecto del mal tiempo.

120

¿Y ustedes? ¿Alguna vez van a dejar de pelearse por pavadas?, les pregunta Sara el día de la partida, cuando Marta se queja de que Ignacio no se saltea un bache y él putea contra la falta de mantenimiento hasta llegar al aeropuerto. El viento le arranca el gorro a Ismael. Se despiden sin lágrimas. Sara no volverá a ver a su padre ni Ismael a su abuelo.

Ignacio se queja en sueños: ¿estará soñando con Sarita abrazada al Negro? Pronto su hija iba a volver y le perdonaría haber matado al

perro, ¿cómo podía él sospechar que metería el hocico en la leñera para comerse los granos de veneno de lauchas como pochoclo color fucsia? La culpable era Marta, en todo caso, por haber exagerado cuando vio caca de laucha en la cocina. ¿Seguiría su hija reclamándolo en sueños, su mano en la suya, el Negro atrás, trepando los tres el sendero a la cumbre? Ha nevado en el Otto y todavía no han abierto el camino. Ignacio y Sarita, y adelante el perro, todos dejando sus huellas blancas en la nieve honda.

El cuerpo de Ignacio nunca apareció. Encontraron la lancha en el brazo Tristeza, atascada en la raíz de un coihue semihundido. Había salido muy temprano. Marta estaba durmiendo y apenas oyó arrancar el auto. A la noche habían discutido, culpándose del alejamiento de Sara; habían discutido eso como habían discutido todo en su vida, frente a su hija la mayoría de las veces. Después de vender la fracción de campo que le tocó a Marta en herencia, Ignacio la convenció de comprar esa lancha para hacer excursiones. Estaba harto de vivir metido en la oficina. Comprar la lancha no significaba cerrar la agencia sino ofrecer, además, excursiones lacustres. Así que la compraron y con el resto del dinero de la venta del campo, en una punta del terreno, construyeron una cabaña para alquilar. Un tiempo más tarde se instalaron allí Sara con Ismael. Entredormida, Marta oyó que el auto se alejaba y se estiró en la cama, notando frío el sitio de Ignacio.

121

Una bruma lechosa ilumina el lago. Por la ruta circulan pocos autos. Cuando llega al náutico, el cuidador le avisa que viene tormenta, le duele la rodilla y eso nunca falla. Se ríen juntos. Ignacio le convida una cerveza que saca de la heladerita. El viento de la orilla le deja en los labios un sabor a ceniza húmeda. Lo barre de un trago, habla pensando en otra cosa, el espíritu en otra parte. El cuidador es un charlatán y no le deja mucho espacio con su listado de máximas

para cualquier tema. Moviéndose a voluntad, sin demasiadas ganas, el hombre descorre la cubierta que tapa la lancha. Ignacio se sube a encender el motor. Bagaje reducido, pero bien equilibrado; ¿el corazón?, bien, ¿el resto?, bien: con cincuenta y cuatro años se siente vigoroso. Ha comprado esa lancha, una Virgin Marine, dando un viraje a su vida: cinco metros de eslora, fibra de vidrio, impecable, equipada con bomba de achique, luces de navegación, cuatro butacas, posacañas. Solo de pasada se le ocurre pensar que a su edad tal vez delira un poco al creer que un cambio de actividad sustituirá lo demás, precisamente cuando lo que más exige su edad es arraigarse. Estabilidad sí, no estancamiento. Es lo que lo ha llevado a comprar la lancha. Solo o con clientes, el deseo de salir al lago ha estado presente desde entonces. Según Marta, una excusa para alejarse de la casa, para aislarse un poco; una excusa que crece y levanta espuma. El cuidador suelta la amarra y lo ve alejarse enseguida, recto hacia adelante, según un eje que ya no es el de la partida, sino el del momento en que se le hace consciente al conductor haber partido.

Después de un rato, el viento empieza a aumentar y el cielo se nubla en su totalidad. Las ráfagas son cada vez más frías y violentas. Se saca el salvavidas y busca la campera que debería haberse puesto al salir. Al levantarse tropieza con la heladerita. El lago azul petróleo es un océano de olas espumosas rompiendo contra lo que se les ponga por delante. Una de ellas lo golpea y cae al agua helada. Y es sabido que quien cae en esas aguas muere antes de llegar abajo para morir más profundamente. Si fuera posible seguirlo de cerca durante suficiente tiempo, podríamos ver sus ojos cada vez más abiertos, las pupilas dilatadas hasta comer la córnea por completo. Su lucecita será lo último en abandonarlo si es cierto que lo espera la oscuridad. Nadie quiere que el final llegue un solo minuto antes de lo debido: *Take a breath, take a deep breath now...*, oye cantar a David

Gilmour: ¿caso ha llegado el momento de tomarse un respiro, un respiro profundo? No, tragaría agua y él no es un maldito enfermo aguardando la desaparición absoluta. El argumento no refutado se congela. *When you re down/ is where you find yourself / When you re drown there s nothing else*: Cuando esté abajo, ahí es donde se encontrará a sí mismo, cuando se ahogue ya no quedará nada más. No hay cosa que no se malogre. Si respira tragará agua. Está en el umbral de algo a punto de comenzar. Siente una especie de estupor que nunca ha sentido antes. Ignora de qué se trata lo que, de un modo inminente y perpetuo, está abriéndose ante él, que jamás ha aceptado las mistificaciones sobre la muerte, la fantasía del paraíso. Solo existen los cuerpos hechos para vivir y morir de acuerdo a determinadas condiciones. Una sola imagen con dos caras es lo que ve: una de ellas es la de Marta, esperanza de nueve meses en sus ojos; la otra son los ojos de Sarita. Dos miradas de la misma imagen. De las dos, debe elegir morir con una. No sabe si tiene que ocuparse de recibirla en brazos o dejar que huya hasta la orilla para quedarse en pie reflejada en el agua. Le basta con mirarla, eliminar la distancia que señala por dónde llegar y que luego se suprime. Cierra los ojos con súbito terror. Cuando intenta volver a abrirlos, sus párpados se resisten. Los ojos le duelen como si los hubieran pinchado con una aguja caliente. Siente que sus oídos se llenan percibiendo un sonido trémulo cuya vibración se extiende a medida que continúa. Lejos de los ruidos del mundo, busca la luz del día sobre el lago. Tranquilamente se van poniendo en hielo un error tras otro.

No tendría que haber tomado esa cerveza.

Para empezar, no debió haber salido a pescar.

Las aguas tiemblan todavía un instante antes de inmovilizarse por completo.

Una ráfaga de viento hace temblar la casa y enseguida oye Marta la lluvia sobre el techo. Un instante más y empezaría a soñar. El plumón le pesa. De una patada lo corre y se da vuelta. Cuando despierta, la tempestad temprana ha pasado. La claridad huele a hojas recién cortadas. Ignacio debe haber vuelto y estará podando el cerco. Baja a la cocina ordenada y limpia. Su hija y su nieto ya no están. Súbitamente desamparada, de pie, se ceba el primer mate. Abre la puerta y sale a la terraza. Las ramas cargadas del manzano rozan la baranda todavía mojada. Ya es hora de ponerse a cosechar. Hay manzanas en el piso empezando a pudrirse. Ver las cosas es *hacer* las cosas. En eso coinciden con Ignacio, aunque a veces las prioridades no sean las mismas. La mañana apacible aplaca su ansiedad: la urgencia que le despierta el árbol cargado de fruta, todas esas plantas creciendo de manera constante esperando ser podadas, las raíces aferradas al suelo, los troncos lanzados a lo alto. Hace un rato nomás, el viento ha arrollado con su ímpetu esos árboles, el viento insistente que no tiene amigos ni perdona a nadie.

La noche anterior, al volver de yoga, le pareció haber atropellado una liebre o algo semejante a una liebre. No paró. Siguió de largo porque era tarde y la estaba esperando Ignacio. A la profesora de yoga le gustaba ilustrar sus clases con leyendas. Un día les contó que Buda había nacido en forma de liebre... Y ella ni siquiera se había detenido. Bueno, todos vivían en el bosque, ¿no?, en cuyos linderos hay montañas, lago, pueblo, liebres. El bosque con su balanceo parece acercarse ahora, los cerros del otro lado del Nahuel dejan sentir su peso allí. Sorbe y se quema con el mate. Va a arrancar unas manzanas para llevarlas adentro cuando golpean a la puerta para avisarle que alguien ha encontrado la lancha varada.

## La digestión

Debajo del fresno, sobre el velo de césped poco tupido, la mesa alrededor de la cual permanecen sentados exhibe sus platos sucios como un defecto físico. Susana se incorpora y recoge lo que queda para llevarlo a la cocina. Obsesiva de la limpieza y los horarios, con un gran amor propio extensible a su casa, Susana se comporta como víctima de vagas aflicciones, aunque ajena totalmente a ellas. Marta la ayuda a secar y guardar la vajilla y consigue convencerla de charlar un rato a la sombra del fresno en lugar de encerrarse a dormir la siesta. Ha decidido ese viaje, le cuenta, porque desea un cambio, aunque no sepa precisar de qué se trate ese cambio: si Ignacio hubiese deseado algo para ella, ella también lo habría deseado, la felicidad, por ejemplo, o la gloria; pero Ignacio no está. No es que quiera cambiar ella misma, sino el escenario, el entorno, y solo por espacio de unos días. El sur es divino, la experiencia de vivir en un lugar así a pesar de estar lejos. No, no lo dejaría por nada del mundo; cuando las montañas se apoderan de uno...

Susana la mira resignada, dispuesta a oír el panegírico de las bellezas del sitio donde su prima parece haber conocido un renacimiento estético. Le gustaría preguntarle qué hace allí entonces, sentada a su mesa en el mismísimo lugar que ocupaban desde que eran chicas, pero prefiere gritar, una octava por encima del do mayor: ¡Leticiaaaa...! La hija está de nuevo al borde de la pileta y a su lado, sin gorra ni remera ni protector solar, está Ismael. ¡Vení a comer algo! La hija se zambulle y el chico mira en dirección a su abuela. ¡Metete!, grita la joven emergiendo de golpe con una

sonrisa. Marta ha reparado en esa sonrisa deslumbrante que interrumpe de golpe, como si cambiara de canal, cuando se dirige a su madre. ¡Voy a entrar!, anuncia Ismael. Marta comprende que su responsabilidad está por encima de cualquier parloteo con Susana y abandona la comodidad de la silla de lona para dirigirse a la piscina de aguas color turquesa. Susana aprovecha y se escapa a dormir la siesta, repitiéndose a sí misma que la anorexia de Leticia es cosa del pasado.

Cuando Marta se acerca a la pileta a decirle a su nieto que hasta después de las cuatro no debe exponerse a los rayos del sol y mucho menos meterse al agua sin hacer la digestión, la joven esboza su deslumbrante sonrisa y la corta de repente como si fuera un hilo. Ismael se resiste un poco, pero al final no tiene más remedio que obedecer a su abuela cuando esta le recuerda los pactos previos al viaje. Andá a dormir un rato, le dice Leticia para conformarlo, nos vemos después. En el agua transparente, las hojas hundidas moldean sombras orilladas por los vivos colores del espectro lumínico. Ismael mira para otro lado, como indicando que lo han traicionado por el único flanco del que esperaba comprensión. Con la cabeza gacha sigue a su abuela hasta el cuarto de huéspedes, antiguo escritorio de Luis Olivera, con una enorme biblioteca adosada a la pared. Allí hay libros de viajes, de física, de astronomía, novelas, cuentos, libros infantiles, el viejo globo terráqueo. Lo único que falta es el escritorio de roble. Enfrentados, en su lugar, hay dos divanes que son los que ocupan con Ismael. Magnífico.

Marta mira la biblioteca sabiendo que no hay nada como una buena siesta con un libro en las manos hasta que le entre el sueño. La habitación está fresca y oscura. ¿Querrá su nieto leer algo? Ismael menea la cabeza como un caballo fastidiado por las moscas. Sin dirigirle la palabra, se acuesta boca abajo en una de las camas.



Marta se acerca a la biblioteca y, entre otros libros de su infancia, localiza uno de tapas duras, muy sobado, como la mayoría de los que están en el estante: *Azabache*, de Anna Sewell, *Black Beauty*, su preferido. Va a mostrárselo a Ismael, pero su respiración le indica que duerme. La tormenta no hablada se ha disuelto en sueño. Antes de dormirse, su nieto, seguramente, ha entrevisto su casa, su madre, su gata y esa figura desconocida que camina hacia él por campos más verdes que los de la prima Susana. Cuando el sueño lo reclame del todo, la figura estará ahí tocando la música que desea oír. Lo único que los separa es una franja de agua clorada que se puede atravesar fácilmente. Marta le besa la nuca y se recuesta en la otra cama. Los edredones están hechos con las colchas blancas de piqué de la abuela, las buenas, las de repuesto. Reconoce el veladorcito de bronce del cuarto de sus padres. Lo prende y se recuesta con *Azabache* en las manos, pero apenas lo abre se le cierran los ojos.

Un potro joven de pelaje suave trota en el monte; las orejas pequeñas, móviles, las narices ampliamente abiertas. Está sudado, sediento, y se detiene a buscar agua. Con la cola de crines largas espanta los tábanos. Un mechón frontal de pelo oscuro cae sobre sus ojos. A su alrededor, lo que la tierra ofrece: pasto ralo, reseco. Se inquieta, escarba con las pezuñas redondeadas; el polvo vuela a su alrededor; y los tábanos. El Lobuno, así llaman al potrillo, que nace en la estancia La Irma, un día de primavera, tras un parto largo y difícil. Su madre no lo resiste y a los tres días, viendo que no se recupera, la sacrifican de un tiro. Al Lobuno lo cría Martita con leche de vaca, ayudada por su padre y los peones. No pasa mucho tiempo para que el potrillo se convierta en un animal fuerte, de veloz carrera, siguiendo a la tropilla de cuadro en cuadro. Llegado el momento, Emilio encargará que lo domen. Va a ser el caballo de su hija. A Inés

no la convence: acórdete lo que me pasó con la Colorada, le dice cuando se entera. No querrás que la historia se repita. Ella adora los caballos, pero ha tenido que resignarse a tejer pulóveres para Martita. Su apatía va ganando terreno a medida que aumenta de peso. La única prueba de que está viva es que sigue engordando. No hace falta decir por qué, salta a la vista: la debilidad por la comida es el mejor escudo humano. Sus remordimientos no son discretos: ostenta su culpa comiendo porquerías. Cuando se pesa siente miedo y vergüenza porque sabe que la cifra ha empeorado. Mientras come se repite: ahora debo estar engordando. Solo de noche, en la oscuridad que todo disimula, puede amar a Emilio en respuesta a sus declaraciones —Me gustás así, gordita—, aunque ella odie esos kilos de más, odio que se atenúa cuando deja de mirarse. Si su existencia se compusiera solo de noches, sería la mujer más feliz del mundo. Pero también están los días que literalmente la aplastan. El aburrimiento no es una experiencia que pueda comunicarse. Nadie la está escuchando, de modo que es ella quien tiene que hallar el modo de escucharse.

Se estaban despidiendo cuando la yegua se acercó demasiado al caballo de Quique. La Colorada se espantó y ella cayó mal, de costado, sobre la cadera izquierda. Después de una larga y tediosa rehabilitación, dejó las muletas cuando llegó el momento del parto, una cesárea programada debida a su operación de cadera. Después de este, si nacía bien, ya no podría tener más hijos. En la cama del hospital, con una cicatriz en el vientre sobre la cual han regado desinfectante como si estuvieran enjuagando el baño, mira a su hija sin deseos de alzarla. La pequeña tiene los ojos fuertemente cerrados, hasta que se pone a llorar. Ella siente los pechos como globos demasiado inflados, pero la beba no es buena para mamar.

Los puntos de la cesárea le tiran horriblemente, le arden. Entra una enfermera y se lleva a la beba para lavarla, pesarla, vestirla. Emilio se asoma por la puerta y, tras Emilio, distingue a Quique, acompañado por Celia Duboise. No quiere verlos, no quiere ver a nadie. Cuando tuvo la segunda falta pensó que sería debido a la operación tras la caída o a la anestesia, esas cosas que desequilibran el funcionamiento hormonal. Lo consultó con el médico y se quedó estupefacta cuando el hombre le confirmó el embarazo. No había tenido relaciones con Emilio desde el accidente, y antes él se encontraba de viaje comprando hacienda, por lo tanto era de Quique. Y Quique acababa de comprometerse con Celia Duboise. Decidió guardarse el secreto. Nunca nadie se enteraría del desliz. Menudo escándalo. Emilio y Quique siempre se habían llevado mal. A ella le gustaban los dos, pero para casarse mejor hacerlo con Emilio, el mayor, el pollo de don Luis, quien confiaba en ese hijo tanto como desconfiaba del otro, el que alteraba el orden familiar cruzando los límites, impermeable a cualquier intencionalidad de principios morales. Vago, jugador, no perdía ocasión de pasar un rato divertido con cualquier mujer mientras el marido de esta cerraba negocios en el club. La joven a la que le gustaba galopar ha muerto en el parto. Lo siente tanto, pero tanto. En cualquier caso, tendrá que aceptarlo. El amor es algo único. Los hombres, no. Ni las mujeres.

Le dice a Emilio que no quiere recibir visitas, que está dolorida. Emilio le besa las manos, como queriendo amortiguar el sufrimiento y que no adquiera consistencia, y luego la suelta, suavemente se aleja hacia la puerta. Se da vuelta en la cama para que no la vea llorar y exhala hondo como si hubiera estado conteniendo la respiración todo el tiempo. No reconoce su cuerpo bajo la sábana: el vientre tajeado, pintado con yodo. Le gustaría irse flotando, estar en su casa, en su habitación de paredes color crema. Vuelve la enfermera

con la beba y, tras ella, Emilio, que se sienta alejado y mira fijamente la cuna. Antes de que la enfermera se retire, se levanta y observa a su hija que ahora tiene los ojos abiertos. La mujer la alza de nuevo y se la pone en los brazos: Ahí está, con su padre, le dice y se acerca a su cama: ¿Tiran los puntos, querida? Ya va a pasar, aflójese, la tranquiliza y le acaricia la cabeza. Ella se contrae. Sus fuerzas se han debilitado y quedarán así para siempre. ¿Y cómo le van a poner a la nena?, le pregunta a Emilio la mujer. Marta, se va a llamar Martita. Ella asiente en silencio sin mirarlo.

Emilio está ahí para que olvide en él a su hermano. Vuelve a cerrar los ojos. Está tranquila; el cuerpo, casado consigo mismo. Durante algún tiempo ha estado poniéndolo fuera de donde debería haber estado, siguiendo un juego cuyas reglas se han perdido. Tras un espasmo de reacción virtuosa, tan incontrolable como las acciones anteriores, lo que recordará en el futuro será la imagen de Emilio con su hija en brazos. Enterrará lo demás. Su mano, apoyada sobre la sábana, se crispa apenas, como intentando retener un final cuya simplicidad se asienta en la más absoluta negación. Si se acaba de verdad, el dolor desaparece. Cuando se incorpora a tomar agua puede ver las flores en los canteros del hospital abriendo sus bocas para tentar a las abejas. La enfermera la ayuda y le acomoda la almohada antes de que vuelva a apoyar la cabeza. El sueño le llega sin que pueda hacer nada por impedir las imágenes que se cueban en un territorio que ya no domina. A Quique le gustaba fotografiarla cuando se encontraban en el canal. Se había ganado una cámara apostando a los dados. Quedate quieta, le decía, así, con el árbol de fondo, preciosa... Y ella se quedaba inmóvil sintiendo su ropa interior transpirada, la entrepierna oliendo a sudor de caballo, los surcos de la corteza del árbol incrustados en la espalda. Qué distintos los dos hermanos. Emilio, de pocas palabras, un hombre que

no parece necesitar mucho a nadie. Cuando le habla, él sigue con sus números; le dice: Te escucho. Concentra entonces su atención en los caballos, pasión que ambos comparten. Y también Quique. Por las mañanas, cerca del mediodía, ella ensilla la Colorada y pasea hasta llegar al canal de riego. Allí almuerza su pan con queso y un café amargo que se ha enfriado en el termo. Se queda viendo las gallaretas y los patos, las vacas sumidas en severas reflexiones, como si la responsabilidad de dar la esperada cantidad de leche las hubiera vuelto lentas. A veces le entra sueño hasta dormirse y sueña cosas que nunca recuerda. Otras veces aparece Quique y se le sienta al lado, interrumpiendo sus silenciosas observaciones con el relato de sus aventuras con Celia Duboise, una forastera con delirios de artista que ha llegado al pueblo. No le cree una palabra. A fin de cuentas, también coquetea con ella, su propia cuñada, fingiendo que todo es un juego amigable.

A orillas del canal está fresco, huele a pasto. Los árboles forman un arco sobre sus cabezas. Trémulos manchones de sol la encandilan cuando abre los ojos y ve a Quique muy cerca, tan cerca que puede sentir su olor a tabaco. Un moscardón abre y cierra las alas verdosas y se posa en una ramita justo encima de su cabeza. Silencio total. En kilómetros a la redonda no parece haber nadie despierto. La estancia ocupa más de mil hectáreas. Los animales deben andar distancias largas en busca de pasto y agua. Si alguno se pierde, corre el riesgo de ser carneado por ahí. La Irma es una de esas estancias que, vistas desde el tren, parecen tierra de nadie porque nadie se ve, ni tan siquiera se vislumbra. Ella sabe que cuando Quique la mira, lo ve todo. Recoge las piernas, las junta. Con la cabeza apoyada sobre el brazo, observa las nubes que se persiguen con lentitud regular y cierra los ojos. Quique se acerca aún más, proyectando sombra al inclinarse sobre ella, quien percibe el

oscurecimiento. ¡Estás loco!, le grita. Y le aparta la mano del muslo. Por vos, nena. ¿Y tu hermano, no pensás en él?, le pregunta agitada. No lo mezcles en esto, está ocupado en ganar plata. Sí, como vos en perderla, va a contestarle, pero se calla, recibe su respuesta bajando los ojos, como si se tratara de una nota al pie. Tiene la impresión de que no debe oírse una palabra más entre ellos, hasta la respiración debería suavizarse. La percepción de la luz tan intensa no parece ya una cuestión de visión sino de oído, el corazón presionando, como cuando los riñones están llenos de orina. La otra mano de Quique se desliza hacia los botones de la blusa y la tiene ya encima, como si hubiera sido arrancada del asombroso resplandor. Es lindo Quique, más que Emilio, pero si llega a pasar algo puede arrepentirse la vida entera. Si hay una carrera de caballos, él apuesta; si hay una pelea de gallos, él apuesta; si hay dos pájaros posados en un alambrado, él apuesta acerca de cuál de los dos será el primero en levantar vuelo. Se incorpora de golpe, se aleja hacia los caballos y monta su yegua. Quique se apura a seguirla. Van para el monte de pinos del otro lado del canal. Encima de un montículo de agujas rojizas, se sientan a descansar de la galopada. Quique saca una petaca y le convida un trago. Se recuestan y antes de emprender el regreso a la casa, los dos saben que el juego está decidido. Él la besa sin importarle si lo ha hecho con delicadeza o bruscamente. El calor entra en ellos. Se desvisten rápido: ya, ya..., no importa si se gana o se pierde. Sobre sus cabezas, el dosel de pinos se vuelve más oscuro a medida que avanza el atardecer estival. Después vuelven a montar y todo deriva en una polvorienta bruma que van dejando tras de sí los caballos. Casi al final, llegando al casco, cuando van a despedirse, ella se cae y se fractura la cadera. Poco después, Quique anuncia que va a casarse con Celia Duboise. El menor de los Olivera hará doblemente abuela a doña Irma, que maneja la información de lo que pasa en

la familia espolvoreando granas multicolores o arsénico, llegado el caso.

Son las cinco de la tarde cuando llegan los hijos de una amiga de Leticia a bañarse en la pileta. Marta se ha quedado dormida con los anteojos puestos y Azabache se desliza al suelo cuando se levanta a despertar al nieto.

Ese día, Ismael se anima a tirarse de cabeza.





# Entierros

Sarita no quería que se fueran a vivir al sur. Hubo que comprarle un perro para convencerla. Dos días antes de embarcarse, Ignacio apareció con un cachorro de ovejero alemán que no paraba de comer y hacer pis en cada cuarto del departamento que entregarían en pocas horas. Iban a tener que meterlo dopado en una jaula en la bodega del avión. Con la cola siguiendo el ritmo de un júbilo incontenible, el pequeño manto negro destrozó varias copas listas para ser embaladas y... otro chorrito.

Cuando nació Sarita sus abuelos maternos ya habían muerto. Un banco de niebla los atrapó en la ruta a la altura de Loma Negra. Muy temprano habían partido para llegar a Buenos Aires a almorzar. La noche anterior llamaron por teléfono y ya tenían reservada una mesa en el restaurante preferido de Emilio, quien cumplía cincuenta años. Marta estaba por salir a encontrarse con ellos cuando sonó el portero eléctrico. Era Susana. Le habían avisado primero a ella. Choque frontal. Los dos habían muerto camino al hospital de Azul y de allí, en ambulancia, los iban a trasladar de regreso al pueblo para su entierro. En el auto del tío Quique, con Marito y Susana llegan cuando los están velando en esa horrible casa de sepelios. No quiere verlos. Escucha que están muy lastimados. Lo que quiere es olvidarse cuanto antes de esas muertes, no permitirse pensar en ellas. Solo en sueños recuperará fragmentos interrumpidos por un llanto.

Sarita siempre quiso saber cómo habían sido las cosas. Pero cómo se le habla a un chico de muertes violentas. No hay consuelo para el abuelo Luis y la abuela Irma ante la pérdida de Emilio, el hijo

mayor, el que llevaba el campo y los negocios desde que al abuelo lo habían mandado a sosegar. Hasta el día anterior al accidente, Martita tenía padres que se ocupaban de ella. Cuando iban a visitarla, salían de compras con su madre. Se iban a los pocos días y ella continuaba yendo a la facultad. Le gustaba leer, pero no tenía ganas de ponerse a estudiar.

La noche anterior al accidente lo había conocido a Ignacio en una conferencia sobre el Manierismo, una charla con diapositivas, decía el afiche. Fueron ella y tres o cuatro más, entre ellos Ignacio Montes, quien era amigo del conferencista. El esnobismo de los porteños tenía mucho que ver con esa cosa intelectualizada y elitista propia de los manieristas: pintar, comer, hablar, vestirse a la «maniera» de... Al terminar la charla, los pocos que eran se levantaron y se fueron salvo Ignacio, el conferencista y ella. Un chasco el Bajo Renacimiento, comentó mientras ellos guardaban el proyector en un armario y ordenaban las diapositivas. Ignacio se dio vuelta riendo: Un estilo decadente que el siglo veinte parece haber revalorizado. Sí, eso, decadente, dijo ella. Era la primera vez que Marta estaba en un aula donde el aire estancado no la hacía bostezar. Últimamente prefería recorrer la ciudad, explorar sus escondrijos. Sin algo de aventura, la facultad le parecía una pérdida de tiempo. Ignacio se subió a una silla y descolgó la pantalla; ágil, delgado, buen mozo. Cargaron todo y salieron los tres juntos. El bar de la esquina estaba abierto y entraron a tomar un café. Al rato partió el conferencista. Ignacio pidió otros dos cafés que el mozo trajo enseguida. Al fin solos, brindó con el pocillo en alto, y Marta supo que si se lo pidiera, ella se casaría con él sin pensarlo dos veces. Se miraron revolviendo el café. No importa lo que tan animados parecen querer decirse. Se despiden después de intercambiar números de teléfono. Ya es de noche y se quedan ahí, en la vereda, estremeciéndose un poco más,

la calle parpadeando de oscuridad y de luz. Todo lo que ambos podían conocer de sí mismos ha quedado fuera de ellos. En medio de su ignorancia sienten apenas el vacío.

No fueron a la cama hasta que Marta volvió de enterrar a sus padres: hielo negro en la ruta, el cielo demasiado bajo. La mañana del accidente, mientras eso ocurría, ella se despertaba con dolor de cabeza. Se asomó al balconcito cagado por palomas para ver el cielo gris. Las palomas eran un asco y el hollín..., pero Buenos Aires le encantaba: lo bueno, lo malo, todo junto. No había que perder eso de vista.

Tres meses después, Ignacio la acompañó a levantar la casa del pueblo. Lo que no pudieran trasladar, sería vendido. Lo primero que embalaron fue la loza inglesa, regalo de casamiento de sus padres, docena y media de platos soperos, otros tantos platos, de postre, de té, de café, pocillos, tazas, salseras, fuentes de varios tamaños, sopera, *bowls* chicos y grandes. Y las copas de vino, de agua, de *champagne*, de licores, y las jarras y los vasos de *whisky* y de cóctel... Pusieron todo eso en cajas, más los libros, discos, adornos, cuadros, alfombras, mantas, y allí quedaron hasta que se terminó la sucesión; Marta vendió la casa y compraron un departamento en Buenos Aires lo suficientemente grande para meter los muebles, las alfombras, los discos, los libros y, un tiempo más tarde, los juguetes de Sarita. Cuatro años vivieron allí hasta que emigraron al sur. Después murió la abuela Irma, que nunca se recuperó de la pérdida de su hijo mayor, y ahora el abuelo Luis.

Con Ignacio logran llegar justo a tiempo para sumarse al entierro. Sarita no ha querido venir. Los recibe la enorme cruz de Salamone

sobresaliendo varios metros sobre la llanura planísima, al final del acceso largo y recto; el Cristo laxo, moribundo, cabeza y hombros vencidos a punto de desmoronarse sobre el cortejo que llega a la base de sus pies enclavados. Susana y Marito ya están en el cementerio. Desde el campo sopla un viento frío cuando descargan el cajón. La gente se refugia en la capilla, los familiares, los antiguos amigos, personas con las que Luis Olivera hacía negocios. Algunos se acercan a los tres nietos, que permanecen juntos a un costado del féretro, para decirles lo mucho que aprecian haber trabajado con él y elogian su energía, su honestidad; había sido un honor conocerlo. No más que eso; lo hablado se había hablado con creces en la mesa del Club Social. Ahora iban a honrarlo en silencio. Varios de los presentes han viajado hasta allí para hacerlo. A los ochenta y ocho años su abuelo les ganaba a las bochas a unos cuantos. Qué pena, qué pena...

En cuestión de minutos el grupo empieza a movilizarse con paso lento hacia la bóveda. ¿Habían dicho todo lo que tenían que decir? No, no lo habían hecho. No todo. La vida perpetua en el Edén, que es como decir en el campo, hubiera agregado don Luis a las palabras del cura, un paraíso disfrazado de estancias en oposición a la contundente realidad de la muerte. Reprimir los pensamientos sobre su propia desaparición nunca le había costado el sueño. Demasiado con la de su hijo que jamás envejecería junto a la pobre Inés. Se les había ahorrado ese sufrimiento y era un sufrimiento muy largo. Para soportar no había que recordar mucho. Vivir el día a día, hora a hora, apoyando los pies con fuerza. Preocupate por la nada cuando tengas noventa, solía decir, mientras tanto, a seguir reparando lo que el orden terrenal se cobraba: alambrados, tranqueras, galpones, bebederos, mangas...

El viento del sur sopla más fuerte entre las tumbas. Marta busca entre la gente a Guzmán, el capataz de La Irma. El malestar le

empezó dos días después de volver de Sierra de la Ventana, le cuenta el hombre compungido. Había ido al entierro de ese amigo alemán, se sintió descompuesto y pensó que era el hígado, ese café que le sirvieron en el velorio, una porquería requemada y dulzona. Y él que había dejado el café... Pero ya iba a pasar, ya iba a pasar. Y pasó nomás, concluye Guzmán. Lo encontré a la tardecita al entrar en la cocina a buscar una llave. Ataque al corazón. No llegó al hospital. Marta se da vuelta cuando alguien le aprieta el brazo, una mujer anciana que no reconoce ni entiende lo que dice. Se la saca de encima diciéndole que ahora vuelve y le hace señas a Ignacio para adelantarse al grupo. Bóvedas, tumbas, nichos, lápidas verticales con inscripciones borrosas, corroídas. El mero hecho de estar ahí, absorbiendo la muerte de su abuelo, se le revela como un acto sorprendente. La materialidad que siempre lo acompañó ha desaparecido ahora y allí permanecerá muerto durante muchas más horas de las pasadas en su edén personal, cifra nada desdeñable.

Marta le pregunta al cuidador si le puede mostrar la bóveda de la familia Olivera. Es la primera vez que entra el cementerio. No lo hizo cuando murieron sus padres ni cuando murió la abuela Irma; Ignacio y ella estaban en Méjico, camino a Cuba. Primera vez que me animo, le dice a Ignacio, y se apoya en su brazo: ¿qué es esto de morir?; una cosa es volver a reunirse todos en un paraíso eterno; otra, renacer; y otra, entrar a un cementerio. Avanzan detrás del cuidador que los guía por el laberinto de tumbas, bóvedas de mármol, de piedra, de cemento, con ventanucos enrejados, ataúdes lustrosos cubiertos con manteles blancos de puntillas, candelabros con velas apagadas, flores podridas en el agua amarillenta y turbia de los floreros; todo lo que Marta sospechaba que la iba a asustar, la asusta, pero no tanto con Ignacio a su lado. La bóveda que buscan aparece doblando una esquina donde un ángel posado sobre

un pie se inclina como mostrando la dirección a seguir. Es esta, les dice el cuidador y les señala una construcción cuadrada, de granito, con una puerta donde está grabado: Familia Olivera. Deprimente, muy deprimente, pero bien mantenida, sin cristales percutidos ni óxidos a la vista, ni ángeles ni vírgenes sufrientes; sobria, una construcción sin adornos. La muerte no los necesita. A mí que me entierren y que me crezca el pasto encima, dice Marta. Y no aquí. En la montaña.

Susana y Marito aparecen con el resto de la gente. El cuidador saca un manojo de llaves y abre la puerta de hierro para dar paso al cajón. Cuatro hombres lo han cargado hasta la bóveda y allí lo dejan sobre una especie de altar. Las coronas hubieran enorgullecido al abuelo, que por primera vez en su vida descansa en otros la organización del evento. Susana y Marito han viajado solos. El tío Quique está muy enfermo como para asistir al entierro. Arostegui ha quedado a cargo del Parkinson de Celia Duboise. Celia Duboise apenas pasa los setenta pero piensan ponerla en un geriátrico, necesita asistencia permanente. Antes de que eso ocurra, a Arostegui lo mata una avispa.

## Verde ferroso

Desde que llegaron con Ismael a lo de Susana, Sara los llama todos los días por teléfono. Hoy llega a Bariloche un grupo de turistas franceses y tiene que ir a buscarlos al aeropuerto. En la agencia todo bien. Mucho trabajo, pero se las arregla. A la noche canta en el casino con un pianista de Neuquén. Es probable que graben algo juntos. Marta le cuenta que ha alquilado bicicletas para ella e Ismael y salen a pedalear por las calles planas y sombreadas del pueblo. Todo el mundo anda en bicicleta. De la panadería al almacén, del almacén a la verdulería; se saludan, paran a charlar un rato. Las calles están impecables, hay bicisendas en las rutas, el pueblo ha crecido bien, le dice. Escuchamos en la tele sobre los incendios en el sur...

Tras la muerte de Ignacio, Sarita vuelve con Ismael a Bariloche. Marta se cuida de no repetir que Luna era un *borrado*. Más bien era un bohemio casado con la música. Ya habría podido comprobarlo su hija cuando llevó a Ismael a conocerlo. Luna había armado un grupo de tango y se iba a Europa de gira. A su vuelta verían. Esta vez Marta va sola a buscarlos al aeropuerto, esquivando los mismos baches que ahora son más grandes. Se abrazan y lloran juntas enfrentando la palpable ausencia del padre, el abuelo, el marido, hablando de él sin parar como forma de ocultar la pérdida. Han quedado a la deriva, con la impresión de estar subidas a una embarcación viendo cómo todo se hunde de golpe. ¿Se acordaba Sara de lo bien que nadaba su padre? Claro que sí, conoce de memoria sus medallas. Con un poco de suerte, un buen nadador puede llegar a

la orilla ¿no?, difícil resulta descartar posibilidades que no han sido demostradas, hay ínsulas en el cerebro y en el lago, el lago quieto que ahora les llega hasta las rodillas. Podrían sentarse en el agua, esperar que Ignacio las tome de la mano y les salpique la cara solo para oír las gritar. Los libros que han leído sobre el manejo del dolor explican que hay fases que deben superarse: rechazo, depresión, aceptación, reconstrucción. Empiezan a no sentir las piernas en el agua helada. Salen, se sientan en las piedras calientes. Ismael juega con los cantos rodados, se llena los bolsillos con los coloreados por el óxido y las algas, dispone el resto de las piedras de manera simétrica, como si estuviera levantando los cimientos de una casa. Una casa donde el dolor se ha filtrado y son pocos los que llegan a visitarla; nadie sabe muy bien qué decir en presencia del que sufre una pérdida. Nunca habrá una piedra con el nombre de Ignacio ni se sentarán junto a esa piedra a hablarle, tocando la piedra, hablando con la piedra. Se dice que el duelo dura al menos un año, ese es el tiempo que tardan los cuerpos en adaptarse a la vida sin el otro. Poco a poco dejan de mencionar su nombre a toda hora. Marta no puede hablar de su abuelo a Ismael sin notar en él cierta incomodidad, como cuando su abuela le hablaba a ella de sus padres, muertos hace cuarenta años, y ella deseaba que se callara, por Dios, que se callara. Entiende a Ismael. Así son los chicos. Ignacio ha muerto y ellos están vivos.

Ahora la impresión es, decididamente, de juventud, de vida deportiva y de buen tiempo. Después de haber nadado en la pileta, Marta respira hondo como si quisiera almacenar en sus pulmones toda esa intensidad. El clima ha sido inmejorable desde que llegaron. Hacia el oeste han empezado a amontonarse algunas nubes parecidas a montañas nevadas vistas de lejos. En el verano no había



nada comparable a una buena pileta: agua templada, reposeras, toallas secas, todo a mano y sin arena. Y mirá que les gustaba el mar, eh, las playas de Necochea, ¿te acordás, Susi?, anchas, limpias, bravas cuando había viento. Cuando había viento no se podía estar ni en la carpa...

Con Ismael se quedan hasta las ocho de la tarde entrando y saliendo de la pileta. Leticia ya no está, ha tenido que volver a Buenos Aires. Susana va y viene con la manguera, quejándose de la poca lluvia, de la falta de agua en el pozo, de lo que le cuesta mantener ese parque, esa piscina. Por qué no te metés, está tibia el agua, dice Ismael. Ella mueve la cabeza como si captara los objetos uno por uno en lugar de percibirlos en su totalidad. Su pesar, finalmente, no parece tan trágico: ha podido prescindir de Arostegui, pero es incapaz de separarse de su césped, de sus hortensias, de su jazmín del cabo; incapaz de dejar que se arruinen los postigos del porche que ella misma ha pintado. Aunque sus cadenas estén hechas de barniz, la mantienen bien sujeta. En un momento se detiene y mira hacia el horizonte donde empieza a ponerse el sol. Las nubes «nevadas» han crecido en intensidad de colores y tamaño. De golpe oscurece y se siente el olor a tierra mojada llegando de San Jorge. Con la primera ráfaga de viento vuelan algunas hojas, esparciéndose en el pasto y la pileta. Susana deja la manguera y agarra cuanto puede: sombreros, toallas, reposeras; mete todo en el quinchito. Ellos salen del agua en el momento en que caen los primeros gotones formando círculos en la superficie, que ya no es turquesa sino verde ferroso.

Marta se apura a proteger *El arrebató de Lol V. Stein*, que ha estado leyendo al borde de la pileta. Lola Valerie parece haber enloquecido en el casino de T. Beach y cuando alguien le pregunta cómo está, repite lo mismo: *No es tarde, la hora de verano engañaba*. Su amado buscará una señal en la sala de baile del casino sin ver la sonrisa

de Lol. Tampoco escuchará sus gritos de aburrimiento, el cansancio insoportable de esperar pudiendo solo repetir que no es tarde, que la hora de verano engañaba. Marta descubrió el libro de Marguerite Duras en un estante la noche que llegaron. Cada vez que lo abre ve el nombre de su madre escrito con su letra acostada y pareja: *Inés Barrechea*, y puede verla tumbada leyéndolo a la hora de la siesta, mientras ella a su lado, sintiendo pena por las desventuras del caballo, lee *Azabache*, dejándose fascinar por algo emocionante, diferente, ni siquiera muy grato. La abuela Irma solía decir que las niñas no deben desperdiciar la vida en ensoñaciones. *El arrebato de Lol V. Stein* muestra algunos subrayados: *Tengo tiempo, el tiempo es largo*.

Se produce un tintineante sonido de lluvia sobre la copa del fresno. Después el ruido se extiende a las copas de los demás árboles. Con Ismael se refugian bajo el techo de la galería. La lluvia ha bajado la temperatura y ya es hora de entrar a la casa, a sus paredes empapeladas de rosa, a sus lámparas de bronce bruñido, a su televisor empotrado. Mira a Ismael que tiritaba bajo la toalla. El pelo claro, espeso, le cae en un mechón sobre la frente. En la coronilla, sus remolinos permanecen alborotados y erectos. De chicas, a Susi y a mí nos encantaban las tormentas, le dice. La abuela Irma se alteraba cuando las puertas se golpeaban o se abrían de golpe y nosotras nos reíamos a carcajadas.

Ahora Susana ha corrido con las primeras ráfagas, confirmando aquello de que las ventanas de una casa antigua deben cerrarse de manera necesaria y urgente.

# Índice

- 9. Crucigrama
- 13. Vallemar
- 17. El tanque australiano
- 21. Neuquén
- 25. Ay, nena
- 29. Bahía Blanca
- 33. Dipirona
- 45. El jardín encantado
- 55. Filiaciones
- 63. Hurtos
- 73. Sierra de la Ventana
- 79. Fiesta Americana
- 87. La rotonda
- 93. Ferrocarril Roca
- 97. Susana bajo el fresno
- 101. Entresueño
- 107. Vodevil

117. Límites

125. La digestión

135. Entierros

141. Verde ferroso

147. ¿Quién teje?

¿Quién teje?



# Laura Calvo

Nací en diciembre de 1949, en Laprida, provincia de Buenos Aires. De padre, Díaz; de madre, Alacid; de casada, Calvo. Asistí a la escuela pública e hice parte del secundario en mi pueblo. Después nos mudamos a Buenos Aires, donde me recibí de maestra y de guía de turismo.

¿Cuándo empecé a escribir, en el sentido de imaginar y construir relatos? En la infancia según recuerdo, relatos que contaba a mis compañeros, cuya regla esencial consistía en mantener vivo su interés. La primera vez que un texto mío recibió un premio, yo iba a quinto grado. Fue después de una proyección de diapositivas del sur argentino. Quedé encandilada por el centelleo del lago Nahuel Huapi, la nieve, las cascadas... Creo que eso me trajo a este sur, donde nos mudamos en 1980. Aquí inicié mi «carrera literaria». Asistí durante cuatro años a los talleres de la Escuela de Arte La Llave, con Graciela Cros y Luisa Peluffo. Publiqué mis primeros libros de poesía en Último Reino y empecé a coordinar talleres de escritura en la Fundación Educativa Woodville, editando durante diecisiete años consecutivos la revista *La Tijereta*, a la que se sumaron un libro infantil, *Salto de página*, y otro en coautoría con la escritora Luisa Peluffo, *Ventanas a la palabra. El taller de escritura en la escuela*.

Una vez oí que un artista es un niño que ha sobrevivido. Reencontrándome con esa voz, escribí *La patria de Laurita*. Lecturas, imágenes, experiencias lejanas y perdidas constituyen, en gran parte, la obra de ficción. En los cuentos de otro de mis libros, *La más grande, la más oscura*, también es posible reconocer situaciones, contextos y personajes que, recreados desde la ficción literaria, dan testimonio

de esa «patria». Lo mismo ocurre con mi primera novela, *Piedras Blancas*, y con mis libros de poesía: *Angel Fauno*, *Conquista del árbol*, *Poemas perros*, *Discursos vivos*, *Un cielo sobre la cabeza basta*, *Chimangos*. También en los cuentos de *Tándem* y en algunos capítulos de mi segunda novela, *Anote, querida*. He tenido la suerte de que la mayoría de estos libros fueran premiados y editados por concurso (ver cv en [www.cibertaller.com.ar](http://www.cibertaller.com.ar)). Como cantautora grabé *Poetango*, obra poético musical, junto al pianista y compositor Roberto Navarro y, últimamente, los videoclips *Algunas veces* y *Milonga al mar* (ver youtube: Laura Calvo Poetango).



# Huecos a rellenar

En sentido objetivo, ficción no es realidad, pero sí, una realidad ordenada en la que los acontecimientos conllevan un designio. Hay una intención en el creador al pintar un escenario y poblarlo de personajes que darán sustento a la historia. La narrativa exige un desarrollo, un desenlace. La poesía condensa el lenguaje, metaforiza. Ambos géneros me han permitido abordar la escritura como un viaje, cuyo destino es siempre sorprendente.

En *Crucigrama*, el recorrido se estructura de acuerdo a una trama en la que un viaje de la cordillera a la llanura pampeana actúa como hilo conductor, rescatando porciones de pasado que, sumadas a las contingencias de la travesía, cobran protagonismo en cada capítulo. Así los casilleros se van completando. La trama, dice Ray Bradbury en *Zen, el arte de escribir*, no es sino las huellas que quedan en la nieve cuando los personajes ya han partido. La trama se descubre después de los hechos, no antes.

He sido y sigo siendo una gran consumidora de narrativa, amante de la literatura inglesa y norteamericana. Mark Twain, Stevenson, Dickens, Enid Blyton, Louise May Alcott... y los cómics, «las revistas mejicanas»; con todo esto me formé desde chica. Televisión no había. Conservé por décadas, y luego doné a una biblioteca en la Línea Sur, más de cincuenta libros de la Colección Robin Hood que mis hijos y mis nietos no se interesaron en leer. Sin duda, la nuestra era otra época. Después me llegó la ciencia ficción, el realismo mágico, el realismo sucio, los rusos, Cortázar, Borges, Arlt, por nombrar los infaltables nuestros, entre los

cientos de autores leídos, casi podría decir, del mundo entero. Mi homenaje eterno a los traductores.

La vida cotidiana, en su constante repetir, empuja al escritor a apelar no solo a lo que ve, escucha, imagina o sueña, sino también y especialmente a su memoria, esa cantera donde irán apareciendo huecos que deberá rellenar para avanzar en la historia. En su planteo inicial, *Crucigrama* lanza el juego de ubicar un número exacto de palabras, cuyo significado se potenciará a medida que se sucedan las acciones. Contextos que se renuevan, inesperados derroteros, coprotagonistas varios, capítulos que cierran en sí mismos, porque así fueron concebidos. Un viaje donde lo real y lo imaginario se irán ensamblando, dando paso a un ordenamiento que llegará después, tras un tiempo adicional de escritura. Huecos a rellenar. Muchas veces se le pregunta al escritor si lo que escribe es autobiográfico. A lo que respondo: el escritor toma cosas prestadas de su vida, pero el hecho de poner ese material en un texto, lo cambia, lo ficcionaliza, lo convierte en otra cosa. Escribir un relato o una novela sirve para descubrir una «secuencia» dentro de la experiencia, dice la norteamericana Eudora Welthy en su biografía, *La palabra heredada*. Las conexiones entre causas y efectos surgen paulatinamente y se alinean, se aproximan, se disponen a la par. Todo escritor forma parte en cierto modo de sus personajes. ¿Qué pasaría si no fuese así; cómo le resultarían conocidos entonces, cómo los concebiría, cómo, si no, se convertirían en aquello que son?

La lectura de poesía llegó a mí mucho más tarde. No conocí, de chica, poetas que me conmovieran; me agobiaban las rimas que nos enseñaban en la escuela. La buena prosa debería fusionarse con la poesía y la poesía tener sentido como la prosa, dice la escritora Carson Mc Cullers. Coincido y agrego mi arte poética: el lenguaje como revelación, el lenguaje ordinario como revelación, la

desolemnización del lenguaje, la economía extrema, el correlato, la perentoriedad de las acentuaciones, los silencios, la poesía no al frente sino al costado y en penumbra, un poco en penumbra... El primer poeta que me deslumbró fue el francés René Char, cuya expresión natural es aforística; un poeta que solo compone en la gracia del canto. De su mano empecé a elaborar mis primeros versos. La escritura de poesía, su cadencia, su ambigüedad, supone una mayor exigencia pues, como dice Alejandra Pizarnik, cada palabra dice lo que dice y además más y otra cosa. La comparación que pasa inadvertida en una frase en prosa, puede dar letra a todo un poema.

Qué decir, además, del cine y de la música que, desde siempre y junto a la lectura y la escritura, siguen alimentando mis días. Todo es hoy más accesible en el mundo de la tecnología, facilitadora en alto grado para alguien como yo, que nunca fui buena con la Olivetti. La computadora es la gran aliada que me ayuda a corregir, ordenar, borrar, pegar, ir y venir minimizando el temor a equivocarme. Mayor acceso a la información, inmediatez en las comunicaciones y algo más para sumar en estos tiempos: mi apreciado librito electrónico que me permite seguir leyendo, aún en la oscuridad, nuevos autores que voy bajando de la nube.





Universidad Nacional  
de **Río Negro**

Dirección editorial: Ignacio Artola  
Coordinación de edición: Diego Martín Salinas  
Corrección de textos: Silvana Pérez León  
Diagramación y diseño: Sergio Campozano  
Imagen de Tapa: Editorial UNRN, 2020



© Universidad Nacional de Río Negro, 2020

[editorial.unrn.edu.ar](http://editorial.unrn.edu.ar)

© Laura Calvo, 2020

La Tejedora es una serie monográfica identificada con ISSN 2683-796X  
Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723

---

Calvo, Laura

Crucigrama / Laura Calvo

Primera edición - Viedma : Universidad Nacional de Río Negro, 2020.

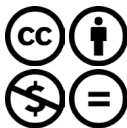
156 p. ; 19 x 13 cm. - (La Tejedora)

ISBN 978-987-4960-33-7

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas. 3. Narrativa. I. Título.

CDD A863

---



**Licencia Creative Commons**

Usted es libre de: compartir-copiar, distribuir, ejecutar  
y comunicar públicamente esta obra, bajo las condiciones de:

**Atribución – No comercial – Sin obra derivada**



Esta colección quiere incentivar la lectura con un decidido anclaje  
en el territorio y el paisaje patagónico.

Serie Narrativa

*Crucigrama*, de Laura Calvo

*Vida dichosa*, de Sebastián Fonseca

*Todo lo que debemos decidir*, de Mónica de Torres Curth

*El banquete de los monstruos*, de Fabiola Soria

*Al sur del río sin tiempo*, de Walter Nievas

Serie Poesía

*Biología*, de Gabriela Klier

*La frontera es una sogá*, de Jorge Maldonado

*Lengua geográfica*, de Natalia Salvador

*El silencio es un punto de partida*, de Damián Lagos Fernandoy

*La ruta de Ícaro*, de Carina Nosenzo

*Puelches*, de Silvia Castro



*Entrá y conocé más de la colección*

**CRUCIGRAMA**

fue compuesto con la familia tipográfica Oswald y Alegreya  
en sus diferentes variables.

Se editó en octubre de 2020,  
en la Dirección de Publicaciones-Editorial de la UNRN.





la  
tejedora  
Narrativa

*...saca una petaca y le convida un trago. Se recuestan y antes de emprender el regreso a la casa, los dos saben que el juego está decidido. Él la besa sin importarle si lo ha hecho con delicadeza o bruscamente. El calor entra en ellos. Se desvisten rápido: ya, ya..., no importa si se gana o se pierde.*

Historias que cierran en sí mismas, otras que se enlazan, inesperados derroteros, contextos que se renuevan o aparecen fugazmente. En esta novela, Laura Calvo narra un viaje donde lo real y lo imaginario se ensamblan a través de episodios que, del mismo modo que las letras en un crucigrama, van dando paso a un ordenamiento por aproximaciones. Porque, como dice Ray Bradbury, la trama siempre se descubre después de los hechos, no antes.



Universidad Nacional  
de Río Negro

ISSN 2683-796X

